

EL

PODER

DE LA

ORACIÓN

eficaz

Jansen y Gloria Trotman

EL
PODER
DE LA
ORACIÓN
eficaz

Jansen y Gloria Trotman



IADPA

EL PODER DE LA ORACIÓN EFICAZ
Título de la obra original en inglés: *The power of effective prayer*



Inter-American Division Publishing Association

2905 NW 87 Ave. Doral, Florida 33172 EE. UU.

tel. 305 599 0037 - fax 305 592 8999

mail@iadpa.org - www.iadpa.org

Presidente: **Pablo Perla**

Vicepresidente Editorial: **Francesc X. Gelabert**

Vicepresidente de Producción: **Daniel Medina**

Vicepresidenta de Atención al Cliente: **Ana L. Rodríguez**

Vicepresidente de Finanzas: **Saúl Ortiz**

Traducción

Ernesto Giménez

Edición del texto

Jorge Luis Rodríguez

Diseño de la portada

Kathy Hernández de Polanco

Diseño y diagramación

Daniel Medina Goff

Copyright © 2015 de la edición en español

Inter-American Division Publishing Association

ISBN: 978-1-61161-475-6

Impresión y encuadernación: **USAMEX, INC**

Impreso en México / *Printed in Mexico*

1ª edición: junio 2015

Procedencia de las imágenes: ©123rf.com

Está prohibida y penada, por las leyes internacionales de protección de la propiedad intelectual, la traducción y la reproducción o transmisión, total o parcial, de esta obra (texto, imágenes, diseño y diagramación); ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia, en audio o por cualquier otro medio, sin el permiso previo y por escrito de los editores.

En esta obra las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera, revisión de 1995: **RV95** © Sociedades Bíblicas Unidas. También se ha usado la versión Dios Habla Hoy: **DHH** © Sociedades Bíblicas Unidas, la Traducción en Lenguaje Actual: **TLA** © Sociedades Bíblicas Unidas, la Reina-Valera Contemporánea: **RVC** © Sociedades Bíblicas Unidas, la Biblia de las Américas: **BA** © The Lockman Foundation, la Nueva Versión Internacional: **NVI** © Bíblica, la Nueva Biblia Latinoamericana de Hoy: **NBLH** © The Lockman Foundation, la Nueva Traducción Viviente: **NTV** © Tyndale House Foundation, La Palabra versión hispanoamericana: **BPH** © Sociedad Bíblica de España. En todos los casos se ha unificado la ortografía y el uso de los nombres propios de acuerdo con la RV95 para una más fácil identificación.

En las citas bíblicas, salvo indicación en contra, todos los destacados (cursivas, negritas) siempre son del autor o el editor.

Las citas de los obras de Ellen G. White se toman de las ediciones actualizadas caracterizadas por sus tapas color marrón, o, en su defecto, de las ediciones tradicionales de la Biblioteca del Hogar Cristiano de tapas color grana. Dada la diversidad actual de ediciones de muchos de los títulos, las citas se referencian no solo con la página, sino además con el capítulo, o la sección, o la página más el epígrafe en el caso de *Consejos sobre alimentación*.

Contenido

Introducción	8
1. El increíble poder de la oración.	11
2. El Espíritu Santo: nuestro Divino Consolador en la oración.	27
3. Jesús, nuestro ejemplo en la oración.	39
4. Cinco cosas que cada iglesia debe pedir.	57
5. El poder de la oración en la salvación de otros.	69
6. La oración fervorosa y eficaz.	79
7. Señor, ¿por qué no respondes mis oraciones?	99
8. El privilegio de la oración.	117
Apéndice A: Invitaciones a la oración	127
Apéndice B: Bendiciones por las cuales orar	129
Apéndice C: Una oración colectiva	131
Apéndice D: Ejemplo de un programa de oración	135
Apéndice E: Cómo orar con poder	137
Apéndice F: Mi carta de amor a Jesús	139
Bibliografía	141

Dedicatoria

A todos aquellos que nos apoyaron con sus oraciones
mientras estábamos en el servicio del Señor.
A nuestros hijos que llevan la antorcha
de una vida de oración significativa.

Introducción

Si tuviéramos que ilustrar la oración escogeríamos la conocida parábola relatada por Jesús del hombre que fue en busca de perlas preciosas. Buscó por todas partes y encontró muchas perlas aquí y allá; pero ninguna le satisfizo. Un día, descubrió una perla enorme y preciosa que valía más que todos los tesoros que había adquirido. Así que vendió todas sus posesiones para comprar esta exquisita perla (Mat. 13: 45, 46).

¿Dónde encaja la oración en esta historia? Creemos que cuando las personas descubren los beneficios de la oración, se aferran a ella al punto de sacrificar sus vidas por mantener esa práctica. Daniel fue una de estas personas. ¡Él prefería morir antes que dejar de orar un solo día! Para los hijos de Dios la oración es un tesoro valiosísimo que el mundo no puede otorgar ni quitar.

La oración no es una carga, sino una delicia; no es un ejercicio trivial, sino una experiencia bendita; no es una actividad aburrida, sino una alegre oportunidad. El que ora puede ser comparado a quien moría de hambre y encuentra por fin deliciosa comida; es como el sediento que ha encontrado una fuente burbujeante de refrescante agua; es como un viajero cansado que encuentra una hermosa sombra para descansar; o como un perdido que finalmente encuentra las comodidades del hogar.

La oración es una fuente de alegría porque nos conecta con Jesús, que es la fuente de toda alegría. Jesús dice: «Si alguien tiene sed, venga a mí y beba» (Juan 7: 37). ¡Qué lástima que muchos mueran de sed teniendo al alcance la Fuente de la Vida! La oración es la llave que abre los abundantes recursos de un Padre amoroso que nos invita a

tomar todo lo que queramos y disfrutar de ello. La triste realidad es que muchos se conforman con sentarse frente a la bóveda del cielo como mendigos, cuando en sus manos está la llave que puede abrir la bóveda de la gracia y las riquezas infinitas de Dios.

La oración no solo está disponible para los grandes guerreros de oración como Moisés, Daniel, Pablo, Martín Lutero, y George Müller, sino para todos. Dios nos hace la siguiente invitación:

«Todos los sedientos, venid a las aguas; y los que no tenéis dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad vino y leche sin dinero y sin costo alguno. ¿Por qué gastáis dinero en lo que no es pan, y vuestro salario en lo que no sacia? Escuchadme atentamente, y comed lo que es bueno, y se deleitará vuestra alma en la abundancia» (Isa. 55: 1, 2, BA).

La oración es un privilegio para todos. Cualquier ciudadano tiene acceso al Monarca del universo como lo tiene un gobernante o rey terrenal. El pobre tiene tanto acceso como el multimillonario. El sencillo tiene igual acceso que el erudito. Todos reciben la misma invitación, y Jesús dice: «Al que a mí viene, no lo echo fuera» (Juan 6: 37).

Es nuestro deseo que en las siguientes páginas usted pueda descubrir la riqueza de una vida de oración dinámica. Y que al hacerlo, sea transformado. Por esto le invitamos a viajar con nosotros y a acercarnos «confiadamente al trono de la gracia» (Heb. 4: 16) con la certeza de que será ¡la experiencia de su vida!

Jansen Trotman
Gloria Trotman



El increíble poder de la oración

En una oportunidad viajamos a Londres, Inglaterra. Allí visitamos el histórico Palacio de Buckingham, la residencia de la Reina de Inglaterra. Incluso tuvimos el privilegio de posar para tomarnos fotos con los pintorescos guardias en la puerta del palacio. Pero no tuvimos el privilegio de cruzar las puertas. ¿Por qué? Pues porque no habíamos sido invitados por su majestad la Reina. De haber intentado entrar, los guardias nos habrían detenido de inmediato y tal vez nos habrían encerrado en la cárcel. Simplemente no se puede irrumpir en la presencia de un monarca o gobernante.

Ahora bien, tanto usted como yo hemos recibido una invitación para entrar en el salón donde gobierna el Rey de reyes y Señor de señores, rodeado de un sinnúmero de ángeles poderosos. De hecho, no es una

invitación común. El apóstol Pablo la describe de la siguiente manera: «Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro» (Heb. 4: 16). ¡Es una invitación sin igual! El Ser más poderoso del universo nos ha invitado a entrar en su salón del trono y conversar con él. ¿Cómo? A través de la oración.

La oración es sinónimo de comunicación íntima con Dios. Es encontrarse y compartir con nuestro mejor y más querido amigo, y pasar tiempo de calidad con él. Es una conversación mutua: no solo hablamos con Dios, sino que también lo escuchamos. Un fervoroso soldado de la oración solía mantener una silla adicional en el lugar en el que oraba e imaginaba que Jesús estaba sentado en ella mientras conversaban.

Puede que usted se esté preguntando: «¿Cuánto poder tiene la oración? ¿Qué puede hacer por mí?». Dejemos que el mismo Cristo conteste nuestra interrogante. Él dijo: «Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pedís en mi nombre, yo lo haré» (Juan 14: 13, 14). El salmista declara que «de Dios es el poder» (Sal. 62: 11) y Jesús nos asegura: «Dios me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra» (Mat. 28: 18, BPH).

Una forma de comprender el poder de Dios es esta: Nuestro hogar, el planeta Tierra, tiene trece mil kilómetros de diámetro y cuarenta mil kilómetros de circunferencia. Pero la Tierra no es más que una partícula en nuestro sistema solar, que tiene nueve mil millones de kilómetros de diámetro. Nuestro sistema solar está situado en uno de los grandes brazos espirales de la Vía Láctea. Esta galaxia tiene más de doscientos mil millones de estrellas. La Vía Láctea tiene cien mil años luz de diámetro (un año luz equivale a 9.460.730.472.580,8 km). ¡Nuestra Vía Láctea es solo una de las miles de millones de galaxias en el borde del universo observable! Y nuestro Dios no solo es su Creador, sino el Soberano y sustentador de este vasto e ilimitado universo.

El salmista, contemplando el infinito universo, exclamó: «Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste,

digo: “¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre para que lo visites?”» (Sal. 8: 3, 4). «Los cielos cuentan la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos» (Sal. 19: 1).

La oración tiene poder por la magnificencia de Dios

En Hebreos 4: 16 leemos: «Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro». La *Traducción en lenguaje actual* dice: «Así que, cuando tengamos alguna necesidad, acerquémonos con confianza al trono de Dios. Él nos ayudará, porque es bueno y nos ama».

¿Puede imaginar esto? El que nos invita a llevarle nuestras peticiones es el mismo que se sienta en el trono del universo. Piense en los potentados terrenales: reyes, reinas, presidentes y gobernadores. Su poder es limitado, pero de Dios se dice: «Estableció en los cielos su trono y su reino domina sobre todos» (Sal. 103: 19). «El cielo es mi trono y la tierra el estrado de mis pies» (Hech. 7: 49). No existe comparación alguna. Todo poder humano es limitado. Pero ¡el poder de Dios es ilimitado y absoluto! Nuestro Dios es el Rey de reyes y Señor de señores (1 Timoteo 6: 15; Apocalipsis 17: 14; 19: 16). Él es el Rey inmortal y eterno (1 Timoteo 1: 17; Jeremías 10: 10). Él es «el gran Rey sobre todos los dioses» (Sal. 95: 3). Nadie puede penetrar su grandeza (Sal. 145: 1-7).

Generalmente, para conversar con una persona importante debemos hacer una cita. Dependiendo de cuán importante sea la persona, puede que tengamos que pasar por varios niveles de personal y controles de seguridad antes de llegar a aquel que estamos intentando ver. Hay casos en los que ni aun pasando por toda la burocracia se puede ver al «jefe». Él o ella puede estar encerrado en una enorme oficina de cristal grueso, cuyo aspecto transmite la sensación de distanciamiento.

Si usted ha pasado por esa experiencia quiero decirle que no tiene por qué desanimarse. Usted puede conectarse fácilmente con el ser más importante del mundo, ¡y sin hacer cita! Además, él mismo ha dicho que *debe* ir a verlo. El más majestuoso ser del universo nos invita a ir a él sin temores y en oración. ¡Qué increíble privilegio!

La oración tiene poder por la autoridad de Dios

Podemos declarar junto al Rey David, el más grande rey de Israel:

«Tuya es, Jehová, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo, Jehová, es el reino, y tú eres excelso sobre todos. Las riquezas y la gloria proceden de ti, y tú dominas sobre todo; en tu mano está la fuerza y el poder, y en tu mano el dar grandeza y poder a todos» (1 Crón. 29: 11, 12).

«Porque Jehová, el Altísimo, es temible, rey grande sobre toda la tierra» (Sal. 47: 2).

Él no se reporta ante nadie. Él no consulta a nadie. Él no depende de nadie. Él no le teme a nadie. Él no recibe órdenes de nadie. Él es «grande en poder» (Job 37: 23). Jesús, el Dios hecho hombre, dice: «Dios me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra» (Mat. 28: 18, BLPH). Su poder se extiende sobre *toda la naturaleza*, igual que cuando calmó la tormenta en el mar de Galilea. Este milagro provocó la confesión de sus discípulos: «Los vientos y el mar le obedecen» (Mateo 8: 27). Pero no solo el viento y el mar, Dios detuvo el sol cuando Josué se lo pidió (Jos. 10: 12, 13).

El poder del Dios al que le oramos se extiende sobre *el reino animal*. De hecho, él creó a los animales (Gén. 1: 20-25). Cuando el profeta Jonás huía de Dios, él le ordenó a un gran pez que se lo tragara y cuando el pez hubo llevado al profeta rebelde a su destino: «Entonces Jehová dio orden al pez, el cual vomitó a Jonás en tierra» (Jon. 2: 10). Cuando Balaam se disponía a cumplir la misión de maldecir al pueblo de Dios, hizo que el asna que montaba reprendiera al profeta (Núm. 22: 21-31). Un pez como crucero y un burro como consejero. ¡Qué clase de Dios!

Su poder se extiende incluso sobre *los demonios*. La legión que poseía al gadareno no tuvo otra opción más que retirarse derrotada y el hombre que había sido poseído quedó restaurado a la cordura (Mar. 5: 1-20). ¡El médico divino es también el mejor psiquiatra!

El poder de Dios se extiende sobre *la enfermedad y las dolencias*. Recordemos la mujer que había estado sangrando durante más de una década sin recibir ayuda de los médicos. Con tan solo tocar el borde del manto de Jesús recuperó la salud (Luc. 8: 43-48). ¡Nuestro Dios es ginecólogo! En Capernaúm un centurión romano vino a Jesús «suplicándole» que sanara a su criado. Este hombre le dijo a Jesús: «Solamente di la palabra y mi criado sanará». Jesús dio la orden «y su criado fue sanado en esa misma hora». Jesús es lo suficientemente poderoso para sanar ¡aun a control remoto! (Mat. 8: 5-13, BA). También el hombre que había estado paralítico durante treinta y ocho años recibió la sanidad por la orden de Jesús: «Levántate, toma tu camilla y anda» (Juan 5: 1-9). ¡Nuestro Dios es un especialista en toda clase de enfermedades!

¡Su poder se extiende sobre *la misma muerte!* Imagine la escena desgarradora en el pequeño pueblo de Betania. Los familiares, amigos y colegas están abrumados por el dolor. Los dolientes se amontonan en la casa del difunto, desbordándose hacia el patio e incluso la calle. Los ojos de María y Marta están hinchados luego de cuatro días de llanto porque su amado hermano Lázaro está muerto. Entonces Jesús llega al lugar y el ambiente cambia. El Señor sollozando dirige sus pasos hacia la tumba de Lázaro, y en una oración a su Padre y por su autoridad sobre la vida, clama: «¡Lázaro, ven fuera!». Y el que había muerto salió» (Juan 11: 43, 44).

Fijese en este otro incidente del poder de Dios sobre la muerte. La hija de Jairo, el jefe de la sinagoga, había muerto con apenas doce años. Sus padres se lamentaban, mas Jesús le dijo a su padre: «No tengas miedo; solamente cree, y tu hija se salvará». Después le ordenó a la niña muerta: «¡Niña, levántate!». Y ella volvió a la vida; al momento se levantó» (Luc. 8: 50-55, DHH).

Este mismo poder sobre la muerte se desplegará en su Segunda Venida, cuando todos los que murieron en Cristo resuciten de sus tumbas polvorientas por el mandato de su voz, y reciban la inmortalidad. «No os admiréis de esto, porque viene la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz, y saldrán: los que hicieron lo bueno, a resurrección de vida, y los que practicaron lo malo, a

resurrección de juicio» (Juan 5: 28, 29, BA). «Se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles» (1 Cor. 15: 52). «El Señor mismo, con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo. Entonces, los muertos en Cristo resucitarán primero» (1 Tes. 4: 16). Jesús tiene «las llaves de la muerte y del Hades» (Apoc. 1: 18).

¿Por qué apartamos este tiempo para mostrar el poder de Dios? Pues porque ese poder infinito e ilimitado está a nuestro alcance cuando oramos. Si usted tiene alguna duda, por favor aclare su mente. La oración tiene poder, pues nos pone en contacto con el Ser más poderoso del universo.

La oración tiene poder gracias a la disponibilidad constante de Dios

Tal vez en estos momentos, luego de leer la descripción del poder de Dios usted anhele tener ese poder a su disposición. Déjeme decirle que no tiene que sentarse en una sala de espera, hacer una fila o tomar un número cuando necesite de Dios. Otra de sus sorprendentes cualidades es que siempre está dispuesto a recibirnos. Nunca nos pondrán «en espera» para hablar con Dios. Tenemos un Padre que es capaz de atender las necesidades y las súplicas de cada uno de sus hijos al mismo tiempo. «Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones» (1 Ped. 3: 12).

La Biblia es clara en cuanto a la disponibilidad de Dios. Él es «nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones» (Sal. 46: 1). No toma vacaciones, ni días libres, y nunca duerme. El Salmo 121: 3, 4 nos asegura que no «se dormirá el que te guarda». Tampoco está lejos de nosotros. Pablo, refiriéndose a la manera en que Dios dirige los asuntos de los seres humanos, expresó: «Su propósito era que las naciones buscaran a Dios y, quizá acercándose a tientas, lo encontrarán; aunque él no está lejos de ninguno de nosotros. “Pues en él vivimos, nos movemos y existimos”» (Hech. 17: 27, 28, NTV).

Dios se anticipa a nuestro llamado y responde de inmediato. «Antes que clamen, yo responderé; mientras aún estén hablando, yo habré

oído» (Isa. 65: 24). Sus oídos están abiertos. Nada puede impedir que escuche nuestras voces suplicantes. «Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos *atentos* a su clamor» (Sal. 34: 15, BA).

Con toda esta evidencia sobre la disponibilidad de Dios, ¿cómo podemos vacilar en nuestro deseo de orar? Dios desea que nos comuniquemos con él. Recordemos su invitación: «llámame cuando tengas problemas, y yo te rescataré» (Sal. 50: 15, NTV).

El salón del trono celestial no necesita de un servicio automatizado de respuestas como nuestras oficinas terrenales. ¿Cómo nos sentiríamos si, en respuesta a nuestras peticiones a Dios, tuviéramos que elegir entre las siguientes opciones?

«Para solicitudes financieras, por favor marque 1».

«Para solicitudes de sanidad, por favor marque 2».

«Si presenta problemas en su hogar, por favor marque 3».

«Para problemas relacionados con el trabajo, por favor marque 4».

«Para problemas espirituales, por favor marque 5».

«Si presenta algún otro problema, por favor permanezca en línea, en breve será atendido por un operador».

Demos gracias a Dios porque él siempre está disponible. Usted nunca escuchará una voz diciendo: «Lo sentimos, nuestros operadores están ocupados asistiendo a otras personas», «Su tiempo de espera será de aproximadamente treinta minutos».

Un día, nuestro hijo de cuatro años conversaba consigo mismo de la siguiente forma: «Está bien. ¿En serio? Ujum... Ya veo. Está bien. De acuerdo». Su madre desconcertada le preguntó por qué estaba teniendo esta extraña conversación consigo mismo.

«Oh, nada —fue su respuesta—. Solo estoy jugando a que soy mi papá. Y esa es la forma en que él te responde cuando no te está escuchando».

¡Auch! ¡Qué acusación! Por supuesto, hice una resolución inmediata para corregir mi error.

Dios, sin embargo, siempre está listo y dispuesto a escucharnos y contestarnos. Tenemos una línea directa con él, y él desea permanecer conectado con nosotros. Su línea nunca estará ocupada, desconectada

o fuera de servicio. «Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro» (Heb. 4: 16).

Siempre podemos esperar una respuesta de Dios. Esta puede ser inmediata, como la oración del profeta en Daniel 9: 3-23, o puede demorar como en Daniel 10. Pero nuestro Dios siempre escucha y responde. Así que oremos. Cualquier momento es un bueno para orar. Cualquier lugar es adecuado para orar. ¡Servimos a un Dios único y poderoso! «Porque ¿qué nación grande hay que tenga dioses tan cercanos a ellos como lo está Jehová, nuestro Dios, en todo cuanto le pedimos?» (Deut. 4: 7).

La oración le debe su increíble poder a la capacidad ilimitada de Dios

A veces hay personas que, a pesar de que están dispuestas a ayudarnos, no les es posible. Decimos que tienen «las manos atadas». Tal vez están limitados financieramente, o quizás están restringidos por su situación. A veces, ellos mismos están tan agobiados por sus propias circunstancias que realmente no pueden ayudar. Tienen el deseo, pero no tienen la capacidad. Afortunadamente, nuestro Dios no es así. Las Escrituras enfatizan la capacidad ilimitada de Dios. Isaías 59: 1, asegura: «He aquí, no se ha acertado la mano del Señor para salvar; ni se ha endurecido su oído para oír» (BA). Dios no tiene impedimentos o discapacidades. En Génesis 18: 14 leemos: «¿Acaso hay alguna cosa difícil para Dios?». ¡Cuánta calma ofrece este pasaje a nuestros acelerados corazones, cuando las dudas y los miedos nos atormentan! Pero aún hay más. He aquí la prueba de la capacidad ilimitada de Jesús: «Para Dios todo es posible» (Mat. 19: 26).

Hay numerosos ejemplos en la Biblia de la capacidad ilimitada de Dios. En ocasiones se refiere a él como *El Shaddai*, que significa «Dios Todopoderoso». En su viaje de Egipto a Canaán a través del desierto, los hijos de Israel experimentaron poderosas manifestaciones del poder del «Dios Todopoderoso»: El milagroso cruce del Mar Rojo (Éxodo 14); la provisión del maná caído del cielo para alimentarlos

(Éxodo 16); la provisión de agua fluyendo de la roca (Éxodo 17: 1-7). Además, sus ropas y sandalias nunca se desgastaron (Deuteronomio 29: 5).

Nuestro Dios elimina los obstáculos, nos sostiene y nos provee alimento y vestido. ¡No hay nada que él no pueda hacer! Él suple todas nuestras necesidades. «Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús» (Fil. 4: 19). Según el Salmo 23: 1 nada nos faltará. Él pelea nuestras batallas y nos hace salir de ellas con éxito, al igual que prometió a Josafat cuando los moabitas y amonitas amenazaron al pueblo: «¡No tengan miedo! No se desalienten por este poderoso ejército, porque la batalla no es de ustedes sino de Dios» (2 Crón. 20: 15).

Dios no tiene un plan de entrega de bendiciones rígido y limitado. Él no congela las bendiciones. No tiene que planificar un presupuesto de austeridad porque tiene pocos fondos. Nuestro Dios es un Dios de abundancia, un Dios que no atesora sus riquezas, que está dispuesto a otorgar múltiples bendiciones sobre nosotros. El apóstol Pablo dice: «Y a aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros» (Efe. 3: 20). Contemple durante un momento esta cadena de superlativos que describen el poder de nuestro Señor: *más abundantemente de lo que pedimos o entendemos*. Aquí vemos que Dios solamente está limitado por nuestra capacidad de recibir, no por su capacidad de dar. Por esa razón él nos exhorta: «Abre tu boca y yo la llenaré» (Sal. 81: 10). Nuestro Padre no da pequeños bocados. ¡Sus porciones son abundantes!

Así que, ¿está usted listo para recibir? Muchos en el pasado se aferraron a las promesas de Dios y no quedaron defraudados. Usted también puede confiar en Dios. ¿Recuerda la viuda pobre que no podía pagar sus deudas y estaba a punto de perder a sus dos hijos debido a sus acreedores? Eliseo, el hombre de Dios, le dijo que recogiera tantas vasijas como pudiera y las llenara con su escaso suministro de aceite. Llenó vasija tras vasija, y solamente cuando no tuvo más contenedores «cesó el aceite» (2 Rey. 4: 6).

Jesús estaba predicando un día a una multitud. Era la hora de la cena. La gente estaba hambrienta y lejos de las aldeas. Un niño pequeño tenía cinco panes y dos pececitos. Él estaba dispuesto a compartirlos, así que Jesús bendijo esa pequeña y sencilla comida. ¿El resultado? «Comieron todos y se saciaron; y recogieron lo que sobró de los pedazos, doce cestas llenas. Los que comieron fueron como cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños» (Mat. 14: 20, 21).

¿Y qué podemos decir de Sadrac, Mesac y Abed-nego, cuando fueron amenazados con ser incinerados por no querer postrarse y adorar la estatua de oro? Ellos dijeron a una voz, con valentía: «Nuestro Dios, a quien servimos, puede librarnos» (Dan. 3: 17). Al preservarlos de las llamas, demostró que él es Dios.

Sí, nuestro Dios puede hacerlo. No hay nadie más sabio. No hay nadie más rico. No hay nadie más fuerte. Él puede usar medios naturales o sobrenaturales para cumplir su voluntad. Él es *El Shaddai*.

La oración tiene poder gracias a la invitación sin restricciones de Dios

Muchos programas especiales requieren de invitación. Es común leer: «Acceso restringido, solo con invitación». También tenemos los clubes exclusivos que niegan la entrada a quienes no son miembros. Pero con Dios no ocurre así. «Al que viene a mí, no lo echo fuera» (Juan 6: 37). ¿No le parece maravilloso? Podemos presentarnos en este evento y seremos bienvenidos. Lo único que tenemos que hacer es entrar en la presencia de Dios. Y esto es posible porque estamos invitados.

No hay límites en las invitaciones de Jesús. Los invitados no están determinados por edad, clase social, religión, color o sexo. Todos están invitados: «El Espíritu y la esposa dicen: “¡Ven!”... El que quiera venga...» (Apoc. 22: 17). Tampoco hay límite en el número de invitados. De hecho, la invitación es tan amplia que incluye: ladrones, drogadictos, prostitutas, borrachos, asesinos, y otros. Nuestro Dios no discrimina. Incluso los fariseos dijeron de Jesús: «Este recibe a los pecadores y come con ellos» (Luc. 15: 2).

A aquellos que asisten a actividades sociales sin ser invitados se les conoce como «intrusos» y son despreciados por los invitados y los anfitriones. El 24 de noviembre de 2009, Michael y Tareq Salahi, un matrimonio de Virginia, asistieron a una cena de estado en la Casa Blanca en honor del Primer Ministro indio, sin ser invitados. Lograron traspasar los controles de seguridad e incluso se reunieron con el presidente Obama. Sin embargo, al ser descubiertos fueron expulsados y perseguidos. Nosotros no tenemos necesidad de ser intrusos. Somos hijos e hijas de Dios. Nuestro nombre («sea cual sea») está en la invitación.

La oración tiene poder gracias al amor incondicional de Dios

«De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Juan 3: 16). Hay algo en las palabras «para que todo aquel» que conmueve el alma. Hay una sensación de seguridad que se debe a su naturaleza incluyente. «Para que todo aquel» me incluye a mí. «Para que todo aquel» lo incluye a usted y también al resto del mundo. Estamos incluidos en la invitación de Dios debido a su amor incondicional hacia nosotros.

El amor de Dios lo impulsa a responder nuestras oraciones. Fíjese en estos pasajes bíblicos: «El Señor no negará ningún bien a quienes hacen lo que es correcto» (Sal. 84: 11, NTV). Dios nos ama tanto, que él no rechaza nada que sea para nuestro beneficio. «El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?» (Rom. 8: 32). Este amor no solo es incondicional, es también generoso e incomparable. «Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos» (Juan 15: 13).

Una pequeña niña estaba jugando un día con sus muñecas. De repente, separó a la muñeca que llevaba el vestido azul y blanco y la colocó en un rincón, lejos de las otras muñecas. Un amigo de la casa que había estado observando a la niña jugar le preguntó: «¿Por qué separas esa muñequita? ¿No la quieres?».

«Hoy no —respondió la niña con severidad—. Ella se estaba portando mal, así que la estoy castigando. Mañana la amaré, si no lo olvido».

El amor de los seres humanos es voluble y condicional. El amor de Dios es constante e incondicional. No podemos ganarlo o medirlo. En Lucas 15 Jesús contó la historia del hijo pródigo. Él abandonó los principios de su padre y «desperdió sus bienes viviendo perdidamente» (vers. 13). Durante todo ese tiempo, el padre amoroso estuvo mirando hacia el camino, esperando su regreso. La pobreza extrema y el hambre forzaron a este hijo a volver a casa, aunque tuviera que convertirse en un siervo. ¿Qué encontró? No fue un regaño severo, ni juicios por parte de su padre; sino un padre amoroso, perdonador, con los brazos abiertos, ¡esperándole para darle la bienvenida a las comodidades del hogar! Miles de niños son abandonados por sus padres todos los años. Dios no abandona nunca al menor de sus hijos. Todos son apreciados para él.

«¿Puede una mujer olvidar a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Aunque ellas se olvidaran, yo no te olvidaré» (Isa. 49: 15, BA).

Tal vez usted se está preguntando: «Si decido volver a mi Padre después de haberme desviado y de haber herido su corazón, ¿será que todavía me ama?». ¡Por supuesto que sí! ¡Él siempre le amaré! (ver Rom. 5: 5-10). Nadie está fuera del alcance del amor de Dios. De hecho, ninguna persona que comprenda realmente la profundidad y amplitud del amor de Dios puede permanecer separada de Él. Orar es, por lo tanto, conversar con aquel que me ama sin límites, ¡incondicionalmente!



La oración tiene poder por la fidelidad incomparable de Dios

Lamentaciones 3: 21-25, enumera las evidencias de la fidelidad de Dios: Se mantiene continuamente ante nuestros ojos. Todos los días recibimos nuevas provisiones. Cada mañana derrama nuevas misericordias sobre nosotros. ¡Qué fidelidad! Nunca nos abandona y nunca renuncia a nosotros (Heb. 13: 5-6). Qué fidelidad impecable y perfecta, una fidelidad que nunca falla. ¡Cuán tranquilizadora y refrescante!

Nos gusta disfrutar de la comodidad y la seguridad de relaciones duraderas. Nos gusta que nuestros amigos sean amigos para siempre. El abandono y la separación nos lastiman. Nuestro amigo Jesús siempre se mantendrá fiel a nosotros, y esa fidelidad fortalece nuestras oraciones. Jesús fue fiel cuando Pedro se hundía en el mar de Galilea (Mat. 14: 28-31). Jesús le extendió su fidelidad al ladrón moribundo en la cruz (Luc. 23: 42, 43). La fidelidad de nuestro Salvador es vasta y duradera. Es atemporal e inalterable. ¿Por qué?, puede que usted se pregunte. Permita que la Biblia le responda:

«Porque, yo, Jehová no cambio» (Mal. 3: 6). «Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de variación» (Sant. 1: 17). «Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos» (Heb. 13: 8). Él ha prometido: «No te desampararé ni te dejaré» (Heb. 13: 5).

¡Gracias, Señor, por tu fidelidad!

Entonces, ¿por qué no oramos más?

Siendo que la oración es tan especial, tan provechosa, ¿por qué no oramos más? Tratemos de encontrar algunas respuestas a esta buena pregunta:

¿Estamos muy ocupados? Cuanto más ocupados estamos más oración necesitamos. Martín Lutero, el reformador del siglo XVI, puso un vez en su diario que enfrentaba a un día muy ocupado y que, por lo tanto, necesitaba pasar más tiempo en oración. No es de extrañar que este gigante de la oración sacudiera los cimientos de Roma.

¿Estamos enfermos? Cuando estamos enfermos entonces con más razón necesitamos comunicarnos con el gran Médico de los médicos que puede curar todas nuestras enfermedades (Sal. 103: 2, 3).

¿Tenemos miedo? El salmista David dice en el Salmo 56: 3: «Cuando siento miedo, confío en ti, mi Dios» (TLA). Y el profeta Isaías declara: «He aquí, Dios es mi salvador, confiaré y no temeré; porque mi fortaleza y mi canción es el Señor Dios, Él ha sido mi salvación» (Isa. 12: 2, BA).

¿Somos pecadores? Cuanto mayor sea nuestro pecado, mayor es nuestra necesidad de correr a Jesús. «Pero donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia» (Rom. 5: 20, BA). La oración nos conecta con el único que puede perdonar nuestros pecados y darnos el poder para vencerlo.

¿Estamos demasiado avergonzados? Jesús nos invita a venir a él tal como somos. Él cubre nuestra indignidad con su justicia y nos convierte en personas nuevas. Un ejemplo de esto es la historia de Josué, el sumo sacerdote:

«Entonces me mostró a Josué, el sumo sacerdote, que estaba de pie ante el ángel del Señor, y a Satanás, que estaba a su mano derecha como parte acusadora. El ángel del Señor le dijo a Satanás: “¡Que te reprenda el Señor, que ha escogido a Jerusalén! ¡Que el Señor te reprenda, Satanás! ¿Acaso no es este hombre un tizón rescatado del fuego?”. Josué estaba vestido con ropas sucias en presencia del ángel. Así que el ángel les dijo a los que estaban allí, dispuestos a servirle: “¡Quítenle las ropas sucias!”. Y a Josué le dijo: “Como puedes ver, ya te he liberado de tu culpa, y ahora voy a vestirme con ropas espléndidas”. Entonces dije yo: “¡Pónganle también un turbante limpio en la cabeza!”. Y le pusieron en la cabeza un turbante limpio, y lo vistieron, mientras el ángel del Señor permanecía de pie» (Zac. 3: 1-5, NVI).

A veces pensamos que no somos capaces de orar. Nos abrumamos cuando escuchamos las peticiones de guerreros de la oración y de aquellos que han sido cristianos durante muchos años. «¿Cómo podemos encontrar las palabras adecuadas?». «¿Cómo podemos transmitir el dolor o la pasión de nuestros corazones?». ¿En serio? ¿Qué es la oración? He aquí una definición simple: «Orar es el acto de abrir nuestro corazón a Dios como a un amigo» (*El camino a Cristo*, cap. 11, p. 138).

¿Se ha sentido alguna vez tan agobiado que ha necesitado hablar con alguien? ¿Simplemente desahogarse con alguien de confianza? Es probable que después de conversar se sintió más ligero y relajado, liberado de su carga. Así es como funciona la oración. Simplemente hable con Jesús. No necesita ningún lenguaje especial, ni existe un momento específico. Ni siquiera necesita un lugar apartado. Simplemente converse con Jesús en cualquier momento y en cualquier lugar. Hable con confianza y abiertamente (Heb. 4: 16). Lo hermoso de hablar con Jesús es que él es totalmente confiable. Pablo, el apóstol, expresó esta seguridad: «Sé en quién he creído, y estoy seguro de que tiene poder para guardar hasta aquel día lo que le he confiado» (2 Tim. 1: 12, NVI).

El cielo está esperando nuestras oraciones. Jesús está dispuesto a escuchar y responder. No somos una interrupción para la difícil tarea de Dios de gobernar y mantener el universo. Más bien estamos invitados a su presencia. Somos sus hijos. Por lo tanto, Dios nunca dejará de escucharnos. Él puede escucharnos individualmente o a todos a la vez. Él nunca estará confundido o se sentirá abrumado por nuestras suplicas. ¡Qué impresionante! En medio de un torbellino de agitación política, de crisis nacionales e internacionales, de retos internos, conflictos interpersonales e incluso celebraciones efusivas, Dios hace una pausa para escuchar nuestras oraciones. Como bien dijo Elena G. de White:

«Nunca es rechazado nadie que acuda a él con corazón contrito. Ninguna oración sincera se pierde. En medio de las antifonas del coro celestial, Dios oye los clamores del más débil de los seres humanos. Derramamos los deseos de nuestro corazón en nuestra cámara secreta, expresamos una oración mientras andamos por el camino, y nuestras palabras llegan al trono del Monarca del universo» (*Palabras de vida del gran Maestro*, cap. 14, p. 138).

«Acerquémonos con confianza al trono de la gracia para que recibamos misericordia» (Heb. 4: 16, BA).



El Espíritu Santo: nuestro divino Consolador en la oración

Si usted supiera que esta noche va a morir y tiene una última oportunidad de dirigirse a sus familiares y seres queridos, ¿qué les diría? ¿Perdería el tiempo hablando de trivialidades y temas absurdos y sin relevancia? ¡Claro que no! Por eso las últimas palabras de alguien que sabe que va a morir suelen ser importantísimas. Poco antes de su muerte, y sabiendo lo que las próximas horas le deparaban, Jesús dijo a sus discípulos:

«Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pedís en mi nombre, yo lo haré. Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce; pero vosotros lo conocéis, porque vive con vosotros y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos; volveré a vosotros» (Juan 14: 13-18).

Pablo, el apóstol de los gentiles declaró al respecto: «De igual manera, el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad, pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles» (Rom. 8: 26).

Por lo que hemos visto en estos textos bíblicos, el Espíritu Santo desempeña un papel vital en la oración. Lamentablemente, muchos suelen olvidar que él es un miembro de la Trinidad. Él es real, es un ser personal y está tan interesado en la salvación de la humanidad como los otros dos seres divinos de la Trinidad: el Padre y el Hijo. Cuando Jesús ascendió al cielo, envió al Espíritu Santo para que continuara su obra en la tierra de preparar a las personas para el cielo (Juan 14: 25, 26; 16: 12, 13).

El Espíritu Santo es el don especial de Dios para nosotros. Así como un padre les da regalos a sus hijos, nuestro Padre celestial nos da el don del Espíritu Santo (Luc. 11: 13). Cuando aceptamos a Jesús, recibimos ese don. «Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo [...] y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hech. 2: 38).

Nos gusta dar y recibir regalos, ¿no es así? Ahora, supongamos que alguien le da un regalo y usted no lo abre. Más bien, lo coloca con sumo cuidado en un estante. ¿Cómo podría disfrutar de ese regalo? Para poder disfrutar el don de Dios, usted debe abrirlo y utilizarlo. ¿Recuerda a María, la mujer que trajo un frasco de alabastro con perfume como regalo para Jesús? Cuando ella abrió la caja para ungir la cabeza y los pies de Jesús, ¡la deliciosa fragancia llenó la habitación! (Juan 12: 3). Jesús nos ha dado el Espíritu Santo como un regalo. Cuando abramos la «caja», la fragancia del Espíritu llenará el mundo.

Las Escrituras hacen un fuerte énfasis en el Espíritu Santo y su obra en nosotros. En Romanos 8: 5-8, leemos que si seguimos los deseos de la carne, esto es, de nuestra naturaleza pecaminosa; no podemos agradar a Dios. Necesitamos que el mismo Espíritu que estaba en Jesús more en nosotros y nos reviva espiritualmente.

¿Quién es el Espíritu Santo?

El Espíritu Santo es el Embajador de Dios que nos ayudará a crecer en Cristo. Un embajador es una persona que ha sido enviada a un país extranjero como representante de su gobierno. Los embajadores

suelen especializarse en una labor específica. El Espíritu Santo es el Embajador del cielo en la tierra, y su labor principal es ayudar a los creyentes a crecer en Cristo. Sin la obra del Espíritu Santo nadie se convertiría a Jesús. Por esta razón, todos los grandes reavivamientos han comenzado orando, pidiendo el Espíritu Santo.

El Espíritu Santo es el Consolador que Jesús nos prometió en Juan 14: 16: «Y yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre». Hay dos palabras griegas que se traducen como «otro» en el Nuevo Testamento. La primera es *allos*, que hace referencia a otro de *la misma clase*. La segunda es *heteros*, que hace referencia a otro de una *clase diferente*. En este pasaje, Jesús usa *allos*, otro de la misma clase, por lo que debemos esperar que el Espíritu Santo sea para nosotros todo lo que Jesús fue para sus discípulos. La palabra griega traducida como «Consolador» es *parakletos*, que identifica al Espíritu Santo como el Consolador, Abogado, e Intercesor que está a nuestro lado.

El Espíritu Santo no es una idea abstracta o una mera influencia. Es una persona divina, la tercera persona de la Trinidad. Por lo tanto, «es una persona así como Dios es persona» (*El evangelismo*, cap. 18, p. 447). Él es todo lo que Dios es. Es el representante de Cristo (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 4, p. 638), y por medio de él, Dios habita en nosotros (Juan 14: 17, 23).

Lamentablemente, Satanás ha logrado ocultar su verdadero carácter a través del extraño comportamiento de algunos que dicen tener el Espíritu Santo. Cuando él en verdad habita en nuestros corazones, el amor, la gracia, la misericordia y la bondad de Dios se manifiestan.

El Espíritu Santo nos ayuda a orar con poder

Este ser Divino nos ayuda a conectarnos con el poder de Dios mediante la oración. Él es nuestro traductor. Muchas veces estamos tan agobiados por el dolor y las preocupaciones que no somos capaces de expresar nuestros sentimientos con claridad a Dios. No sabemos cómo hablar el lenguaje del cielo. Nuestros intentos de comunicarnos con Dios son débiles. «Del mismo modo, y puesto que nuestra confianza en Dios es débil, el Espíritu Santo nos ayuda.

Porque no sabemos cómo debemos orar a Dios, pero el Espíritu mismo ruega por nosotros, y lo hace de modo tan especial que no hay palabras para expresarlo» (Rom. 8: 26, TLA).

Hace unos años, estaba programando un viaje a China. Consciente de mi ignorancia del idioma, decidí aprender algunas palabras y frases en chino para poder defenderme solo durante mi visita a ese país. Decidido a aprender, adquirí videos y libros. Por desgracia, más de allí no pude hacer nada. Cuando abordé el avión con destino a China, apenas sabía cómo saludar y decir «gracias». Me sentí agradecido por nuestra guía, quien hablaba un fluido inglés y a la vez era muy paciente. También tuvimos la suerte de conocer a un amable encargado de hotel que a diario nos recordaba las palabras y frases que ella nos enseñaba. El Espíritu Santo traduce nuestras oraciones al lenguaje de Dios. Él no solo traduce nuestras palabras, sino también nuestras emociones y los deseos del corazón. Pero él es más que un traductor. También es nuestra fuente de energía (Hech. 1: 8).

A menudo, el pecado se interpone en nuestro camino y bloquea la comunicación con nuestro Padre celestial. ¿Cómo podemos tener éxito en los esfuerzos para comunicarnos con él? El Espíritu Santo nos prepara para entrar en la presencia de Dios, señalando los pecados que debemos confesar y abandonar. «Y cuando él venga, vencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio» (Juan 16: 8). «El que oculta sus pecados no prosperará, pero el que los confiesa y se aparta de ellos alcanzará misericordia» (Prov. 28: 13). El salmista David observa: «Si en mi corazón hubiera yo mirado a la maldad, el Señor no me habría escuchado» (Sal. 66: 18). Entonces, ¿por qué intentamos acercarnos a él conscientes de que tenemos pecados sin confesar en nuestras vidas?

¿Cómo nos convence el Espíritu Santo de nuestros pecados? Él trabaja en nuestra conciencia (Rom. 9: 1). Pero eso no es todo, él nos señala la dirección correcta. Él es la voz que nos dice: «Este es el camino, andad en él, ya sea que vayáis a la derecha o a la izquierda» (Isa. 30: 21). ¡Qué alentador! Él no nos deja tropezar en

la indecisión y la duda. Tenemos un guía y un director. Nuestra responsabilidad es entonces responder a la convicción del Espíritu, oír y obedecer.

¿Qué condiciones hay que cumplir para recibir el Espíritu Santo?

Para lograrlo hemos de:

- Humillarnos en verdadero arrepentimiento.
- Confesar nuestra incredulidad.
- Meditar sobre la vida santa de Cristo.
- Orar fervorosamente.
- Olvidar nuestras diferencias.
- Estar unidos en comunión cristiana.
- Repudiar nuestros deseos de supremacía.
- Acercarnos más a Dios.
- Reclamar la promesa del Espíritu Santo.
- Reconocer nuestra necesidad espiritual.

Necesitamos el Espíritu Santo para poder experimentar el perdón

Nuestra necesidad espiritual más básica es el perdón de nuestros pecados. En Romanos 3: 23 leemos que «todos pecaron». Por tanto, «la paga del pecado es muerte» (Rom. 6: 23). En la cruz, sin embargo, Dios hizo provisión para esta necesidad mediante la muerte de su Hijo (1 Cor. 15: 3). «En él tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia» (Efe. 1: 7). Todos necesitamos perdón porque «no hay justo, ni aun uno» (Rom. 3: 10; Sal. 14: 3; 53: 3). El profeta Isaías se lamenta de que «todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino» (Isa. 53: 6).

El Dr. Harry Ironside, un gran predicador de antaño, habló de una ocasión en la que visitó una granja de ovejas y vio un cordero que aparentemente tenía seis patas. Él le preguntó al granjero la razón de esta extraña circunstancia. El granjero explicó que la madre de este pequeño cordero había muerto. Al mismo tiempo, a una oveja se le había muerto un corderito. Así que el agricultor hizo un manto con la piel del corderito muerto, dejándole dos patas, y cubrió el cordero que vivía con esta capa. ¡Por eso era que el pequeño

cordero parecía tener seis patas! Cuando la madre sintió el aroma de la capa que el cordero sin madre llevaba, aceptó ese cordero como si fuera el suyo.

Cuando aceptamos a Jesús, él nos reviste con su justicia y el Padre nos acepta como suyos. El Espíritu Santo es quien nos da esta garantía. «El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios» (Rom. 8: 16). Puesto que somos hijos de Dios, sabemos que él nunca nos abandonará. «¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? ¡Aunque ella lo olvide, yo nunca me olvidaré de ti!» (Isa. 49: 15).

Cuando recibimos el perdón de Dios, este es pleno y completo. Dios nos promete que «si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad» (1 Juan 1: 9). Él borra nuestros delitos y pecados «como a una nube» (Isa. 44: 22). Él «echará a lo profundo del mar todos nuestros pecados» (Miq. 7: 19). Echará nuestros pecados tras sus espaldas (Isa. 38: 17). «Él perdonará nuestros pecados y no se acordará de ellos» (Jer. 31: 34).

Si tenemos la seguridad de que Dios puede perdonarnos, entonces podemos perdonarnos a nosotros mismos. Satanás disfruta recordándonos nuestros pecados pasados para burlarse de nosotros por errores que ya hemos confesado y abandonado. Él se deleita en vernos desdichados, cavilando sobre nuestros errores del pasado. Cuando Dios nos perdona, podemos restregarle sus promesas en el rostro de Satanás y decirle: «No mires mi pasado. ¡Mira el Calvario! Mis pecados han sido clavados allí, y han sido borrados por la sangre del Cordero».

De la misma manera, puesto que Dios nos perdona, debemos perdonar a los demás (Mat. 6: 14, 15). Quiero que usted sepa que el perdón es uno de los principios cristianos más difíciles de practicar. Es natural querer hacer daño a aquellos que nos han herido. Jesús, no obstante, ha establecido una norma elevada para los que llevan su nombre. «Oísteis que fue dicho: “Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo”. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos [...] y orad por los que os ultrajan y os persiguen» (Mat. 5: 43, 44). El Espíritu Santo hace que tal perdón sea una realidad en nuestros corazones al producir su fruto en nuestras vidas (Gálatas 5: 22-25).

El Espíritu Santo nos hace santos

Lo que Dios espera de nosotros es santidad. «Como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos» (1 Ped. 1: 15). Pero, ¿cómo pueden los seres humanos pecadores vivir una vida santa que sea aceptable para Dios? Solo el Espíritu Santo nos puede proporcionar esa santidad. A través de la presencia de Cristo en nuestros corazones en la persona del Espíritu Santo, recibimos poder para vencer el pecado y vivir una vida de santidad.

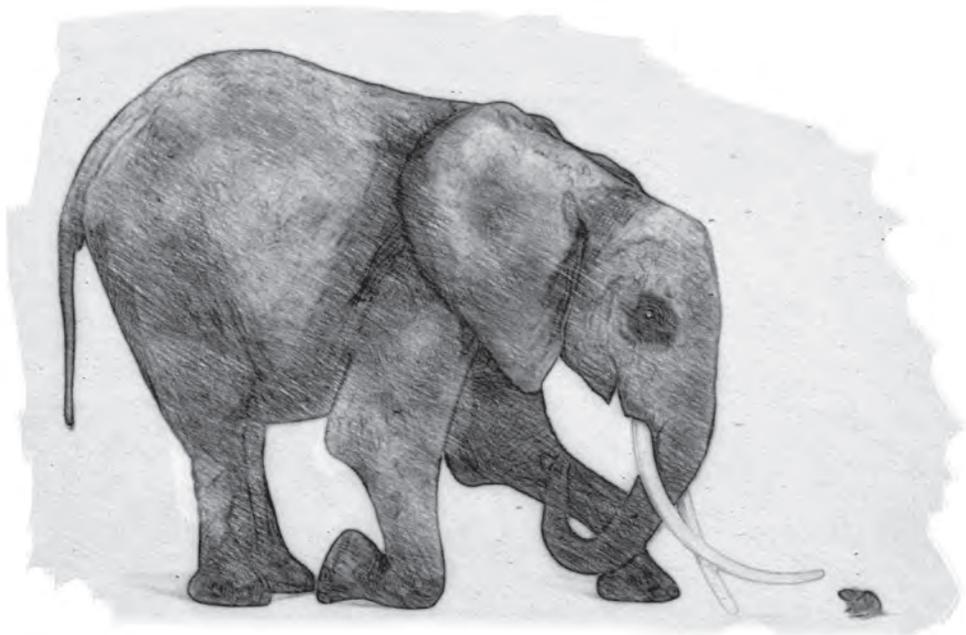
La iglesia cristiana primitiva es un ejemplo de lo que el Espíritu Santo puede hacer en las vidas de los seres humanos. A través del poder del Espíritu Santo, la iglesia fue capaz de atacar decididamente las fortalezas de Satanás. Hubo conversiones de toda clase de personas, así como numerosos bautismos. ¿Cómo llegó la iglesia del Nuevo Testamento a estar llena del Espíritu? A través de la oración. Fíjese cómo lo describe Elena G. de White:

«Los discípulos oraron con intenso fervor pidiendo capacidad para encontrarse con los hombres, y en su trato diario hablar palabras que pudieran guiar a los pecadores a Cristo. [...] Los discípulos sentían su necesidad espiritual, y clamaban al Señor por la santa unción que los había de hacer idóneos para la obra de salvar almas» (*Los hechos de los Apóstoles*, cap. 4, p. 30)

Nuestra batalla con el pecado es un combate desigual. Imagine por un momento una batalla entre los siguientes oponentes:

- Un enano y un imponente gigante
- Un ratón y un elefante
- Un Chihuahua y un león
- Un gorrión y un águila





¿Cuál cree usted que sería el resultado obvio? Imaginemos ahora que nosotros mismos estamos en una batalla contra Satanás. Sin duda no somos rivales para el diablo y sus demonios. Su poder es muy superior a nuestra débil capacidad humana.

Cuando Jesús estaba en la tierra, se encontró con un hombre poseído por varios demonios que se hacían llamar Legión. Este hombre poseído tenía tanta fuerza que «muchas veces había sido atado con grillos y cadenas, pero las cadenas habían sido hechas pedazos por él, y desmenuzados los grillos. Nadie lo podía dominar» (Mar. 5: 4). Sin embargo, ¡Jesús liberó al hombre del poder de estos demonios!

Todos nacemos con una predisposición al pecado. «He aquí, yo nací en iniquidad, y en pecado y en pecado me concibió mi madre» (Sal. 51: 5). Nos sentimos atraídos al pecado como una polilla a la

llama o un cerdo al barro. No podemos cambiar por nosotros mismos. El profeta Jeremías confirma nuestra impotencia al compararnos con un etíope que no puede cambiar el color de su piel o un leopardo que no puede cambiar sus manchas (Jer. 13: 23). No podemos mantenernos sin pecar y ningún detergente o jabón es tan fuerte como para limpiar nuestros pecados (Jer. 2: 22).

«El pecado podía ser resistido y vencido únicamente por la poderosa intervención de la tercera persona de la divinidad, que iba a venir no con energía modificada, sino en la plenitud del poder divino» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 73, pp. 640, 641). Solos, estamos indefensos; pero con el poder que Jesús nos da a través del Espíritu Santo, somos vencedores. Gracias a Dios porque, si bien no podemos hacer nada, ¡no estamos sin esperanza! Él «es poderoso para guardaros sin caída» (Jud. 24)

Estamos en guerra con el reino de las tinieblas

«Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (Efe. 6: 12). «Entonces el dragón se enfureció contra la mujer, y salió para hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella» (Apoc. 12: 17, BA). ¡Qué ambiente tan hostil! Hay agentes de guerra en contra nuestra. No son soldados humanos ordinarios, sino más bien «¡huestes espirituales de maldad!».

El campo de batalla es desigual y el territorio desconocido. Y la situación es aun peor. El general enemigo es Satanás y está decidido a llevar a cabo nuestra destrucción. El apóstol Pedro lo describe como nuestro «adversario el diablo», que «como león rugiente anda alrededor buscando a quien devorar» (1 Ped. 5: 8). Esta es una imagen escalofriante. Su rugido infunde terror en nuestros corazones, y mientras se pasea alrededor nuestro viendo cómo destruirnos, nos paraliza del miedo. ¿Qué tan rápido podemos correr para escapar de él? ¿A dónde iremos?

Satanás ataca de muchas maneras. Su método más eficaz es el engaño. Él asume una variedad de formas y tamaños para dominar y destruir a sus víctimas. Él lanza sus ataques contra nosotros cuando estamos desprevenidos y utiliza camuflajes para desarmarnos.

Uno de los depredadores más letales del mundo marino es la sepia. Esta criatura de mar es conocida como el «rey del camuflaje» o el «camaleón del mar». Estos animales cambian de color y forma de acuerdo a su entorno. Pueden cambiar de color más rápido que cualquier otro animal. La sepia utiliza su capacidad de camuflaje para capturar y matar a sus presas. Incluso pueden hipnotizar a su presa y así hacer más fácil el proceso de captura.

Al igual que la sepia, Satanás es astuto e impredecible. Él emplea medidas creativas y engañosas para esclavizarnos y destruirnos. Es el engañador más grande del mundo (Juan 8: 44). Él nos acecha, se hace «nuestro mejor amigo», nos miente, nos hipnotiza, y luego nos ataca para destruirnos. Nos toma desprevenidos cuando menos esperamos sus ataques. No podemos someterlo o conquistarlo con nuestras propias fuerzas.

Pero gracias a Dios, tenemos el Espíritu Santo, que lo desenmascara. «Dios no nos pide que realicemos con nuestra propia fuerza la obra que nos espera. Él ha provisto ayuda divina para todas las emergencias a las cuales no puedan hacer frente nuestros recursos humanos. Da el Espíritu Santo para ayudarnos en toda dificultad, para fortalecer nuestra esperanza y seguridad, para iluminar nuestra mente y purificar nuestro corazón» (*Testimonios para la iglesia*, t. 8, p. 26)

Nuestra arma más efectiva contra el diablo es la oración. Cuando persistimos en la oración podemos hacer que el diablo huya (Sant. 4: 7, Efe. 6: 11, 18). No hay que subestimar el poder vencedor de la oración. «Las tinieblas del maligno envuelven a aquellos que descuidan la oración. Las tentaciones secretas del enemigo los incitan al pecado; y todo porque no se valen del privilegio de orar que Dios les ha concedido» (*El camino a Cristo*, cap. 11, p. 140).

Es importante entender que cuando las tres personas de la Trinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, trabajan a nuestro favor, tendremos el poder para derrotar a las fuerzas de Satanás y vencer el pecado.

Es el momento de abrir el maravilloso regalo que Dios nos ha dado. Dios está ansioso de que lo utilicemos (Luc. 11: 13). Cuando el Espíritu Santo more en nuestro interior, ¡sucederán cosas asombrosas! (Hech. 2: 3, 4).



Jesús, nuestro ejemplo en la oración

«**E**l que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo» (1 Juan 2: 6). «Para esto fuisteis llamados, porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigáis sus pisadas» (1 Ped. 2: 21). «Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él» (Col. 2: 6).

Estos tres textos destacan una acción: caminar como Cristo caminó. ¿Es esto tan difícil de practicar? He visto niños que caminan exactamente como sus progenitores. Recuerdo a un niño que parecía una réplica exacta de su padre. Caminaba parcialmente de puntillas e inclinaba la cabeza hacia el lado izquierdo, al igual que su padre. ¡Increíble! Se veía igualito a su padre, sobre todo porque caminaba como él.

Se ha descubierto que caminar es una actividad muy importante. Varios estudios revelan que «aumentar la caminata diaria está directamente relacionado con el bienestar físico y mental».¹ Entre los beneficios *físicos* de caminar se incluye: la pérdida de peso y la metabolización de la grasa corporal, el fortalecimiento de los huesos, la prevención de fracturas, la disminución del riesgo y gravedad de la osteoporosis, la prevención de la diabetes tipo dos, la disminución de la presión arterial y reducción del colesterol en la sangre, el retraso del proceso de envejecimiento; la reducción del riesgo de contraer diversos tipos de cáncer, incluyendo el colorrectal, el de próstata y el cáncer de mama; ayuda en la recuperación de un ataque al corazón o un derrame cerebral, y mejora la flexibilidad y la postura.

Los beneficios *mentales* de caminar incluyen la prevención y reducción de la depresión, fortalecimiento de la función cognitiva y prevención del deterioro cognitivo, aumento del estado de alerta y de la memoria, aumento de la creatividad y de la capacidad para resolver problemas, mejora del estado de ánimo, aumento de la autoestima, y alivio del estrés. Además, caminar entre 32 y 40 kilómetros por semana aumenta la esperanza de vida varios años.

Caminar tiene muchos beneficios impresionantes, pero caminar con Cristo es aún más beneficioso, ya que sus ventajas son eternas. Si usted desea ser un cristiano de éxito debe imitar a Jesús. Él dijo: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (Juan 8: 12). Una de las características sobresalientes de Cristo fue su vida de oración. La Biblia declara: «En aquellos días él fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios» (Luc. 6: 12). La oración era un hábito en la vida de Jesús. De allí provenía la fuente de su fortaleza. «Jesús recibió sabiduría y poder durante su vida terrenal, en las horas de oración solitaria» (*La educación*, cap. 30, p. 233). Los discípulos estaban acostumbrados a verlo orar. Observaron

1. «Importance of Walking: Benefits, Statistics, Case Studies, and Goals». *The World of Walking and Running*, Publicado por rad12, el 17 de Noviembre de 2011, en <http://campus.albion.edu/walkingandrunning/2011/11/17/importance-of-walking-benefits-statistics-case-studies-and-goals/>

que su poder y su fuerza eran el resultado de sus oraciones. Estaban tan impresionados por su constante comunión con su Padre que le pidieron a Jesús que les enseñara a orar (Luc. 11: 1).

«El Señor Jesús mismo, cuando habitó entre los seres humanos, oraba frecuentemente. Nuestro Salvador se identificó con nuestras necesidades y flaquezas, al convertirse en un suplicante que imploraba de su Padre nueva provisión de fuerza, para avanzar vigorizado hacia el deber y la prueba. Él es nuestro ejemplo en todas las cosas. [...] Su humanidad hizo de la oración una necesidad y un privilegio. Encontraba consuelo y gozo en la comunión con su Padre. Y si el Salvador de los seres humanos, el Hijo de Dios, sintió la necesidad de orar, ¿cuánto más nosotros, débiles mortales, manchados por el pecado, deberíamos sentir la necesidad de orar con fervor y constancia» (*El camino a Cristo*, cap. 11, pp. 138, 139).

La vida de oración de Jesús es el mejor modelo para nosotros. No se trataba de una práctica religiosa útil, sino más bien de su vida entera. Cuando Jesús se levantaba de sus rodillas, todas las huestes de Satanás temblaban, y el miedo corría por las filas del maligno.

Jesús se dirigió a Dios como su amante Padre celestial

Las relaciones entre los niños y sus padres varían. Algunos padres son permisivos y relajados. Esto hace que sus hijos sean indisciplinados, manipuladores e inseguros. Luego hay otros padres que son dictadores. Este tipo de padres gobiernan sus hogares como tiranos. En consecuencia, sus hijos tienden a ser desafiantes y rebeldes. Otro tipo de padres son los negligentes. Estos padres no parecen considerar sus responsabilidades para con sus hijos, que a menudo parece que «se crían solos». Luego están los padres con autoridad que muestran tanto amor como firmeza al criar a sus hijos. A estos niños se les enseña el respeto propio y el respeto por la autoridad. En un hogar como ese hay calor, amor y atención. Los mejores padres son aquellos que se dan cuenta de que sus hijos son un regalo de Dios para capacitarlos, entrenarlos y prepararlos para el cielo.

La relación entre Jesús y su Padre constituye un modelo para nosotros. El Padre da ejemplo de amor y cariño. Jesús dice en Juan 5: 20: «Porque el Padre ama al Hijo y le muestra todas las cosas que

él hace». Este Padre celestial cuida de sus hijos. «¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin el permiso de vuestro Padre» (Mat. 10: 29). Dios nos valora infinitamente más de lo que valora a los gorriones. Todo el mundo es valioso a su vista.

Dios, nuestro Padre, también está ansioso por ayudar y dispuesto a escuchar:

«Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá, porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?» (Mat. 7: 7-11).

Por encima de todo, nuestro Padre celestial nos ama incondicionalmente. Como el hijo pródigo que abandonó la casa de su padre para vivir una vida insensata, pero luego regresó, también podemos volver a nuestro Padre celestial (Luc. 15: 11-32). Dios nos ama a pesar de todas nuestras andanzas. Él no basa su amor por nosotros en lo bien que actuamos o cuántas buenas obras hemos hecho. Dios no nos ama porque somos generosos o tenemos una posición social elevada. Él no nos ama solo cuando obedecemos su voluntad. Dios nos ama porque somos sus hijos y como sus hijos podemos orarle.

Jesús dedicó tiempo de calidad y cantidad a la oración

Las oraciones de Jesús no solo eran intensas, profundas y sinceras. También eran habituales, frecuentes e incesantes. Jesús se encontraba con su Padre en oración temprano en las mañanas. Dios el Padre era el primer contacto de su hijo, generalmente en un lugar solitario después de una noche de sueño (Mar. 1: 35). Este es un ejemplo digno. Antes de la salida del sol y el ajetreo del día, antes de que suene el teléfono y se encienda la televisión, debemos buscar a Dios en un lugar solitario. Debemos buscar a Jesús antes de consultar nuestra agenda del día. Debemos agradecerle por despertar y luego trazar nuestros planes del día delante de él. Debemos conectarnos con Jesús incluso

antes de que salga la luz del día, cuando la mente está fresca y alerta y no llena de las preocupaciones del día o de la noche. Debemos buscarlo a primera hora en la mañana. El tiempo que pasamos en oración debe ser un hábito continuo. Jesús nos exhortó: «Velad, pues, orando en todo tiempo» (Luc. 21: 36).

Jesús a veces pasaba toda la noche a solas con Dios en oración (Luc. 6: 12). Hay momentos en los que disfrutamos pasar largas horas, e incluso toda la noche con nuestros amigos. Nos gusta hacer esto especialmente cuando no los hemos visto desde hace mucho o si se van a ir durante un tiempo. Queremos aprovechar cada momento valioso de amistad con ellos. Jesús tenía esta clase de comunión durante toda la noche con su Padre. ¡Qué fuerza, poder y sabiduría obtuvo de estos encuentros lejos de toda distracción!

Andrew Murray, quien fue conocido por su profunda vida devocional, declaró:

«El enemigo usa todo su poder para llevar al cristiano, y sobre todo al ministro, a descuidar la oración. Él sabe que por muy admirable que pueda ser un sermón, por muy atractivo que sea el servicio, o por muchas visitaciones pastorales que se hagan; nada de esto puede causarle daño a él o a su reino si el cristiano descuida la oración. Cuando la iglesia se dedica a orar, y los soldados del Señor han recibido de rodillas “poder de lo alto”, los poderes de las tinieblas son sacudidos y las almas se entregan a Cristo».²

¿Qué tan importante es la oración a solas? ¿Cuáles son los beneficios de hablar con Dios en secreto? Jesús valoró tanto la oración secreta que aconsejó a sus seguidores a participar en ella como él lo hacía. «Entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará en público» (Mat. 6: 6). Disfrute de las bendiciones de una sesión directa con el Padre. Es una oportunidad para la confesión, para abrir

2. Andrew Murray, *Andrew Murray on Prayer* (Nuevo Kensington, Pensilvania: Whitaker House, 1998), pp. 159, 160.

su corazón, para la conversación sincera y las expresiones de gratitud. Una invitación a compartir momentos de intimidad con Dios es valiosa y gratificante. Acéptela.

«Nuestras oraciones han de ser tan fervorosas y persistentes como lo fue la del amigo necesitado que pidió pan a medianoche. Cuanto más fervorosa y constantemente oremos, tanto más íntima será nuestra unión espiritual con Cristo» (*Palabras de vida del gran Maestro*, cap. 12, pp. 111, 112).

Jesús reconoció que la fe es lo más importante en la oración

¿Qué es la fe? La fe es creer en Dios tan plenamente que no hay lugar para la duda. Jesús enseñó que todas las cosas son posibles para la persona de fe. «Y todo lo que pidáis en oración, creyendo, lo recibiréis» (Mat. 21: 22). Reflexionemos durante un momento en la historia de los dos ciegos:

«Cuando salió Jesús, lo siguieron dos ciegos, diciéndole a gritos: “¡Ten misericordia de nosotros, Hijo de David!”. Al llegar a la casa, se le acercaron los ciegos y Jesús les preguntó: “¿Creéis que puedo hacer esto?”. Ellos dijeron: “Sí, Señor”. Entonces les tocó los ojos, diciendo: “Conforme a vuestra fe os sea hecho”. Y los ojos de ellos fueron abiertos. Jesús les encargó rigurosamente, diciendo: “Mirad que nadie lo sepa”» (Mat. 9: 27-30).

La curación de los ciegos dependía de su fe implícita en Jesús. Más tarde, en Mateo 17: 20, 21, Jesús hizo hincapié en la importancia y la eficacia de la fe, incluso en pequeñas cantidades, como del tamaño de un grano de mostaza. Esta clase de fe complacía a Jesús. Yo he visto y sostenido con dificultad en mi mano semillas de mostaza. Son tan diminutas que es difícil separarlas para sostener una sola semilla entre los dedos. ¿Podemos desarrollar así sea una cantidad tan pequeña de fe? Pidan y se hará. La fe, por pequeña que sea, será recompensada. Necesitamos una ración de fe. «Forma parte del plan de Dios concedernos, en respuesta a la oración hecha con fe, lo que no nos daría si no se lo pidiésemos así» (*El conflicto de los siglos*, cap. 33, p. 516).

Fíjese en el milagro de sanidad de la mujer que estuvo enferma durante doce años y en la resurrección de la hija de Jairo. Jesús atribuyó estos milagros al ejercicio de la fe. Ellos confiaron en el poder de Cristo a pesar de lo imposibles que lucían las circunstancias (Luc. 8: 48-50). Este fue el tipo de fe que Jesús elogió. Esta es la fe necesaria para agradar a Dios. «Pero sin fe es imposible agradar a Dios» (Heb. 11: 6).

Charles Blondin fue un famoso funambulista francés. Se dice que en uno de sus actos sobre la cuerda floja, atravesó las Cataratas del Niágara del lado canadiense al lado estadounidense; una distancia de más de trescientos metros, a cincuenta metros por encima del Río Niágara, empujando una carretilla. En una ocasión, cuando llegó seguro al final de su recorrido, se encontró con el aplauso de una estruendosa multitud de espectadores. Blondin pregunta:

—¿Creen que puedo hacerlo de nuevo con un hombre en la carretilla?

—¡Sí! —dijeron todos a viva voz.

—¿Alguien se ofrece como voluntario? —preguntó Blondin de nuevo.

Ni una sola persona en la vasta multitud se ofreció. Sus acciones no armonizaron con sus palabras. Cuando creemos en las palabras de Jesús demostramos confianza plena en él y por lo tanto le obedecemos con prontitud. Ore para que el Señor le aumente la fe. Ore con fe y verá cómo «sus fervorosas oraciones de fe pueden mover el brazo que mueve el mundo» (*El hogar cristiano*, cap. 45, p. 258).

Jesús enseñó que la hipocresía no tiene lugar en una buena vida de oración

¿Qué es la hipocresía? Es fingir tener virtudes que uno realmente no tiene. Un hipócrita es alguien que pretende ser lo que no es. La palabra se deriva del griego *hypokrites*, que significa «actor de teatro» o «farsante». A nadie le gustan los hipócritas. De hecho, en su sermón del monte Jesús advirtió a sus oyentes a no orar como los hipócritas (Mat. 6: 5).

A través de un lenguaje fuerte, denunció a los hipócritas. «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque sois semejantes a

sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia» (Mat. 23: 27). La gente reconoce a un hipócrita cuando lo ve. Dado que no podemos engañar a Dios, él no se impresiona cuando caemos en la hipocresía. De hecho, los hipócritas impiden el trabajo de Dios.

La hipocresía es un obstáculo para la oración efectiva. No es la retórica de nuestras oraciones públicas lo que determina nuestra espiritualidad. Más bien lo es el tiempo empleado y la sinceridad y profundidad de nuestras oraciones privadas. La oración efectiva no es el resultado de una exhibición de piedad pública. Jesús condena este intento de «ser vistos por los hombres» (Mat. 6: 5). La oración pública es importante, pero, «es la comunión secreta con Dios la que sostiene la vida del alma» (*La educación*, cap. 30, p. 233).

Un famoso orador a menudo cautivaba a su audiencia con su impresionante elocuencia. En una de sus presentaciones recitó el Salmo 23: «El Señor es mi pastor». Cuando llegó al final, el orador recibió una ovación de pie. Cuando las ovaciones cesaron, preguntó a la audiencia si había alguien que estuviera dispuesto a recitar el salmo también. Al cabo de unos minutos, un viejo predicador dio un paso adelante y se ofreció para repetir el salmo. Cuando el predicador terminó no hubo aplausos, pero muchos en la audiencia lo miraban fijamente y lloraban. El orador se volvió hacia el viejo predicador y le dijo: «Yo conozco el salmo, pero usted conoce al Pastor».

La oración es una simple conversación con Dios. «Es el acto de abrir el corazón a Dios como a un amigo» (*El camino a Cristo*, cap. 11, p. 138). Todos tenemos un amigo en el cual confiamos. No necesitamos tener un vocabulario refinado con él o con ella, o utilizar términos técnicos. No necesitamos usar una jerga profesional para comunicarnos con un amigo. Solo debemos abrir nuestros corazones. Eso es hablar con Dios. De eso se trata exactamente la oración. No debemos ignorar esta bendita oportunidad para encontrarnos con él.

Jesús enseñó que debemos perdonar para que nuestras oraciones sean eficaces

Hay hábitos, comportamientos y pecados que bloquean los canales de bendiciones. Para que la gracia y el poder puedan fluir libremente de parte de Dios, debemos limpiar estos canales obstruidos. Uno de los males más graves que dificulta el flujo de la gracia y el poder de Dios es la indisposición al perdón. Jesús dejó muy claro que para que podamos ser perdonados, debemos perdonar. La oración modelo, el Padre nuestro dice claramente: «Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores» (Mat. 6: 12). Jesús señala que si no perdonamos a nuestros semejantes, nuestro Padre que está en el cielo no nos perdonará. ¡Qué terribles consecuencias eternas!

Mateo 18: 23-35 relata una historia fascinante de dos deudores. Un deudor, siervo del rey, le debía a este diez mil talentos. Cuando el rey exigió el pago, el siervo pidió clemencia y el rey le perdonó la deuda. Más tarde, ese mismo siervo se encontró con un conserivo que le debía solo cien denarios. El siervo perdonado se ensañó cruelmente con su conserivo, y le exigió el pago total de los cien denarios. Hizo caso omiso a las súplicas de misericordia del pobre hombre y lo envió a la cárcel. Cuando el rey se enteró de esto, entregó a aquel criado implacable a los verdugos. En resumen, si no perdonamos a los demás, Dios no nos perdonará a nosotros.

¿Cuáles son los motivos que esgrimimos para no perdonar a nuestros enemigos?

1. Él (o ella) me hizo demasiado daño.
2. No puedo olvidar lo que me hizo.
3. Nunca me dejará de doler lo que hizo.
4. No necesito su amistad.
5. Quiero que se sienta culpable e incómodo(a).
6. Soy demasiado orgulloso(a) para perdonar.
7. Quiero hacerle daño.

Jesús desea que perdonemos a nuestros enemigos e incluso que oremos por ellos. Es lamentable que no pensemos en las consecuencias eternas de tener un espíritu no perdonador, y es triste que aun

así oremos a Dios pidiendo perdón y olvidemos que nuestras oraciones son en vano. «Si en mi corazón hubiera yo mirado a la maldad, el Señor no me habría escuchado» (Sal. 66: 18).

Un joven misionero se sentía frustrado debido a la oposición que estaba recibiendo de los nativos. Agotado por sus inútiles esfuerzos por hacer de su ministerio un éxito, pensó en renunciar a la obra y regresar a su país. Antes de poner en marcha su plan de retirada, el joven misionero decidió hablar con el pastor titular de la región. La conversación giró en torno a las quejas del joven misionero:

—Estoy harto de estas personas —le dijo—. No seguiré preocupándome por ellos. Me voy.

—Espera un momento —dijo el pastor colocando su mano sobre el brazo del joven misionero—. ¿Acaso ellos le han clavado en una cruz? —preguntó.

—No —replicó el joven.

—¿Acaso se rieron de usted o lo insultaron? —continuó— ¿O acaso lo escupieron?

—No —respondió de nuevo.

—Entonces ellos deben haber atravesado su costado con una lanza.

El joven comprendió el mensaje que el pastor deseaba comunicarle. Jesús sufrió enormemente para que pudiésemos ser salvos, e incluso le pidió a su Padre que perdonara a sus asesinos. Fue rechazado por aquellos a quienes vino a salvar. Debemos orar también para nuestros enemigos, tal como Jesús lo enseñó. ¿Por qué no seguir su ejemplo?

Jim Elliot fue misionero entre los indios Aucas de Ecuador. Él y su equipo de cinco misioneros hicieron diversos esfuerzos para hacerse amigos de los indígenas. Cuando pensaron que era seguro, aterrizaron la avioneta entre los nativos. No se dieron cuenta de que aún eran personas hostiles. Poco después de que desembarcaron, los cinco misioneros fueron masacrados por los indios Aucas. Tiempo después, el hijo de Jim Elliot resolvió que la muerte de su padre no debía ser en vano, así que comenzó otro proyecto misionero a favor

de los indios Aucas. Dios obró en los corazones de los nativos y muchos se convirtieron. El hijo de Elliot tuvo la alegría de bautizar al asesino de su padre. De esto se trata el perdón.

El perdón es un proceso que lleva tiempo, y en este proceso es útil recordar los siguientes principios:

Perdonar no significa que olvidaremos por completo del mal que nos hicieron. Significa que renunciamos a nuestro derecho de represalia y venganza. No cavilaremos más sobre la injusticia ocurrida con sentimientos de ira y odio. Ponemos el asunto en manos del Juez justo que dice: «Mía es la venganza, yo pagaré» (Rom. 12: 19).

No tenemos que esperar a que la persona que nos ha hecho daño nos busque y nos pida perdón, sino nosotros ofrecerlo. Debemos dar el primer paso hacia la reconciliación. Mientras Esteban estaba siendo apedreado, oró por el perdón de sus perseguidores (Hech. 7: 54-60). Este fue también el ejemplo de Jesús en la cruz. «Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Luc. 23: 34).

El sentimiento de perdón puede no ser instantáneo, dependiendo de la profundidad de la herida. El tiempo, el esfuerzo y la oración ayudan en el proceso de sanidad. No debemos sentirnos culpables porque el dolor no desaparezca de la noche a la mañana. Sin embargo, cuando nos sintamos heridos, el ideal es superar el dolor a través de la fuerza que proviene de Dios y perdonar verdaderamente al ofensor.

Debemos pedirle a Dios específicamente que su gracia sustentadora nos ayude a sobrellevar el dolor (2 Cor. 12: 7-10). No hay ninguna prueba que debamos enfrentar que Dios no nos dé la fuerza necesaria para soportarla. «No os ha sobrevenido ninguna prueba que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser probados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la prueba la salida, para que podáis soportarla» (1 Cor. 10: 13). Pídale a Dios que le ayude a no sentir enojo o a no perder la fe en la humanidad. Siga el consejo del apóstol Pablo: «Sea quitada de vosotros toda amargura, enojo, ira» (Efe. 4: 31, BA).

El perdón no siempre es fácil, pero siempre es lo correcto. Algunas heridas son dolorosamente penetrantes. Su cónyuge, a quien ha amado durante muchos años, se escapa con su mejor amigo(a). Alguien a quien le confió un profundo y oscuro secreto le traiciona y revela su secreto mejor guardado. Alguien dice una mentira a su jefe y bloquea su ascenso.

Jesús sabe lo que se siente ser traicionado. ¿No lo traicionó Judas por treinta piezas de plata? Jesús debió sentirse aplastado cuando sus discípulos lo dejaron solo mientras enfrentaba el Calvario. Imagine su angustia cuando muchos de los que había ayudado y curado se unieron al coro demoníaco que gritaba: «¡Crucifiquenle!». A Jesús debió dolerle el corazón cuando aquellos a quienes vino a la tierra a salvar lo clavaron en la cruz.

El perdón no es siempre fácil, pero siempre es beneficioso. Un hombre se enfermó gravemente cuando un compañero de trabajo difundió un rumor falso sobre él. Estaba lleno de ira y deseos de venganza. Cuanto más pensaba en la injusticia cometida y en lo injusta que es la vida, más enfermaba. Sin embargo, cuando el hombre colocó el asunto en manos de Dios, comenzó a orar por su compañero de trabajo y lo perdonó, la enfermedad desapareció, y finalmente encontró la paz.

Cuando perdonamos, el alma obtiene libertad. La paz de Dios inunda las cámaras del corazón, y el espíritu se eleva con alas alegres.



Permitamos que el perdón actúe, olvidemos la amargura y el odio que corroe nuestros corazones, y disfrutemos de las bendiciones de la gracia y el poder de Dios.

Jesús también enseñó que debemos perseverar en la oración

A veces nos damos por vencidos fácilmente. Jesús aconsejó a los que instruía que debían orar en todo momento y no desfallecer (Luc. 18: 1). En ocasiones, es difícil persistir en la oración esperando que Dios conteste. Nuestra paciencia se agota. Sin embargo, podemos obtener ciertos beneficios de la espera. Por un lado, nuestra conexión con Dios se fortalece. Por otro lado, tenemos la oportunidad de participar en la búsqueda y la limpieza del alma, al igual que el salmista, que oró: «Examíname, Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos» (Sal. 139: 23).

La Biblia está llena de ejemplos de personas que obtuvieron excelentes resultados gracias a su perseverancia en la oración. Jesús elogió a la viuda que insistió en llevar sus peticiones al juez injusto (Luc. 18: 1-8). También Jacob, al luchar con el ángel (Gén. 32: 26). Daniel fue un hombre de oración y de poder. Rehusó abandonar su hábito, incluso cuando recibió amenazas de ser lanzado al foso de los leones (Dan. 6). En una ocasión buscó a Dios en oración fervientemente durante tres semanas (Dan. 10: 2 y 12). Jesús perseveró durante toda la noche en oración a Dios (Luc. 6: 12). Todos fueron persistentes en la oración y obtuvieron la victoria.

Dick Eastman, un defensor de la oración, señaló que «la oración concienzuda y persistente siempre ha sido la marca característica de todo hombre de Dios». Cuenta que Adoniram Judson pasó su vida en constante oración. Judson dijo: «Nunca oré de manera sincera y determinada por nada, y sin embargo, en algún momento me era concedido. Independientemente de cuán distante estuviese el día, de alguna manera, en alguna forma, probablemente de un modo que jamás habría imaginado, me era concedido». Eastman observó más adelante que la historia está repleta de testimonios que muestran el valor de la oración persistente, la cual ha cambiado

el destino de las naciones, congelado ejércitos en su avanzada, subyugado la furia de los elementos, y conquistado las más encumbradas montañas.³

Usted se preguntará: ¿Cómo se puede pasar períodos tan largos en oración? ¿No se convierten estas en repeticiones? Jesús espera que pasemos tiempo en oración. ¿Recuerda su decepción cuando en el huerto del Getsemaní descubrió que sus discípulos, en lugar de velar y orar como él les había pedido, se habían quedado dormidos? Es palpable el dolor en el corazón de Jesús cuando les preguntó: «¿No pudieron velar conmigo ni siquiera una hora?» (Mat. 26: 40, NTV).

Es necesario que planifique su «hora de oración». He aquí algunas ideas provechosas:

- Imagine que está en la presencia de Dios y que él conversa con usted.
- Hable con él como con un amigo.
- Invoque el nombre de Dios.
- Invoque el nombre de Jesús.
- Invoque al Espíritu Santo.
- Recite salmos.
- Reclame las promesas de Dios.
- Recite los grandes himnos de oración de la iglesia.
- Recite pasajes de las Escrituras.
- Recite los milagros de Jesús y reclame su poder sanador.
- Ore por los líderes, los gobernantes, los enemigos y los amigos, la familia, las ciudades y las naciones.
- Guarde silencio durante unos segundos e intente escuchar a Dios.
- Use la fórmula C-A-S-A:
 - Confesión: confiese sus pecados.
 - Adoración: alabe a Dios.
 - Súplica: exprésele sus peticiones.
 - Agradecimiento: enumere algunas bendiciones recibidas con gratitud.

3. Dick Eastman, *No Easy Road* (Grand Rapids, Michigan: Chosen Books, 2003).

Puede que al principio no demore una hora orando, pero no se desanime. El objetivo es estar un tiempo sin prisa con Jesús. Después de mucha práctica, será sorprendente lo rápido que pasará el tiempo y será muy fácil estar más de una hora orando.

Jesús creía en la oración intercesora

No es bueno orar únicamente por nosotros mismos. Quien no ora por los demás, no está realmente orando. Jesús oró por los demás. En la Cena del Señor, le hizo un comentario sorprendente a Pedro: «Simón, Simón, Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no falte» (Luc. 22: 31-32). Si prestamos atención a la última oración registrada de Jesús notaremos que dedica veintiuno de los veintiséis versículos a orar por sus discípulos (Juan 17: 6-26). Desarrollemos el hábito de orar por otros. «A medida que pasemos una cantidad cada vez mayor de tiempo orando por los demás, encontraremos que la actitud hacia las personas mejorará. Se volverá más positiva y compasiva. Y el tiempo de oración también madurará».⁴

Y aún hay más ejemplos de oraciones intercesoras en la Biblia:

- Moisés rogó a Dios para que salvara la vida de los hijos de Israel (Éxo. 32: 9-14).
- Daniel oró pidiéndole a Dios que apartara su ira de Jerusalén (Dan. 9: 3-19).
- Job oró por sus hijos y por sus amigos (Job 1: 5; 42: 10).
- Pablo intercedió por muchas personas (Rom. 1: 8-10; Rom. 10: 1; File. 1: 4; Efe. 1: 16; 1 Tes. 1: 2), y nos anima a interceder por otros (1 Tim. 2: 1-4).

Jesús nos enseñó a velar y orar

Jesús no solo aconsejó a sus discípulos que oraran, sino que velaran (Mat. 26: 41). Los cristianos necesitamos estar alerta mientras oramos. ¿Cuáles son algunas de las cosas por las que debemos estar atentos? Necesitamos ser plenamente conscientes del mundo en que vivimos. Vivimos en un mundo de tentaciones. Esto significa

4. Maxwell, *Partners in Prayer* (Nashville, Tennessee: Thomas Nelson, 1996), p. 73.

que necesitamos reconocer las tentaciones que nos atraen. Pedro nos recuerda la peligrosa actividad del merodeador, Satanás (1 Ped. 5: 8). El diablo nos acecha como un león hambriento que está decidido a devorarnos. Tiende sus redes para atraparnos. Sus tentaciones son muchas y diversas, hechas especialmente para nosotros. Debemos velar para no llegar a ser sus presas.



En una ocasión tuve la oportunidad de visitar un safari en Sudáfrica. Fue fascinante conocer de cerca increíbles animales como elefantes, jirafas y ñus. Cuando llegamos a la zona donde estaban los leones, me sentí aliviado al ver que una valla alta los separaba de nosotros. Aun así, nuestro guía nos advirtió que no debíamos acercarnos demasiado a la valla. Los leones son de temer y evitar.

Debemos orar pidiendo la sabiduría y protección de Dios. Debemos estar atentos ante las señales del pronto regreso de Cristo (Mar. 13: 33) y orar por un espíritu de preparación. Velando y orando podremos estar preparados para enfrentar las tribulaciones (Luc. 21: 36). Es necesario velar, porque el fin está cerca (1 Ped. 4: 7).

Dios está buscando a unas cuantas personas sinceras que se atrevan a vivir, velar y orar como su Hijo (Eze. 22: 30). Cuando Dios encuentre a estas personas, él sacudirá al mundo por medio de ellas. Los agentes de la oscuridad, Satanás y sus ejércitos serán presas del miedo. Las puertas de las cárceles se abrirán, los enfermos serán sanados, los pecadores se convertirán con una rapidez que asombraría a la iglesia de hoy, y el nombre de Dios será glorificado. Entonces Jesús vendrá a reclamar a los suyos. ¿Estará usted entre esas personas que Dios está buscando?



Cinco cosas que cada iglesia debe pedir

Vamos a iniciar este capítulo con una historia bíblica muy conocida:

«En aquel mismo tiempo, el rey Herodes echó mano a algunos de la iglesia para maltratarlos. Mató a espada a Jacobo, hermano de Juan, y al ver que esto había agradado a los judíos, procedió a prender también a Pedro. Eran entonces los días de los Panes sin levadura. Tomándolo preso, lo puso en la cárcel, entregándolo a cuatro grupos de cuatro soldados cada uno, para que lo vigilaran; y se proponía sacarlo al pueblo después de la Pascua. Así que Pedro estaba custodiado en la cárcel, pero la iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él» (Hech. 12: 1-5).

Cuando la iglesia del Nuevo Testamento oraba, el mundo era sacudido. Después de la crucifixión y resurrección de Jesús, sus seguidores se reunieron en el aposento alto en el día del Pentecostés. Lo hicieron con la

finalidad de orar y escudriñar el alma. Como resultado, «todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablaran» (Hech. 2: 4). Y tres mil personas se convirtieron ese mismo día (vers. 41).

Cuando la iglesia se pone de rodillas hay transformación, renovación y reforma. La oración ferviente registra una intensidad y una magnitud tales, que los espectadores sienten el mundo tambalearse con el cambio. El mundo es enderezado y no «trastornado» como acusaron los judíos en Hechos 17: 6. Hay poder en la oración colectiva. Por lo tanto la iglesia debe ser una comunidad de creyentes unidos en oración. «Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mat. 18: 20). Por otra parte, Jesús llamó al templo su casa de oración (Mat. 21: 13).

Las oraciones sinceras del pueblo de Dios siempre han producido resultados significativos. Es como si Dios estuviera en medio nuestro, esperando ansiosamente para conceder nuestras peticiones. «Entonces clamaron a Jehová en su angustia y los libró de sus aflicciones» (Sal. 107: 6). Por estas razones queremos compartir con usted y su iglesia cinco peticiones que debieran elevarse al Señor desde cada congregación cristiana.

1. Debemos orar por un reavivamiento y una reforma

Hay iglesias que parecen estar en un letargo de muerte. Donde no hay vida, no hay acción. Y si no hay acción, no puede haber resultados. Por lo tanto, necesitamos un reavivamiento que dará lugar a una reforma.

Según las Escrituras, debemos pedirle este reavivamiento al Señor. «Pídanle al Señor lluvias de primavera, y el Señor, que produce los relámpagos, las enviará en abundancia, y a todos les dará hierba en el campo» (Zac. 10: 1, DHH). «¿No volverás a darnos vida, para que tu pueblo se regocije en ti?» (Sal. 85: 6). «Jehová, aviva tu obra en medio de los tiempos» (Hab. 3: 2). La mensajera del Señor nos dio la siguiente exhortación: «La mayor y más urgente de todas nuestras necesidades es la de un reavivamiento de la verdadera

piedad en nuestro medio. Procurarlo debiera ser nuestra primera obra. [...] Solo en respuesta a la oración debe esperarse un reavivamiento» (*Mensajes selectos*, t. 1, p. 141).

Un autor que escribe bajo el seudónimo de «Cristiano Desconocido», dijo una vez: «¿Sabía usted que no existe nada a lo que el diablo le tema más que a la oración? Su gran cometido es mantenernos alejados de ella. Le encanta vernos “con los ojos fijos” en el trabajo, de manera que no oremos. A él no le importa que seamos estudiantes ansiosos y sinceros de la Biblia, siempre y cuando tengamos poco tiempo para la oración».¹

Hay muchas razones por las que la iglesia necesita un reavivamiento:

La ausencia de amor. Si bien hay un poco de amor aquí y allá en la iglesia, la realidad es que necesitamos más amor. En toda la Biblia se nos exhorta que debemos amarnos los unos a los otros. El amor es el terreno fértil que nutre el crecimiento. Y este no surge naturalmente en nuestros corazones. Por lo tanto, debemos pedir en oración un corazón amoroso, y luego llevar a cabo actos de amor entre los miembros de la iglesia y la comunidad.

Nuestra iglesia no es un club social en el que debemos pagar una mensualidad para asistir a las reuniones. Nuestra iglesia es una comunidad de creyentes que comparten y sienten mutuamente su dolor y sufrimiento. Debemos orar para que el amor de Jesús sea «derramado en nuestros corazones» (Rom. 5: 5). Cuando el amor florezca entre nosotros, habrá un reavivamiento.

Las disensiones entre los creyentes. «¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros?» (Sant. 4: 1). El apóstol Santiago señaló que la disensión era un obstáculo para el espíritu cristiano en la iglesia primitiva. Observó que la causa del conflicto yacía dentro de los corazones y las mentes de los miembros de la iglesia. El egoísmo, la competitividad y el deseo de complacernos a

1. Unknown Christian [Albert Ernest Richardson], *The Kneeling Christian* (Grand Rapids, Michigan: Zondervan, 1986), p. 18.

nosotros mismos, son las raíces del conflicto y la discordia. Es solo mediante la resolución de conflictos y el desarraigo de las pasiones egoístas que la disensión puede ser sofocada. Esto preparará el camino para el reavivamiento.

Vivir tranquilos en Sion. «¡Ay de los que viven tranquilos en Sion!» (Amós 6: 1, NVI). El reavivamiento no aparece porque estamos en un estado de complacencia. Debemos sentirnos incómodos con nuestro estado presente y luchar por un reavivamiento. Solo cuando cultivemos la pasión por la limpieza y renovación de nuestro espíritu, el deseo de reavivamiento vendrá y se hará realidad.

La frialdad. La temperatura de congelación en la que se encuentran nuestras iglesias contrarresta el calor del reavivamiento. Por desgracia, el mercurio en nuestro termómetro oscila entre frío (Apoc. 3: 1) y tibio (Apoc. 3: 15-18). Ninguno de estos niveles de temperatura es propicio para un reavivamiento. Debemos orar por el calor del Espíritu Santo.

¿Cómo puede comenzar el reavivamiento? Este no tiene que comenzar con una gran conflagración. No siempre toda la iglesia sentirá pasión por un reavivamiento de una vez. Si uno a uno los miembros se convencen de la necesidad de un reavivamiento, con el tiempo toda la iglesia lo buscará. Debemos orar por un reavivamiento. El profeta Ezequiel tuvo una visión de un cementerio lleno de huesos secos. Dios sopló su aliento sobre estos huesos, ¡y volvieron a la vida! (Eze. 37: 1-10). Nuestra iglesia puede estar fría y muerta, pero Dios está ansioso por resucitarla. Dios está dispuesto a llevar a cabo un reavivamiento, y lo único que debemos hacer es pedirlo. La iglesia que haya experimentado un reavivamiento encenderá el fuego del amor de Jesús en los corazones de todos y la comunidad arderá. Oremos: «Señor, por favor que el reavivamiento comience en mí».

2. Debemos orar por la predicación del evangelio

Jesús vio el desalentador desafío que afrontaba la iglesia. «A la verdad la mies es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies» (Mat. 9: 37, 38).

Millones se acuestan cada noche sin conocer de Jesús. Muchos van al trabajo y a sus lugares de entretenimiento sin el conocimiento del sacrificio de Jesús en el Calvario. Esto es triste.

El estado actual del mundo revela que muchos aún necesitan conocer a Jesús. Según un estudio demográfico publicado por el *Pew Research Center*, hay 2.180 millones de cristianos en todo el mundo. Este número solo representaba un tercio de la población mundial en el 2010.² Podemos caminar por las calles de algunas de las principales ciudades del mundo y no encontrar un solo cristiano. En algunas de estas ciudades, millones de personas ni siquiera han visto una Biblia o escuchado hablar de Jesús.

Necesitamos una mayor convicción de la urgencia de la predicación del evangelio. Más hombres y mujeres necesitan ser preparados como misioneros. Se necesita más dinero para apoyar esta obra y más oraciones por la divulgación del evangelio. «La obra evangélica, la tarea de abrir las Escrituras a otros, el amonestar a hombres y mujeres acerca de lo que sobrevendrá al mundo, ha de ocupar más y más el tiempo de los siervos de Dios» (*El evangelismo*, cap. 1, p. 18).

Dios está esperando para responder nuestras oraciones por la propagación del evangelio. «La mies es mucha». «El solemne y sagrado mensaje de amonestación debe proclamarse en los campos más difíciles y en las ciudades más difíciles y pecaminosas, en todo lugar donde no haya brillado todavía la luz del gran triple mensaje. Cada uno ha de oír la última invitación a la cena de boda del Cordero» (*ibid.*, pp. 20, 21). Oremos al Señor por más segadores para la cosecha que ya está madura.

3. Debemos orar por la familia de la fe: nuestra familia eclesial

«Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias por todos los hombres» (1 Tim. 2: 1). «Confesaos vuestras ofensas unos a otros y orad unos por otros,

2. «Global Christianity—A Report on the Size and Distribution of the World's Christian Population», Pew Research Center, 19 de diciembre de 2011, <http://www.pewforum.org/2011/12/19/global-christianity-exec/>.

para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho» (Sant. 5: 16). Muchos no se dan cuenta de que la oración intercesora tiene una doble bendición. Los amigos de Job fueron consoladores miserables que lo ridiculizaron cuando este perdió sus hijos, sus bienes materiales y aun su salud. En Job 42: 10 la Biblia nos dice que cuando Job oró por sus amigos, Dios restauró su fortuna al doble de lo que era.

La iglesia es una familia y, como todas las familias, sus miembros tienen diferentes personalidades, diferentes metas y debilidades individuales. Y porque somos familia, debemos esforzarnos en aliviar la discordia y desarmonía. Estas son algunas de las cosas por las que debemos orar, para que nuestra familia eclesíástica pueda reflejar el corazón de Cristo:

Orar por amor. Jesús nos exhorta a amarnos los unos a los otros. Esta fue la mayor carga de su corazón. «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros» (Juan 13: 35). Lo que Jesús quiso decir era que debía haber amor en la familia de la iglesia. El amor en la iglesia no solo debe expresarse, sino manifestarse en acciones. Es difícil mostrar automáticamente el amor. El amor es una virtud que debe ser cultivada. Al igual que una habilidad, hay que practicarla con el fin de perfeccionarla. Debemos buscar ocasiones y oportunidades para mostrar nuestro amor. A través de la oración podemos aprender a amarnos los unos a los otros.

Orar por la unidad. La última oración de Jesús antes de su crucifixión, fue: «Que todos sean uno» (Juan 17: 21). La presencia de desunión en la iglesia entristece el corazón de Cristo y ahoga nuestro crecimiento espiritual. La desunión es una semilla sembrada por Satanás, el autor de la discordia. La falta de unidad engendra debilidad entre los creyentes.

Un hombre tenía cuatro hijos que siempre discutían entre ellos. Frustrado por sus discusiones y peleas frecuentes, el padre ideó en un plan. Recogió una docena de varas gruesas y las ató juntas. Seguidamente, llamó a sus hijos y le dio a cada uno el bulto de varas para que intentaran romperlo, pero todos fallaron en la tarea. Entonces, el

padre desató el bulto y separó las varas, y les pidió a sus hijos que las rompieran. Cada uno consiguió romper fácilmente las varas. Los hijos aprendieron la lección. En la unión está la fuerza. Mientras nuestra familia eclesial está unida, habrá fuerza y poder. Sin embargo, cuando nos separamos los unos de los otros, Satanás puede intervenir y romper nuestro poder y nuestra influencia.

«Decidid que no habrá discordia entre vosotros, sino que tendréis la paz de Cristo en vuestros corazones [...]. Pero cuando se descuida el jardín del corazón las malezas venenosas del orgullo, del amor propio y de la confianza desmedida en si mismo, crecen abundantemente. Cada uno debe velar en oración [...]. La unidad en el hogar y la unidad en la iglesia manifiestan el modo de ser y la gracia de Cristo más que los sermones y los argumentos» (*El evangelismo*, cap. 10, pp. 251, 252).

Orar por los enfermos y dolientes. «¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia para que oren por él [...]. Y la oración de fe salvará al enfermo» (Sant. 5: 14, 15). Debemos ministrar a los enfermos que están en nuestro medio con nuestras oraciones fervientes. «El médico divino está presente en la pieza del enfermo; oye toda palabra de las oraciones a él elevadas con la sencillez de la verdadera fe. Sus discípulos de hoy han de orar por los enfermos tanto como los discípulos de antaño» (*Obreros evangélicos*, p. 227).

Orar por nuestras familias. Las iglesias y las comunidades están compuestas por familias. Si nuestras familias están fracturadas y son infelices, no tendrán la influencia necesaria en su entorno. Al orar por nuestras familias debemos interceder de forma especial por nuestros jóvenes. Las malas compañías son una amenaza constante en sus vidas. Es nuestra responsabilidad guiarlos, apoyarlos y amarlos. Debemos orar para que Dios levante un cerco de protección alrededor de ellos.

Estas son algunas de las cosas que podemos hacer para mantener el entusiasmo por la oración en nuestra familia eclesial:

1. Crear un calendario de oración.
2. Organizar grupos de oración.

3. Mantener reuniones de oración.
4. Hacer más atractivas las reuniones de mitad de semana.
5. Organizar ministerios de oración para los niños.

Como bien dijo el Maestro: «Velad y orad para que no entréis en tentación» (Mat. 26: 41).



4. Debemos orar por el estado del mundo

Nuestro mundo va en decadencia. La actitud de la humanidad hoy en día es cada vez más similar a la actitud en los días de Noé, cuando «todo designio de los pensamientos de su corazón solo era de continuo el mal» (Gén. 6: 5). La moralidad se ha diluido, las normas cristianas han sido desechadas, y los vicios son exaltados. La criminalidad se ha generalizado. El genocidio y el parricidio son comunes. El abuso a niños y personas mayores aumenta cada día. Se desprecia la Palabra de Dios. Dios mismo es rechazado y menospreciado. La paz nacional e internacional está desapareciendo del mundo, a pesar de las numerosas cumbres de paz. Estos acontecimientos nos obligan a admitir que el estado actual del mundo está empeorando. El cuadro de

nuestro mundo actual es un reflejo del cumplimiento de 2 Timoteo 3: 1-5, donde el apóstol Pablo presenta una lista de males sociales y espirituales.

¿Qué podemos hacer al respecto? Caer de rodillas. Nuestra única esperanza está en la constante intercesión en favor de nuestro mundo. Se necesitan con urgencia las oraciones de la iglesia. Debemos orar y no desmayar (Luc. 18: 1). Esta es nuestra única esperanza. «La oración es el medio ordenado por el cielo para el éxito en el conflicto del pecado y el desarrollo del carácter cristiano. Las influencias divinas que vienen en respuesta a la oración de fe, efectuarán en el alma del suplicante todo lo que pide» (*Los hechos de los apóstoles*, cap. 55, p. 563). «Por sus fervorosas oraciones de fe pueden mover el brazo que mueve el mundo» (*El hogar cristiano*, cap. 45, p. 258).

5. Debemos orar por la preparación para el tiempo del fin

Todos planificamos y nos preparamos para diferentes acontecimientos en nuestras vidas: bodas, graduaciones, inauguraciones, *baby showers*, viajes, cenas, conferencias, *picnics* y retiros espirituales. Planificamos y nos preparamos. Pero, ¿estamos preparados para la Segunda Venida de Jesús? A veces parece que hemos olvidado que Jesús viene de nuevo o creemos que su venida está muy lejos. Los abuelos de nuestros abuelos esperaban la Segunda Venida de Jesús. Nuestros abuelos y padres anhelaban y esperaban el regreso de Jesús. Pero él aún no regresa. Así que nos hemos relajado y despreocupado.

Esta actitud fue profetizada en la Biblia. Pedro describió una tendencia a la frialdad y una indiferencia en el fin de los tiempos. «¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación» (2 Ped. 3: 4). Dios sabía que esta sería la reacción de muchos ante su aparente demora. Pero recordemos la respuesta a esta falta de fe: «El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente [...] no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2 Ped. 3: 9). Jesús viene otra vez, y viene pronto, muy pronto. Por lo tanto, ¡la iglesia debe prepararse y estar lista!

Pensemos en las diez vírgenes que se preparaban para la boda (Mat. 25: 1-13). Imagine a esas hermosas damas de honor. Piense en los preparativos que precedieron a esta boda: la elección de sus vestidos, las sesiones programadas para las medidas, los accesorios cuidadosamente elegidos. Luego los días y las noches soñando con esa ocasión. Es posible que tuvieran muchas conversaciones con la novia sobre ese día especial. La cuenta regresiva estaba en marcha. El día estaba por llegar.

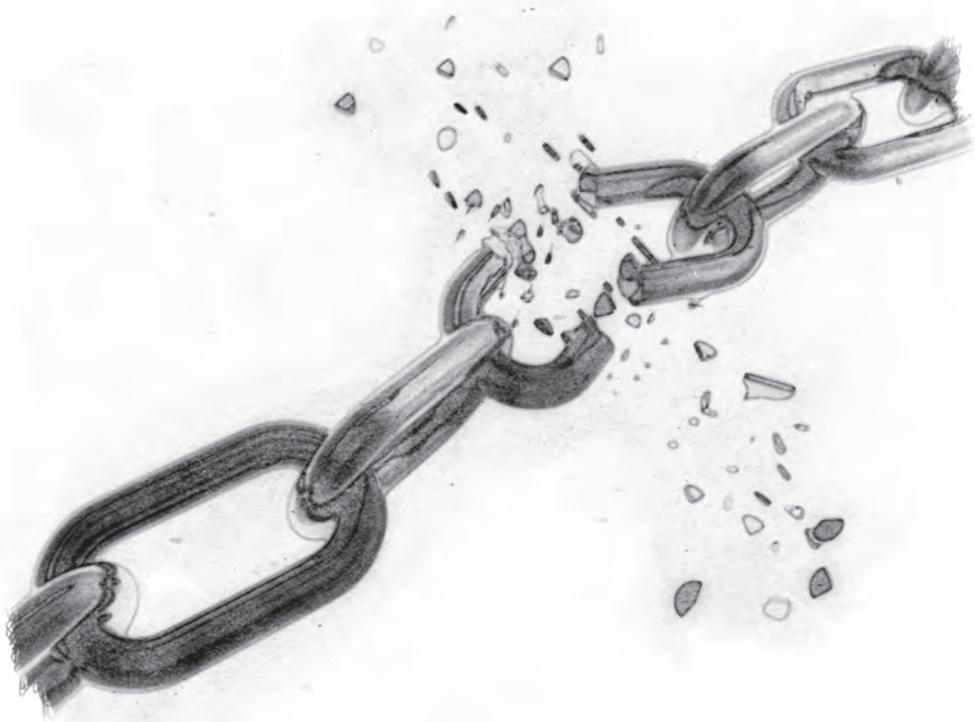
Pero hay un lado triste en esta parábola de Jesús. Allí estaban las damas de honor, esperando impacientes, pero sin estar verdaderamente preparadas y listas. Mientras esperaban, «cabecearon todas y se durmieron» (Mat. 25: 5). Una persona no puede estar lista y dormida al mismo tiempo. Mientras dormían, el aceite en sus lámparas se agotó. Como estaban durmiendo no pudieron controlar sus lámparas. El anuncio de la llegada del novio despertó a las chicas de su sueño. Cinco de las vírgenes tenían aceite adicional, así que estaban preparadas para cualquier emergencia. Ellas pudieron participar en la boda. Las otras cinco vírgenes (Jesús se refiere a ellas como imprudentes), no tenían más aceite. Sus lámparas se habían apagado y no pudieron ir con el novio, porque «se cerró la puerta» (Mat. 25: 10).

El consejo de Cristo es que estemos preparados y listos, y también que veamos por la venida del Señor. El sueño afecta la capacidad de velar. ¡Por eso el apóstol Pablo nos insta a permanecer despiertos! «Y esto, conociendo el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño, porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos» (Rom. 13: 11).

Nuestro trabajo es estar preparados para la venida de Jesús. Debemos estar siempre con la mirada en lo alto, porque este acontecimiento será inesperado (Luc. 21: 34, 35; Mat. 24: 36). Una iglesia que ora es una iglesia poderosa, porque la oración restringe el poder de Satanás. De hecho, una iglesia que ora hace que Satanás huya. Cuando los primeros cristianos fueron sitiados por sus opresores, la iglesia tomó su arma más importante, la oración, ¡y la empuñó con éxito! La iglesia oró y las

cadenas de la prisión de Pedro cayeron. Cuando la iglesia comience a orar más cadenas se romperán, porque la oración es el poder que vence a los ejércitos del infierno.

Así que no debemos olvidar el énfasis en la oración. No debemos permitir que los programas y las actividades desplacen nuestro hábito de orar. No debemos ser arrullados por la comodidad. Debemos orar. La iglesia del Nuevo Testamento no poseía muchas de las comodidades y el confort que hoy disfrutamos, pero tenía pasión por la oración. Una iglesia que ora es una iglesia poderosa. ¡Consigamos ese poder!





5

El poder de la oración en la salvación de otros

La misión de la iglesia es la evangelización del mundo

La evangelización del mundo depende del poder de la oración. Solo a través de la oración la iglesia de Dios podrá ejecutar el último mandato de Jesús: «Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado. Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mat. 28: 19, 20). «Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura» (Mar. 16: 15). «Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin» (Mat. 24: 14).

Llamarse cristiano y no sentir pasión por la evangelización es abusar del nombre de Dios. En primer lugar, debemos darnos cuenta de lo importante que es nuestra responsabilidad. Pablo decía: «¡Ay de mí si

no anunciara el evangelio!» (1 Cor. 9: 16). Por lo general, solemos ser efectivos a la hora de compartir la noticia de que algún producto funciona bien, ya sea una medicina, o un cosmético; o cuando le informamos a alguien sobre una buena oferta; e incluso cuando recomendamos a alguien como amigo. Es triste que no sintamos el mismo entusiasmo por compartir el evangelio.

En 2 Reyes 7 encontramos la historia de cuatro leprosos que estaban a las puertas de la ciudad de Samaria cuando esta fue sitiada por los sirios. Dentro de la ciudad había hambre. En su desesperación, los leprosos decidieron ir al campamento de los sirios para conseguir comida. Para su sorpresa, encontraron las tiendas abandonadas por los soldados, pero con un amplio suministro de alimentos y armas. Dios había confundido al ejército sirio y este había huido, ¡dejándolo todo!

«Cuando los leprosos llegaron al límite del campamento, entraron en una tienda, comieron y bebieron, tomaron de allí plata, oro y vestidos, y fueron a esconderlos. Después volvieron, entraron en otra tienda, y de allí también tomaron cosas que fueron a esconder. Luego se dijeron unos a otros: “No estamos haciendo bien. Hoy es día de buenas noticias y nosotros callamos”» (2 Reyes 7: 8, 9).

Al igual que esos leprosos, «no estamos haciendo bien» (vers. 9). Disfrutamos de un banquete de predicaciones de calidad, participamos de ricos seminarios, nuestras almas se refrescan con música inspiradora, nuestras bancas y nuestros estantes están llenos de literatura edificante, y gozamos elaborando programas; pero, ¿cuál es nuestra respuesta a todas estas bendiciones? Dejamos que se acumulen. Las juntamos y las congelamos en nuestros corazones egoístas. No sentimos la necesidad de compartir. Cuando vamos a la iglesia, pasamos apresuradamente cerca de nuestros vecinos, que están sedientos de Dios, sin siquiera invitarlos. Esto se asemeja mucho a la actitud del sacerdote y el levita, que en su recorrido a Jericó dejaron al herido desatendido y moribundo. «No estamos haciendo bien». De hecho, estamos ignorando el mandato expreso de Jesús de predicar al mundo. ¡Qué triste!

La Iglesia Adventista del Séptimo Día nació como una iglesia evangelizadora, y siempre hemos hecho énfasis en la evangelización. Pero en los últimos años, hemos venido dejándonos atraer por distracciones fascinantes y hemos ocupado nuestro tiempo en proyectos menos cruciales.

La Segunda Venida está muy cerca

«Ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación» (Rom. 13: 11). Proponerse alcanzar una meta u objetivo suele ser un incentivo para seguir adelante. En ocasiones permitimos que el cansancio, la falta de interés y otras distracciones apaguen el deseo de realizar o alcanzar una meta. Imaginemos a un estudiante que está cerca de graduarse, pero en lugar de seguir estudiando fuertemente, desiste. O a un atleta que desea obtener un trofeo pero reduce el tiempo de entrenamiento porque las mañanas son demasiado frías y es más agradable quedarse en cama un poco más. Obviamente, ellos «no hacen bien».

Hace muchos años, fuimos a una excursión en un lugar histórico. Había muchos lugares emocionantes que captaban nuestro interés y atención. Caminamos y caminamos hasta que nos dolieron los pies, pero nuestro guía seguía como si nada. Pronto nos dijo que estábamos casi llegando al final de la excursión, pero que lo mejor era lo que venía, pero no describió el final. Dijo que era demasiado glorioso para ser descrito con palabras y que debíamos verlo con nuestros propios ojos para realmente disfrutarlo. Pero estábamos cansados, y ya nos dolían mucho los pies. Comenzamos a quedarnos atrás. Nuestros compañeros de viaje nos animaban a seguir adelante. Sin embargo, pronto nuestro cansancio y el dolor en los pies ganaron la batalla. Decidimos parar y descansar. «Continúen —les dijimos a nuestros compañeros de viaje—, nos reincorporaremos al regreso».

Unos cuarenta y cinco minutos más tarde, nuestros compañeros regresaron. Estaban extasiados con lo que habían visto. Todos expresaron su decepción porque no habíamos podido disfrutar de lo que ellos habían disfrutado. Y quedaba apenas a unos minutos de donde nos habíamos detenido a descansar. Habíamos perdido nuestro interés.

Habíamos abandonado nuestro entusiasmo. Y como resultado, perdimos una oportunidad sensacional. Eso es lo que está sucediendo con nuestra iglesia: «No hacemos bien».

Esta frase debe permanecer en nuestros corazones: «La salvación está cerca» (Luc. 21: 28, NTV). «Porque aún un poco y el que ha de venir vendrá, y no tardará» (Heb. 10: 37). Jesús viene otra vez, ¡y viene muy pronto! Las profecías y las señales de su inminente regreso deben motivarnos en el cumplimiento de nuestra misión. ¿Cuáles son algunas de estas señales de la proximidad del fin del mundo?

- Señales naturales: Terremotos, huracanes, inundaciones, erupciones volcánicas.
- Señales sociales: Desintegración de los matrimonios, inmoralidad, indiferencia ante la importancia de la virtud.
- Señales políticas: Tensión entre los gobiernos, intentos inútiles por la paz, golpes de Estado.
- Señales religiosas: Aumento del ateísmo, espiritismo, desprecio por la ley de Dios
- Señales proféticas: La sucesión profética del reino terrenal, seguida del establecimiento del reino eterno de Dios (Dan. 2: 36-45); el surgimiento del anticristo y la persecución del pueblo de Dios (Dan. 7: 23-27; 8: 23-25.); el resurgimiento de la «bestia herida» (Apoc. 13: 3); engaño mundial (Apoc. 13: 13, 14).

Todos los miembros deben incluirse en la tarea de ganar almas

Lucas 8: 26-39 relata la historia de un endemoniado al que Jesús sanó. Lo interesante en esta historia es que el hombre que acababa de recuperarse estuvo listo para unirse a Jesús de inmediato en su ministerio. «El hombre de quien habían salido los demonios le rogaba que lo dejara quedarse con él, pero Jesús lo despidió, diciendo: “Vuélvete a tu casa y cuenta cuán grandes cosas ha hecho Dios contigo”. Él, entonces, se fue, publicando por toda la ciudad cuán grandes cosas había hecho Jesús con él» (Luc. 8: 38, 39). Cuando Jesús regresó a esa área, toda la ciudad lo recibió con gusto.

Jesús fue claro en cuanto a lo que espera de nosotros, sus discípulos: «Como me envió el Padre, así también yo os envío» (Juan 20: 21).

La persecución de la iglesia primitiva facilitó la propagación del evangelio. «En aquel día hubo una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén, y todos, salvo los apóstoles, fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria [...]. Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio» (Hech. 8: 1, 4).

El 14 de marzo de 1964, Catherine Genovese, de veintiocho años de edad, conocida como Kitty por casi todos en el barrio, regresaba a su casa de su trabajo como gerente de un bar en *Hollis*. Estacionó su Fiat rojo en un estacionamiento adyacente a la estación Kew Gardens del Ferrocarril de Long Island, en Queens, Nueva York. Un hombre que había estado acechándola, la atacó y apuñaló hasta quitarle la vida. «Durante más de media hora, varios ciudadanos respetables en Queens, vieron al asesino mientras apuñalaba a la mujer». Cuando la policía les preguntó a los testigos por qué no habían intervenido para detener al atacante, uno de ellos contestó: «No quise involucrarme».¹

Nos indigna la manera de actuar de los testigos de este crimen. Pero, ¿no estamos haciendo lo mismo? ¿No estamos tranquilos, evitando involucrarnos, mientras que muchos en el mundo ignoran el acecho mortal de Satanás y el sacrificio que Jesús hizo por ellos? Debemos actuar y debemos hacerlo ya. Cada uno de nosotros debe participar en la obra de la salvación antes de que sea demasiado tarde.

«Tampoco recae únicamente sobre el pastor ordenado la responsabilidad de salir a realizar la comisión evangélica. Todo el que ha recibido a Cristo está llamado a trabajar por la salvación de sus prójimos» (*Los hechos de los apóstoles*, cap. 11, p. 85).

La oración es un arma indispensable en esta batalla por las almas

La evangelización del mundo depende en primer lugar de un reavivamiento en la oración. La iglesia primitiva dependía de ella. Ellos incluyeron la oración en todas sus actividades para alcanzar sus objetivos. Una de las razones por las que los apóstoles decidieron nombrar

1. Martin Gansberg, "Thirty-Eight Who Saw Murder Didn't Call the Police," *The New York Times*, 27 de marzo de 1964.

diáconos fue para poder dedicar más tiempo a la oración (Hech. 6: 4). Cuando ellos ansiaban que el Espíritu Santo los llenara, se reunían para orar «unánimes» (Hech. 1: 14; 2: 1-4). Solo entonces podían participar de la evangelización exitosa.

La oración no es una herramienta útil adicional para el programa de evangelización. Orar *es* evangelizar. Cuando Jesús observó los campos que esperaban ser cosechados a través de la evangelización, aconsejó: «Por tanto, rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies» (Mat. 9: 38; Luc. 10: 2). Todos los grandes reavivamientos han estado empapados de mucha oración. Cuando los creyentes oran, el Espíritu Santo se mueve y actúa, como quedó demostrado en el día del Pentecostés. Elena G. de White declaró:

«Los fieles mensajeros de Dios han de tratar de hacer avanzar la obra del Señor en la forma en que él lo ha señalado. Han de colocarse a sí mismos en estrecha relación con el gran Maestro, para que puedan ser enseñados diariamente por Dios. Han de luchar con Dios en oración ferviente por un bautismo del Espíritu Santo, para que puedan llenar las necesidades de un mundo que perece en el pecado» (*Testimonios para los ministros*, cap. 17, p. 467).

¿Por qué es tan importante la oración en la evangelización?

Porque estamos en una guerra espiritual. «No tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (Efe. 6: 12). Nuestras armas son espirituales. «Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas» (2 Cor. 10: 4). La oración es nuestra arma más efectiva. Incluso si el enemigo nos sujeta, encarcela o amordaza, podemos orar.

Porque la oración puede hacer cualquier cosa que Dios pueda hacer. A través de la oración nos conectamos con Dios. «¿Acaso hay alguna cosa difícil para Dios?» (Gén. 18: 14). Cuando la voluntad humana está ligada con la voluntad de Dios, ¡los resultados son

estremecedores! «La oración debe ser el fundamento de todo esfuerzo cristiano. Cualquier fallo que ocurra será porque se ha fallado en la oración».²

Porque la oración puede eliminar todos los obstáculos. «Si se humilla mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oran, y buscan mi rostro, y se convierten de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, perdonaré sus pecados y sanaré su tierra» (2 Crón. 7: 14).

Porque la oración impulsará la obra de Dios. Debemos mantener la mirada fija en Jesús, conscientes de que su poder es el que realiza la obra. Aunque hemos de trabajar fervorosamente por la salvación de los perdidos, también hay que reservar tiempo para la meditación, la oración y el estudio de la Palabra de Dios. «Es únicamente la obra realizada con mucha oración y santificada por el mérito de Cristo, la que al fin habrá resultado eficaz para el bien» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 38, p. 335).

Porque a través de la oración buscamos al Espíritu Santo. Noorar es como boxear contra el viento. La oración y el Espíritu Santo son piezas indispensables en la evangelización. El Espíritu Santo acude a nosotros cuando lo pedimos en oración. Jesús les dijo a sus discípulos que debían esperar la llegada del Espíritu Santo. «Ciertamente, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén hasta que seáis investidos de poder desde lo alto» (Luc. 24: 49).

¿Qué sucede cuando la iglesia ora?

La gente se convierte. «El Espíritu vino sobre los discípulos que esperaban y oraban con una plenitud que alcanzó a todo corazón. [...] La espada del Espíritu, recién afilada con el poder y bañada en los rayos del cielo, se abrió paso a través de la incredulidad. Miles se convirtieron en un día» (*Los hechos de los apóstoles*, cap. 4, p. 31).

Hay menos contiendas y riñas, y más santidad de vida. «Decidid que no habrá discordia entre vosotros, sino que tendréis la paz de Cristo en vuestros corazones» (*El evangelismo*, cap. 10, p. 251).

2. Germaine Copeland, *Prayers That Avail Much* (Tulsa, Oklahoma: Harrison), xviii.

La iglesia despierta. «Es necesario despertar a la humanidad para que comprenda la solemnidad del momento, la proximidad del día cuando terminará el tiempo de gracia para los seres humanos. Deben hacerse esfuerzos definidos para presentar a la gente en forma impactante el mensaje para este tiempo. El tercer ángel ha de avanzar con gran poder» (*Testimonios para la iglesia*, t. 6, p. 25).

Nos unimos en el amor de Cristo. El amor es el mayor poder en favor del bien. Por eso Jesús rogó constantemente a sus discípulos que se amaran los unos a los otros. «Cuando amemos al mundo como él lo amó, entonces se habrá cumplido su misión para con nosotros. Estaremos listos para el cielo, porque lo tendremos en nuestro corazón» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 70, p. 611).

¿Cómo podemos lograrlo?

1. Animando a otros a orar fervientemente por las almas.
2. Realizando oraciones en grupo en la Escuela Sabática o en el servicio de adoración, así como reuniones de oración.
3. Programando reuniones de oración que duren toda la noche (ver Luc. 6: 12).
4. Asegurándose de incluir a los jóvenes y niños en la iniciativa de oración.

«Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mat. 18: 20). «Si algo pedís en mi nombre, yo lo haré» (Juan 14: 14).

Jesús está buscando gente de oración

Sin duda estamos viviendo en los últimos días. Incluso Satanás sabe que el tiempo es corto (Apoc. 12: 12). Un Dios ansioso está esperando que su iglesia reviva la pasión de la iglesia del Pentecostés. Los ángeles están inquietos esperando para cooperar con el pueblo de Dios. Jesús está esperando para contestar las fervientes oraciones de sus hijos. Ahora es el momento de orar como nunca antes, y Dios responderá derramando su Espíritu sobre nosotros.

John Knox, el más famoso reformador religioso escocés del siglo XVI sentía una enorme carga por su país. Se puso de rodillas y oró con pasión: «Señor, dame a Escocia o muero». Lo que siguió fue el

gran reavivamiento escocés en el que muchos entregaron su corazón al Señor. Cuando usted y yo sintamos una carga por las almas como la sentía John Knox, y oremos fervientemente por la salvación de los que nos rodean, habrá un reavivamiento como no se ha visto desde los días de los apóstoles.





6

La oración fervorosa y eficaz

Cuando usted piensa en «oración fervorosa y eficaz» ¿qué imagen llega a su mente? ¿Qué texto bíblico recuerda? Quizás este sea el que primero llegue a su mente, permítanos compartirlo en varias versiones de la Biblia:

«La oración eficaz del justo puede mucho» (Sant. 5: 16).

«La oración de una persona buena es muy poderosa, porque Dios la escucha» (Sant. 5: 16, TLA).

«La oración ferviente de una persona justa tiene mucho poder y da resultados maravillosos» (Sant. 5: 16, NTV).

«La oración del justo es poderosa y eficaz» (Sant. 5: 16, NVI).

Como bien declaró E. M. Bounds:

«Una oración sin fervor nada aporta, pues no tiene nada que aportar. Tiene las manos vacías. Además de vacías, son también manos indiferentes que nunca han aprendido la lección de aferrarse a la cruz.

»La oración que no es ferviente, carece de motivos. Es una cosa vacía, un recipiente inadecuado. El corazón, el alma y la vida deben abrirse paso en toda oración verdadera. El cielo debe sentir la fuerza de este clamor a Dios». ¹

Sin Dios nada podemos hacer

Solos, carecemos de poder. Sin Dios en nuestras vidas, somos como una lámpara lejos del enchufe. Sin Dios en nuestras vidas, somos como una linterna sin baterías. Sin Dios en nuestras vidas, somos como un automóvil sin conductor. Sin Dios en nuestras vidas, somos como un piano sin pianista. Sin Dios en nuestras vidas no somos nada. Jesús declaró: «Porque separados de mí nada podéis hacer» (Juan 15: 5). Una vida sin Dios es semejante a la tierra antes de la creación: «Desordenada y vacía» (Gén. 1: 2). Obtenemos nuestras fuerzas, nuestro poder, a través de la oración.

«Nuestra única defensa segura contra los pecados que nos asedian es la oración, la oración de cada día y de cada hora. No debemos estar un día llenos de celo para sumirnos el siguiente en la negligencia, sino como resultado de la vigilancia y el fervor debernos revitalizarnos gracias a nuestra comunión con Dios. La oración es necesaria, y no debíamos esperar que se manifiesten los sentimientos sino orar, fervorosamente, ya sea que sintamos algo o que no sintamos nada» (*Cada día con Dios*, p. 277).

Con Dios somos invencibles

«Todo lo puedo en Cristo que me fortalece» (Fil. 4: 13). Dios no solo promete que nos dará poder, sino que nos garantiza el éxito. «Yo os he entregado, tal como lo dije a Moisés, todos los lugares que pisen las plantas de vuestros pies. Desde el desierto y el Líbano hasta el gran río Éufrates, toda la tierra de los heteos hasta el Mar Grande donde se pone el sol, será vuestro territorio. Nadie podrá hacerte frente en todos los días de tu vida: como estuve con Moisés,

1. *The Complete Works of E. M. Bounds on Prayer* (Grand Rapids, Michigan: Baker, 1990), p. 35.

estaré contigo; no te dejaré ni te desampararé» (Jos. 1: 3-5). Es más, él no ha prometido únicamente que tendremos éxito, sino que en lugar de obtener la puntuación mínima para aprobar, ¡tendremos un éxito enorme! «En todas estas cosas somos *más que vencedores* por medio de aquel que nos amó» (Rom. 8: 37).

Dios será nuestro escudo cuando tengamos que enfrentar opresión, aún si es de ojos o líderes terrenales. Con Dios a nuestro lado, ellos perderán su poder. «Él entregará sus reyes en tus manos, y tú borrarás sus nombres de debajo del cielo. Nadie te podrá resistir, hasta que los destruyas» (Deut. 7: 24). «Nadie os podrá hacer frente; el Señor vuestro Dios infundirá, como él os ha dicho, espanto y temor de vosotros en toda la tierra que pise vuestro pie» (Deut. 11: 25, BA).

Con Dios en nuestras vidas tenemos la seguridad de su providencia, de su poder, de su grandeza y de su fuerza. «Las riquezas y la gloria proceden de ti, y tú dominas sobre todo; en tu mano está la fuerza y el poder, y en tu mano el dar grandeza y poder a todos» (1 Crón. 29: 12).

Con Dios, somos como la sencilla quijada de un asno en la mano de Sansón, con la que mató a «mil hombres» (Juec. 15: 16). Con Dios, somos como la honda en la mano del joven David, que usó para derrotar al gigante Goliat (1 Sam. 17: 50). Con Dios, somos como la vara en la mano de Moisés, con la que se enfrentó al faraón y dividió el Mar Rojo (Éxo. 14: 21, 22).

Con Dios de nuestro lado, el más débil se vuelve fuerte. «En realidad no hay nada más invencible, aunque aparezca totalmente desamparada, que el alma que acepta su incapacidad y confía totalmente en los méritos del Salvado» (*Testimonios para la iglesia*, t. 7, p. 20). Dios se especializa en manifestar su poder en aquellos que reconocen su debilidad y se apoyan en él. «Mi poder se perfecciona en la debilidad. [...] Cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Cor. 12: 9, 10).

La historia de Gedeón ilustra cómo Dios obra a pesar de la debilidad. Después de despedir a treinta y dos mil soldados, Dios le dio a Gedeón la victoria con solo trescientos (Juec. 7).

Cuando Josafat, rey de Judá, reconoció su debilidad para hacer frente a la triple alianza que venía contra él y su ejército, oró a Dios por ayuda, y Dios le dio una victoria asombrosa. He aquí los elementos determinantes en el relato de Josafat:

Oración de Josafat: «¡Dios nuestro!, ¿no los juzgarás tú? Pues nosotros no tenemos fuerza con que enfrentar a la multitud tan grande que viene contra nosotros; no sabemos qué hacer, y a ti volvemos nuestros ojos» (2 Crón. 20: 12).

Respuesta de Dios: «No temáis ni os amedrentéis delante de esta multitud tan grande, porque no es vuestra la guerra, sino de Dios» (vers. 15).

El resultado: «Cuando comenzaron a entonar cantos de alabanza, Jehová puso emboscadas contra los hijos de Amón, de Moab y de los montes de Seir que venían contra Judá, y se mataron los unos a los otros [...]. Luego que vino Judá a la torre del desierto, miraron hacia la multitud, pero solo vieron cadáveres tendidos en la tierra, pues ninguno había escapado. Josafat y su pueblo fueron a despojarlos, y hallaron entre los cadáveres muchas riquezas, así vestidos como alhajas preciosas que tomaron para sí; tantos, que no los podían llevar. Estuvieron tres días recogiendo el botín, porque era abundante» (vers. 22-25).

Recuerde que «la oración no se mide por su duración, sino por su intensidad».¹ Los hombres y mujeres que movieron el brazo de Dios con sus oraciones no se conformaron con aperitivos. Disfrutaron de una comida completa en la mesa del Maestro. Y como resultado de la profundidad de esta experiencia, no vieron la oración como una práctica que se realiza apresuradamente, sino más bien como una relación que se debe disfrutar y saborear, como pasar tiempo con el mejor Amigo.

2. Unknown Christian [Albert Ernest Richardson], *The Kneeling Christian* (Grand Rapids, Michigan: Zondervan, 1986), p. 73.

La oración proporciona éxito y sabiduría en las batallas de la vida

«Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada» (Sant. 1: 5). «Suyos son el poder y la sabiduría» (Dan. 2: 20). «El principio de la sabiduría es el temor de Jehová» (Prov. 1: 7; ver Sal. 112: 10).

Dios es la fuente de toda verdadera sabiduría. Cuando nos conectamos con Dios, él nos da generosamente de su depósito de sabiduría. El rey Salomón, considerado el hombre más sabio que jamás haya existido, le pidió sabiduría a Dios y él se la concedió (1 Rey. 3: 5-12; 4: 29-34). Sin embargo, cuando Salomón le dio la espalda a Dios, comenzó a actuar con insensatez.

Dios creó el cerebro humano con una complejidad increíble y funciones que aún no logramos descifrar. Apenas recientemente los neurocientíficos han comenzado a comprender este extraordinario órgano. Los investigadores de la Universidad Stanford llegaron a las siguientes conclusiones en un estudio sobre la mente:

«Un cerebro humano sano, contiene alrededor de doscientas mil millones de células nerviosas o neuronas, vinculadas entre sí a través de cientos de miles de millones de diminutos contactos llamados sinapsis. A través de estas sinapsis pasan impulsos eléctricos a través de una neurona y se retransmiten a otra, aumentando o inhibiendo la probabilidad de que el segundo nervio dispare un impulso por sí mismo. Una neurona puede hacer decenas de miles de contactos sinápticos con otras neuronas».³

Basándose en estos hallazgos, Stephen Smith, un profesor de fisiología molecular y celular de la Universidad Stanford que participó en dicho estudio, hizo el siguiente comentario asombroso: «Un solo cerebro humano tiene más interruptores que todos los ordenadores, *routers* y conexiones a Internet que hay en la tierra».⁴

3. “New imaging method developed at Stanford reveals stunning details of brain connections”, Bruce Goldman, Stanford Medicine, 17 de noviembre de 2010, <http://med.stanford.edu/news/all-news/2010/11/new-imaging-method-developed-at-stanford-reveals-stunning-details-of-brain-connections.html>.

4. *Ibíd.*

No es de extrañar que Daniel y sus tres amigos dejaran atónitos a todos con su sabiduría. Ellos no se avergonzaron en reconocer la fuente de su sabiduría. Estaban conectados con aquel que hizo el cerebro humano. Y Dios está igualmente dispuesto hoy a dar su sabiduría a los que confían en él y la buscan humildemente.

Pero este, por supuesto, no es un don que recibimos por parte del genio de una lámpara. Debemos combinar nuestro deseo de tener sabiduría con esfuerzo. Tenemos un papel que desempeñar. «El secreto del éxito estriba en la unión del poder divino con el esfuerzo humano» (*Patriarcas y profetas*, cap. 47, p. 485). Jesús alimentó a cinco mil hombres, así como a las mujeres y a los niños, con solo «cinco panes de cebada y dos pescados» (Juan 6: 9). Jesús resucitó a Lázaro de entre los muertos, pero los espectadores primero tuvieron que remover la piedra de la tumba (Juan 11: 38, 39). Cuando oramos pidiendo sabiduría, debemos hacer todo lo posible para reforzar nuestras oraciones con esfuerzo práctico (Prov. 8: 17; 13: 4).

Un día un joven cristiano estaba sentado en un autobús atestado de gente. Algunos de los que iban en el autobús estaban de pie en el pasillo central. En una de las paradas, una señora que lucía enferma subió al autobús. Era evidente que necesitaba un asiento. El joven se preocupó por ella y oró: «Señor, por favor, haz que alguien se levante y le dé a esta mujer un asiento». Luego miró alrededor para ver si la oración recibía una respuesta, pero nadie le cedió su asiento a la señora. La mujer lucía cansada, necesitaba un lugar para sentarse. El joven oró de nuevo: «Querido Señor, por favor, permite que alguien pueda levantarse y le dé a esta mujer un asiento». Al volver a mirar a su alrededor, pudo oír la voz del Espíritu Santo que le decía: «Tú estás sentado sobre la respuesta a tu oración». El joven se levantó y le ofreció su asiento a la mujer, contestando así la oración. Quizás esté sonriendo ahora con esta historia, pero a menudo podemos ayudar a responder nuestras propias oraciones si cooperamos con Dios.

La oración del justo puede traer sanidad física

Cuando Ezequías, uno de los mejores reyes que tuvo Judá, estaba muriendo, oró fervorosamente pidiendo sanidad y Dios le concedió su petición (2 Rey. 20: 1). Dios desea que sus hijos tengan

buena salud (3 Juan 2). Él prometió que «ninguna enfermedad» nos afectaría (Éxo. 15: 26). Cuando alguno entre nosotros se enferme, debemos orar por esa persona (Sant. 5: 13-15).

¿De dónde viene la enfermedad? ¿Por qué nuestros cuerpos se ven afectados por el dolor y el sufrimiento? Un sábado cuando Jesús estaba enseñando en la sinagoga, vio a una mujer que había estado enferma durante dieciocho años. Ella «andaba encorvada y en ninguna manera se podía enderezar» (Luc. 13: 11). Entonces Jesús la sanó. Cuando los judíos acusaron a Jesús de quebrantar el sábado por hacer esto, su respuesta fue: «Y a esta hija de Abraham, que Satanás había atado dieciocho años, ¿no se le debía desatar de esta ligadura en sábado?» (vers. 16). Aquí se sugiere claramente que Satanás es la fuente de la enfermedad y el sufrimiento. Todo el dolor y el sufrimiento es el resultado de la actividad del maligno. «Vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar» (1 Ped. 5: 8).

Los engaños de Satanás arrojan sombras sobre el amor de Dios por sus hijos, haciendo que dudemos de la bondad de Dios. Él desea causar el mayor sufrimiento posible a la familia humana y de esta forma herir a Dios lastimando a sus hijos. Este adversario astuto a veces utiliza la prosperidad para destruir la fe de las personas (Deut. 8: 12-14). En otras ocasiones, ataca la fe a través del dolor y el sufrimiento. Esta última fue la táctica que intentó emplear con Job, aunque sin éxito.

Dios, sin embargo, quiere ver en nosotros santidad, salud y felicidad. «Bendice, alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre. Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios. Él es quien perdona todas tus maldades, el que sana todas tus dolencias» (Sal. 103: 1-3). Debemos recordar su amor por nosotros, aun en medio del dolor y el desánimo. Cuando no podemos ver su mano, confiemos en sus intenciones. Las experiencias previas de Job con la fidelidad perfecta de Dios, lo llevaron a decir: «Aunque él me mate, en él esperaré» (Job 13: 15).

Aunque Dios permita que el sufrimiento nos toque, podemos confiar en que él lo permite teniendo en mente nuestro bienestar

ulterior. «Conozco, Jehová, que tus juicios son justos y que conforme a tu fidelidad me afligiste» (Sal. 119: 75). La enfermedad y el sufrimiento nunca estuvieron en el plan de Dios. Estos surgieron con la entrada del pecado (Gén. 3: 16-19). Sin embargo, Dios da a sus soldados fieles fuerzas para que puedan soportar bajo la presión de la adversidad. Él se preocupa por nuestro sufrimiento y quiere remediarlo. Sin embargo, él puede actuar de tres formas diferentes cuando sus hijos oran pidiendo sanidad:

1. Su sanidad puede ser *instantánea*, como la del hombre en el estanque de Betesda: «Jesús le dijo: Levántate, toma tu camilla y anda. Al instante aquel hombre fue sanado, y tomó su camilla y anduvo» (Juan 5: 8, 9).
2. Su sanidad puede ser *gradual*, como ocurrió con el hombre ciego. «Vino luego a Betsaida, y le trajeron un ciego, y le rogaron que lo tocara. Entonces, tomando la mano del ciego, lo sacó fuera de la aldea; escupió en sus ojos, puso sus manos sobre él y le preguntó si veía algo. Él, mirando, dijo: “Veo los hombres como árboles, pero los veo que andan”. Luego le puso otra vez las manos sobre los ojos, y le hizo que mirara; y fue restablecido, y vio de lejos y claramente a todos» (Mar. 8: 22-25).
3. Su sanidad puede ser *diferida* hasta el regreso de Cristo, Pablo tuvo una experiencia así. Dios no quitó su debilidad, pero le dio de su gracia para soportarla. «Tres veces he rogado al Señor que lo quite de mí. Y me ha dicho: “Bástate mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad”. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en insultos, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Cor. 12: 8-10).

Al final, todos los hijos de Dios recibirán la sanidad de sus enfermedades y el alivio de su sufrimiento. «Digan a los de corazón temeroso: “Sean fuertes y no teman, porque su Dios viene para destruir a sus enemigos; viene para salvarlos”. Y cuando él venga, abrirá los ojos de los ciegos y destapará los oídos de los sordos. El

cojo saltará como un ciervo, y los que no pueden hablar ¡cantarán de alegría!» (Isa. 35: 4-6). Apocalipsis 21: 4 nos da una visión alentadora de nuestra vida futura en la nueva tierra: «Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron». Este texto resuena en la letra de la canción de Walt Harrah, «*No More Night*» (No más noche):

No más noche,
 No más dolor,
 No más lágrimas,
 Nunca habrá llanto de nuevo.

¡Inimaginable, pero real! Aparentemente distante, pero nada lejano, ¡en lo absoluto!

Joni Eareckson Tada es una escritora con discapacidad, fundadora del Centro Internacional para la Discapacidad *Joni and Friends*. Joni sufrió un accidente al efectuar una zambullida en 1967, quedando cuadrapléjica siendo apenas una adolescente. Joni es una de las personas cuadrapléjicas con mayor longevidad en la historia. Ella ahora se dedica a compartir la enorme sabiduría que ha adquirido sobre el sufrimiento: «El sufrimiento provee el equipo de gimnasia sobre el cual puedo ejercitar mi fe».⁵

Aunque el sufrimiento debilita el bienestar físico, este puede fortalecer los músculos espirituales y cimentar nuestra relación con Dios. No permitamos que la oración aparentemente sin respuesta nos impida que enviemos más peticiones al cielo. Nuestra responsabilidad es presentar nuestras peticiones y confiar en Dios, quien puede contestarlas de acuerdo a su sabiduría. Él sabe lo que es mejor para nosotros y nos lo otorga; y al final nos revelará todo y lo entenderemos. Joni señala: «En el cielo, nos sorprenderemos al ver la parte superior del tapiz, y cómo Dios bordó bellamente cada circunstancia para crear un diseño de bienestar para su gloria».⁶

5. Joni Eareckson Tada, *Suffering: Making Sense of Suffering* (Torrance, California: Rose, 2012).

6. Joni Eareckson Tada, *Heaven: Your Real Home* (Grand Rapids, Michigan: Zondervan, 1996).

La oración del justo proporciona el pan de cada día

Jesús nos enseñó a orar, diciendo: «El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy» (Mat. 6: 11). El salmista David dijo que nunca había «visto justo desamparado ni a su descendencia que mendigue pan» (Sal. 37: 25). Pablo nos asegura: «Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús» (Fil. 4: 19). Por lo tanto, no tenemos nada de qué preocuparnos, pues las riquezas de Dios son ilimitadas.

Repasemos algunos de los recursos de nuestro Padre:

- El mundo entero le pertenece. «Del Señor es la tierra» (Sal. 24: 1, BA).
- Él es dueño de todos los minerales de la tierra. «Mía es la plata y mío es el oro» (Hag. 2: 8).
- Él incluso posee grandes rebaños de ganado. «Porque mía es toda bestia del bosque y los millares de animales en los collados. Conozco todas las aves de los montes, y todo lo que se mueve en los campos me pertenece» (Sal. 50: 10, 11).
- Él no tiene necesidad de nada. «Si yo tuviera hambre, no te lo diría» (Sal. 50: 12).
- Él provee alimento al hombre y a los animales. «Él hace brotar el heno para las bestias y la hierba para el servicio del hombre, para sacar el pan de la tierra» (Sal. 104: 14).

¿Podríamos pedir más? No hay recortes presupuestarios, congelación de fondos, ni amenaza de quiebra en la casa de Dios. Él es un proveedor confiable.

Muchos damos por sentado el pan diario. Tendemos a pensar que si tenemos un trabajo seremos capaces de satisfacer nuestras necesidades. Pero eso no es del todo cierto. No podemos siquiera realizar nuestro trabajo por nuestra propia cuenta. Necesitamos el aliento y la fuerza que provienen de Dios. Moisés nos recuerda esto, diciendo: «No se te ocurra pensar: “Esta riqueza es fruto de mi poder y de la fuerza de mis manos”. Recuerda al Señor tu Dios, porque es él quien te da el poder para producir esa riqueza; así ha confirmado hoy el pacto que

bajo juramento hizo con tus antepasados» (Deut. 8:17, 18, NVI). Dependemos únicamente de Dios, incluso para nuestra propia existencia. No podemos respirar sin Dios; no podemos mover un músculo por nuestra propia cuenta; incluso no podemos parpadear sin la ayuda de Dios. Somos totalmente dependientes de él en cada pensamiento y movimiento. «En él vivimos, nos movemos y somos» (Hech. 17: 28). A él le debemos todo.

Jesús demostró su capacidad para proporcionar «el pan nuestro de cada día» cuando multiplicó los cinco panes y los dos peces y alimentó a una multitud de cinco mil hombres, junto con las mujeres y los niños (Mat. 14: 15-21). Dios siempre provee. Uno de los muchos nombres de Dios es *Jehová Jireh*, que significa «Jehová proveerá» (Gén. 22: 14). Cuando los hijos de Israel estaban en el desierto, él les proporcionó el alimento diario en forma de maná durante cuarenta años (Éxo. 16: 35). Cuando tuvieron sed, les dio agua de una roca (Éxo. 17: 1-6).

Dios no solo está interesado en proveer para las multitudes, sino en atender las necesidades individuales. En los días de Eliseo, una viuda de uno de los hijos de los profetas estaba en una situación de pobreza extrema. A través del poder de Dios, el profeta Eliseo multiplicó milagrosamente su pequeña cantidad de aceite, que luego pudo vender para pagar sus deudas. Incluso le sobró dinero para sobrevivir junto con sus hijos (2 Rey. 4: 1-7).

«Él hace justicia al huérfano y a la viuda, y muestra su amor al extranjero dándole pan y vestido» (Deut. 10: 18, BA). En los días del profeta Elías hubo una hambruna. Durante este período de escasez extrema, una viuda de Sarepta había vaciado su despensa. Estaba literalmente «raspando la olla» para alimentarse. Solo tenía guardado suficiente para una última comida para ella y su hijo. Después de eso lo único que le quedaba era morir de hambre. Cuando Elías se acercó a ella y le pidió comida, ella declaró: «¡Vive Jehová, tu Dios, que no tengo pan cocido!; solamente tengo un puñado de harina en la tinaja y un poco de aceite en una vasija. Ahora recogía dos leños para entrar y prepararlo para mí y para mi hijo. Lo comeremos y luego moriremos» (1 Rey. 17: 12). ¡Cuán desesperadas eran sus palabras! La pobre

mujer estaba resignada: «No tengo cómo mantenerme. No tengo comida. Apenas puedo prender la leña. Voy a hacer dos pequeños rollos de pan y luego mi hijo y yo moriremos».

Fue en el momento más bajo de la situación económica de la viuda que Dios intervino enviando a Elías para que fuera su huésped. ¡Qué extraña situación! El peor momento para que alguien llegue a nuestra casa es cuando no tenemos comida. Nos sentimos tentados a considerar a esa persona no como un huésped, sino como una carga. Pero la escena se pone peor. A pesar de que era consciente de las escasas provisiones de la viuda, el huésped le solicita que le dé de comer primero a él y luego, lo que quede (que lo más probable es que no sea nada) será para la viuda y su hijo. Si examinamos la petición de Elías, no solo parece extraña, sino egoísta e irracional. «Elías le dijo: No tengas temor: ve y haz como has dicho; pero hazme con ello primero una pequeña torta cocida debajo de la ceniza, y tráemela. Después la harás para ti y para tu hijo» (1 Rey. 17: 13).

Qué enorme dilema, ¡la peor pesadilla de una anfitriona! En primer lugar, llega un huésped no invitado. Seguidamente, el huésped exige comer primero a pesar de que hay muy poca comida. ¡Qué clase de exigencia! ¡Este huésped ni siquiera pide que le den primero al niño! Varios pensamientos debieron competir en la mente de la viuda: «Nunca en mi vida había visto algo como esto». «Este hombre no es razonable».

Pero los propósitos de Dios no están sujetos a la lógica humana. La viuda descubrió que si ella obedecía las instrucciones del Señor por medio del profeta Elías, Dios supliría todas sus necesidades. «La viuda fue e hizo como le había dicho Elías. Y comieron él, ella y su casa, durante muchos días. No escaseó la harina de la tinaja, ni el aceite de la vasija menguó, conforme a la palabra que Jehová había dicho por medio de Elías» (1 Rey. 17: 15, 16). *Jehová Jireh* (el Señor proveerá) había pasado por allí.

Si ponemos a Dios en primer lugar no hay manera de perder

«Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas» (Mat. 6: 33). ¿Posee usted una lista de cosas

que le gustaría pedirle a Dios? Usted puede recibirlas conforme a la voluntad del Padre. Para ello es importante ordenar nuestras prioridades de acuerdo con los propósitos de Dios. Según la clasificación que Jesús recomienda, «el reino de Dios» debe estar en la parte superior de la lista.

Si ponemos a Dios en primer lugar en nuestro tiempo, él nos dará la eternidad. Si ponemos a Dios de primero en nuestros talentos, él nos concederá acceso a sus capacidades ilimitadas. Si ponemos a Dios en primer lugar en nuestras finanzas, él nos dará riquezas eternas. Si ponemos a Dios de primero en nuestras vidas, él nos dará la inmortalidad y la vida eterna.

Dios ha hecho provisión total para nuestras necesidades. Él ha prometido darnos nuestro pan de cada día. Cuando Elías necesitaba comida, Dios envió cuervos, animales carroñeros, para que lo alimentaran (1 Rey. 17: 4-6). Dios también coloca recursos en manos de otros seres humanos para proveer nuestro pan cotidiano.

Una anciana cristiana muy pobre tenía un vecino ateo. Él siempre se burlaba de ella por su fe. A pesar de ello, ella constantemente hablaba de la bondad de Dios y de su habilidad para proveer para sus necesidades diarias. Un día, ella no tenía pan para comer. El vecino ateo escuchó su oración pidiéndole a Dios por el pan de cada día, y decidió jugarle una mala pasada. Compró una gran cantidad de alimentos y los colocó en su puerta. Luego se colocó donde ella no pudiera verlo y esperó a ver su reacción cuando recibiera la comida que él había suministrado. Cuando la pobre señora vio la comida, ¡se desahizo en alabanzas y agradecimiento a Dios! Su vecino ateo llegó rápidamente a molestarla.

—Estás agradeciendo a Dios por la comida que yo te compré —le dijo.

—¡Alabado sea el Señor! —respondió la mujer—. Sabía que Dios supliría mi necesidad, ¡incluso si tenía que usar al diablo para hacerlo!

Nosotros también podemos ser instrumentos de Dios para satisfacer las necesidades de los demás. A menudo nos preocupamos por la pobreza y la desnutrición en el mundo. Sin embargo, no debemos

limitarnos a menear la cabeza en señal de pena cuando pensamos en la pobreza del mundo. En su lugar, debemos enfocarnos en lo que podemos hacer para contribuir con la solución.

Todos podemos contribuir a ayudar a los pobres y a los hambrientos. Somos mayordomos de las bendiciones de Dios, y nuestra responsabilidad es compartir nuestras bendiciones con los menos afortunados. Debemos ser frugales con los recursos que Dios nos ha dado, viendo dentro de nuestras posibilidades para poder ayudar a los demás. La Biblia también nos exhorta a tratar bien a aquellos que trabajan para nosotros y pagarles puntualmente. «No explotarás al jornalero pobre y necesitado [...]. En su día le darás su jornal, y no se pondrá el sol sin dárselo» (Deut. 24: 14, 15).

Dios promete bendiciones especiales sobre aquellos que son benévolos con los pobres. «Bienaventurado el que piensa en el pobre; en el día malo lo librárá Jehová» (Sal. 41: 1). «El que se apiada del pobre presta al Señor, y él lo recompensará por su buena obra» (Prov. 19: 17, BA). «El alma generosa será prosperada» (Prov. 11: 25). «Dad y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo» (Luc. 6: 38).

La verdadera causa de la pobreza humana es el egoísmo. Muchos toman la abundancia de Dios y la atesoran para sí mismos. En lugar de ser canales de bendición de Dios para otros, se convierten en meras cisternas de egoísmo. Estas personas egoístas privan a otros de las bendiciones que Dios quiere otorgarles. Debemos orar para que Dios nos ayude a quitar nuestros ojos de nosotros mismos, cambiar nuestras prioridades, servir a los demás y poner en primer lugar el reino de Cristo.

La oración puede lograr la conversión de individuos y de ciudades enteras

Nínive era una ciudad malvada. Era un lugar tan corrompido que Dios lo había marcado para destrucción. Siglos antes, Dios había destruido a Sodoma y Gomorra por su maldad. Sin embargo, Dios, en su misericordia decidió darle a Nínive otra oportunidad para arrepentirse

y volverse a él. Servimos a un Dios que se especializa en las segundas oportunidades. Lo único que necesitamos hacer es arrepentirnos. Él nunca nos dará la espalda.

Para llevar el mensaje a Nínive, Dios escogió a Jonás, un profeta que todavía tenía que aprender muchas lecciones sobre los métodos de Dios (Jon. 1: 1, 2). Jonás huyó (Jon. 1: 3). Viajó en dirección opuesta a la que Dios lo había enviado, y ahí comenzó su formación. Dios estaba listo para darle la lección. Una tormenta alcanzó el barco en el que navegaba Jonás, y el profeta desobediente fue arrojado por la borda.

Allí, en medio del mar, en el vientre de un gran pez, con algas enredadas alrededor de su cuello, Jonás oró a Dios. «Invoqué en mi angustia a Jehová, y él me oyó; desde el seno del seol clamé, y mi voz oíste» (Jon. 2: 1, 2). ¡Esta sí fue una verdadera reunión de oración! Imagine a Jonás, lleno de sal y húmedo, y con escamas de pescado colgando de sus pestañas. En esa posición Jonás clamó a Dios y Dios escuchó su oración.

Justo cuando el pez vomitó a Jonás en la playa, la ciudad de Nínive estaba lista para la evangelización. Cuando Jonás predicó, el Espíritu Santo entró en acción. Los habitantes de Nínive organizaron una reunión de oración, y hasta el rey se convirtió. En toda la ciudad se sintió el reavivamiento y la gente se volvió de sus malos caminos. Entonces Dios apartó su ira y perdonó a la ciudad de la destrucción que había declarado por medio de Jonás (Jon. 3: 10).

No es un secreto el poder que tiene la oración. Dios escucha las peticiones fervientes y las oraciones intercesoras de las naciones, comunidades, iglesias o individuos por la salvación de otros. Qué sorpresa se llevará Esteban, el primer mártir cristiano, cuando esté sobre el mar de vidrio y vea a Saulo (quien más tarde se convirtiera en Pablo) ¡de pie junto a él! Saulo estuvo presente cuando apedrearon a Esteban, Sin embargo, la última oración de Esteban fue una oración intercesora: «Señor, no les tomes en cuenta este pecado» (Hech. 7: 60), y fue contestada. Su perseguidor Saulo se convirtió en el más grande apóstol y misionero de la iglesia cristiana.

Nada es imposible ante el poder de la oración (Mat. 17: 20; 21: 21, 22). Nunca debemos mostrarnos reacios a orar por alguien a quien

consideramos sin esperanza. Muchos corazones obstinados se han convertido gracias a las oraciones persistentes de personas sinceras. Si hay alguien a quien desea ver salvado, solo continúe orando. En la eternidad se revelarán los resultados de las oraciones fervientes de los padres por sus hijos, de los hijos por los padres, de los esposos mutuamente, de las iglesias por sus comunidades y de los individuos por otros individuos. «¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche?» (Luc. 18: 7). Más cosas buenas provienen de las fervientes oraciones de los hijos de Dios que de todas las leyes aprobadas por los parlamentos y los senados del mundo. Podemos llegar más cerca de Dios cayendo de rodillas que escalando el Monte Everest.

La oración produce reavivamiento

«Elías era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, y oró fervientemente para que no lloviera, y no llovió sobre la tierra durante tres años y seis meses. Y otra vez oró, y el cielo dio lluvia y la tierra produjo su fruto» (Sant. 5: 17, 18). Repasemos la historia entera según se registra en 1 Reyes 17 y 18. La nación de Israel, bajo el mando del rey Acab y su malvada esposa Jezabel, había llegado al punto más bajo de su espiritualidad. El rey y la reina habían llevado a la nación a la apostasía y la idolatría. Fue en ese contexto que Dios llamó a su siervo Elías para que actuara. El arma que Elías escogió fue la oración, la oración fervorosa. Elías oró y el cielo desconectó la lluvia, y por consiguiente hubo hambre y sequía.

Tres años y medio más tarde en el Monte Carmelo, Elías desafió a los ochocientos cincuenta profetas del falso dios Baal y a los otros profetas de los otros dioses falsos a un concurso de oración para ver cuál dios respondería mediante el fuego. Los profetas de los dioses falsos fracasaron ignominiosamente, independientemente de cuán fuerte oraron o del tiempo que estuvieron implorando. «Desde temprano por la mañana hasta el atardecer, los sacerdotes de Baal habían lanzado gritos y espumarajos mientras daban saltos» (*Profetas y reyes*, cap. 11, p. 100).

Luego fue el turno de Elías para orar a su Dios. Su oración fue simple: «Oh Señor, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, que se sepa hoy

que tú eres Dios en Israel, que yo soy tu siervo y que he hecho todas estas cosas por palabra tuya. Respóndeme, oh Señor, respóndeme, para que este pueblo sepa que tú, oh Señor, eres Dios, y que has hecho volver sus corazones» (1 Rey. 18: 36, 37, BA). Al final de su oración, cayó fuego del cielo (1 Rey. 18: 38). Dios escuchó la oración de Elías, y entonces vino un reavivamiento. La nación reconoció que no había Dios como el de Elías y ese mismo día regresó la lluvia. No hay Dios como Jehová.

Nosotros podemos comenzar un reavivamiento como en los días de Elías. Solo debemos reparar el altar de Dios. Comencemos reparando los altares de nuestros propios corazones, y presentémonos delante de Dios con manos limpias y corazones puros. Entonces será el momento de reparar el altar familiar. Los patriarcas de antaño erigieron altares alrededor de los cuales sus familias podían reunirse para dar alabanza y adorar a Dios. La oración unida de una familia forma un cerco protector alrededor de la casa. «En cada familia debería haber una hora fija para los cultos matutinos y vespertinos. ¿No conviene a los padres reunir en derredor suyo a sus hijos



antes del desayuno para agradecer al Padre celestial por su protección durante la noche, y para pedirle su ayuda y cuidado durante el día? ¿No es propio también, cuando llega el anochecer, que los padres y los hijos se reúnan una vez más delante de Dios para agradecerle las bendiciones recibidas durante el día que termina?» (*Conducción del niño*, cap. 78, pp. 507, 508).

Dios está buscando Elías modernos que sepan cómo mantenerse firmes en la oración. El Antiguo Testamento concluye con esta promesa: «Yo os envío al profeta Elías antes que venga el día de Jehová, grande y terrible» (Mal. 4: 5). Estos son los días de Elías, los días de los cuales el profeta Malaquías escribió. Jesús quiere regresar a reclamar a los suyos, y es por eso que está buscando cristianos que oren como Elías mientras prepara al mundo para ese día glorioso de Jehová.

Cerca de la mitad de la población mundial aún no ha oído hablar de Jesús. Él desea que ellos oigan las buenas nuevas de su amor y su sacrificio. Espera que el mundo sepa de su deseo de salvarlos antes de su regreso a este mundo (Mat. 24: 14). Dios está buscando Elías modernos que lo ayuden a preparar a otros para la Segunda Venida de Cristo.

«A medida que los siervos de Dios lleven al mundo el mensaje vivo que acaban de recibir del trono de gloria, la luz de la verdad brillará como una lámpara que arde, alcanzando todas partes del mundo. Así las tinieblas del error y la incredulidad serán disipadas de la mente de los honrados de corazón en todos los países, que buscan ahora a Dios» (*Testimonios para los ministros*, cap. 17, pp. 467, 468).

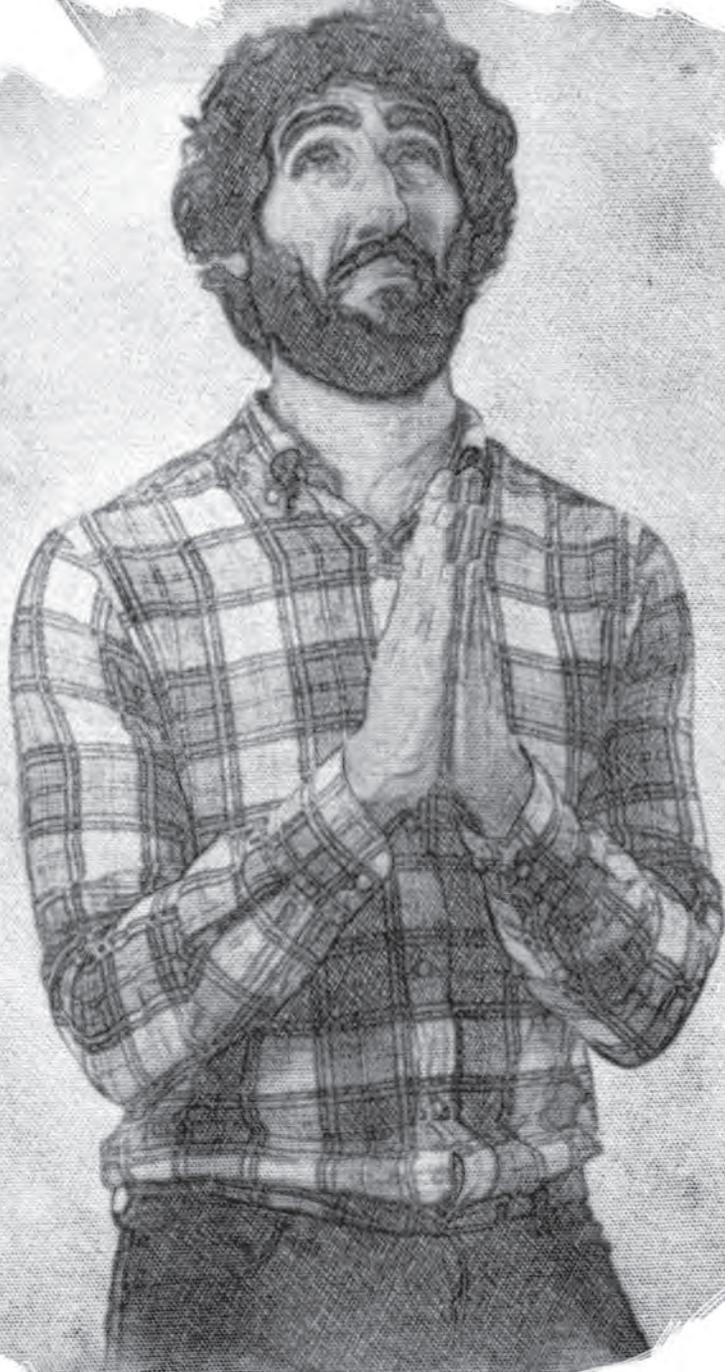
El cielo no puede esperar

«El cielo está abierto para recibir nuestras oraciones. La oración es el canal que conduce hasta el trono de Dios nuestra gratitud y los ardientes deseos de nuestra alma por recibir la bendición divina, y que nos llega en retribución como la lluvia refrescante de la gracia divina. [...]

¡Oh, cuánto deseo que dediquemos más tiempo a permanecer sobre nuestras rodillas, y menos a planificar por nosotros mismos y a pensar que podemos hacer grandes cosas!» (*Dios nos cuida*, p. 274).

La oración es la respuesta. Cuando los ciento veinte discípulos se reunieron en el aposento alto para orar el día del Pentecostés Dios respondió derramando su Espíritu Santo sobre ellos, y fueron llenos del poder celestial. Hoy Dios sigue dispuesto a derramar su Espíritu Santo para capacitar a su pueblo para que lleve a cabo su misión.

«La oración eficaz del justo puede mucho» (Sant. 5: 16). Dios está buscando personas que estén comprometidas a vivir en rectitud y en oración fervorosa. Y cuando las encuentre, las usará como usó a Pedro y a Pablo. ¿Es usted una de esas personas que Dios está buscando?



7

Señor, ¿por qué no respondes mis oraciones?

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?

¿Por qué estás tan lejos de mi salvación y de las palabras de mi clamor? Dios mío, clamo de día y no respondes; y de noche no hay para mí descanso» (Sal. 22: 1, 2).

Todos los grandes cristianos han tenido que luchar con el hecho de que a veces algunas oraciones no son contestadas. El apóstol Pablo relata su experiencia: «Tres veces he rogado al Señor que lo quite de mí. Y me ha dicho: “Bástate mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad”» (2 Cor. 12: 8, 9). Pablo estuvo satisfecho con la respuesta de Dios, y su fe en él se mantuvo intacta. La valiente respuesta del apóstol ante la negativa de parte de Dios no solo es ejemplar, sino alentadora: «Por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en insultos, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (vers. 10). Al igual que Pablo y muchos otros cristianos que nos han precedido, en

medio de nuestro dolor y enfermedad también podemos recibir consuelo de las palabras de Dios: «Mi gracia es más que suficiente para seguir adelante».

Alguien que soportó un gran sufrimiento dijo una vez que una de las mejores cosas que un cristiano puede hacer por otros cristianos es enseñarles cómo soportar el sufrimiento con gozo. Una vez más el apóstol Pablo dice: «Pues esta aflicción leve y pasajera nos produce un eterno peso de gloria que sobrepasa toda comparación» (2 Cor. 4: 17, BA).

De igual manera, en los tiempos modernos muchos de los hijos de Dios han orado y no han recibido las respuestas que esperaban a sus peticiones. Cuando nuestras oraciones parecen no ser contestadas, surge una pregunta en nuestras mentes: «Señor, ¿por qué no contestas mis oraciones?».

La verdad es que Dios aún contesta oraciones. «Entonces invocarás, y el Señor responderá; clamarás, y él dirá: “Heme aquí”» (Isa. 58: 9, BA). Nuestro Padre celestial no solo promete que responderá, sino que nos invita a pedirle (Mat. 7: 7-11). ¿Cuándo fue la última vez que alguien le dijo: «Pídemelo que necesites. Dime qué te gustaría tener. Confía en mí, voy a darte lo que sea»? Seguramente usted está pensando: «Eso es precisamente lo que yo hago, pero Dios no me contesta. ¿Qué es lo que está ocurriendo?». Examinemos algunos hechos para tratar de entender las respuestas de Dios a nuestras oraciones.

Entendiendo las respuestas de Dios

Dios tiene el poder para responder cualquier oración. «¡Ah, Señor Jehová!, tú hiciste el cielo y la tierra con tu gran poder y con tu brazo extendido. Nada hay que sea difícil para ti» (Jer. 32: 17). «Mirándolos Jesús, les dijo: “Para los hombres esto es imposible, pero para Dios todo es posible”» (Mat. 19: 26). A veces hay quienes ofrecen ayudarnos o prometen hacer algo por nosotros, pero luego tienen que pedir disculpas al no poder dar lo que habían prometido por carecer de los recursos necesarios. Esto nunca ocurre con Dios, ya que sus recursos son ilimitados. «Del Señor es la tierra y todo lo que hay en ella, el mundo y los que en él habitan» (Sal. 24: 1, BA).

Dios tiene la sabiduría para responder de forma correcta. ¿Recuerda los exámenes de selección múltiple o de falso y verdadero cuando usted estudiaba? ¿Recuerda la inseguridad que sentía al no saber cuál respuesta elegir? En ocasiones adivinaba la respuesta. Si tenía suerte, elegía la respuesta correcta; pero en otras ocasiones no era tan afortunado. Las decisiones de Dios, sin embargo, no son un juego de adivinanzas. Más bien, se basan en su infinita sabiduría. Él sabe la respuesta correcta, incluso antes de que se la pidamos. «Sea el nombre de Dios bendito por los siglos de los siglos, porque la sabiduría y el poder son de él» (Dan. 2: 20, BA).

Dios nos ama tanto que no nos priva de buenos regalos. La Biblia nos asegura que Dios «nada bueno niega a los que andan en integridad» (Sal. 84: 11). Sus regalos son buenos y perfectos (Sant. 1: 17). En ocasiones los regalos que recibimos de nuestros amigos son inferiores o reciclados. Por supuesto, estos no tienen que ser costosos para ser apreciados. ¿Alguna vez recibió un regalo y descubrió que la persona que se lo dio lo había recibido de alguien más y terminó dándoselo a usted? Eso es un regalo reciclado. Sin embargo, Dios sabe exactamente lo que necesitamos. De hecho, sabe lo que es mejor para nosotros aun más que nosotros mismos, y eso es exactamente lo que nos dará.

Dios ha prometido que contestará nuestras oraciones. «Por tanto, os digo que todo lo que pidáis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá» (Mar. 11: 24). ¡Qué poderosa promesa! ¡Es incluso mejor que recibir un cheque en blanco de un multimillonario que le haya autorizado a cobrar cualquier cantidad que desee!

No obstante a lo expuesto la realidad sigue siendo que Dios no siempre nos da lo que le pedimos. ¿Por qué? Pues porque hay oraciones que Dios no puede contestar. Permítanos explicarle con detenimiento esta idea.

Hay oraciones que Dios no puede contestar

Las oraciones de los idólatras. Cualquier cosa que llegemos a amar más que a Dios es un ídolo, y Dios nos advierte que él no contestará las oraciones de los idólatras. «Pero ciertamente yo esconderé mi rostro en aquel día, por todo el mal que ellos habrán hecho, por

haberse vuelto a dioses ajenos» (Deut. 31: 18). Los paganos hacen y adoran ídolos de madera, piedra y otros materiales; pero, los ídolos también pueden ser: nuestro cónyuge, nuestro trabajo, algún entretenimiento, una casa o posesiones. Dios dio órdenes muy específicas en relación con los ídolos. No debemos hacerlos ni honrarlos. «No tendrás dioses ajenos delante de mí. No te harás imagen ni ninguna semejanza [...]. No te inclinarás a ellas ni las honrarás» (Éxo. 20: 3-5). No debemos tener un corazón dividido, porque Jesús dice que no podemos servir a dos señores (Mat. 6: 24). Debemos elegir a quién daremos nuestro corazón. Si nos aferramos a nuestros ídolos, Dios nos entregará a ellos: «Efraín es dado a ídolos, ¡déjalo!» (Ose. 4: 17).

Las oraciones de las personas codiciosas o egoístas. Simón había sido un hechicero, pero fue bautizado después de escuchar la predicación de los apóstoles. Sin embargo, al ver los milagros que ellos realizaban y que cuando imponían las manos sobre las personas estas recibían el Espíritu Santo, codició el don del Espíritu Santo y quiso comprarlo: «Dadme también a mí este poder, para que cualquiera a quien yo imponga las manos reciba el Espíritu Santo» (Hech. 8: 19). Pedro reprendió a Simón y lo instó a arrepentirse y pedir perdón porque su corazón no era «recto delante de Dios» (vers. 21).

Evitemos hacer peticiones que sean solamente para nuestro propio beneficio. Debemos hacer un esfuerzo para incluir a otros en nuestras oraciones. Con demasiada frecuencia nuestras oraciones parecen la lista de peticiones a Santa Claus, y esto es un indicio de egoísmo. El apóstol Santiago nos anima a orar por los motivos correctos: «Pedís, pero no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites» (Sant. 4: 3). «Nadie ora como es debido si solamente pide bendiciones para sí mismo» (*Hijos e hijas de Dios*, p. 269). El objetivo de la oración es hacernos más como Jesús. Una forma de ser como él, es dejar de ser egoístas y que cada uno «considere al otro como más importante que a sí mismo» (Fil. 2: 3, NBLH).

Las oraciones de aquellos que se aferran al pecado. El salmista declara: «Si en mi corazón hubiera yo mirado a la maldad, el Señor no me habría escuchado» (Sal. 66: 18). Vivir una vida de pecado hace que

nos separemos de Dios (Isa. 59: 1, 2). Sin embargo, hay quienes se niegan a dejar a un lado sus pecados, a pesar de lo mucho que esto los pone en peligro.

En la India hay muchos monos y los nativos ponen trampas para capturarlos. Colocan una banana en una botella y la adhieren al suelo. Luego esperan al mono. El cuello de la botella es lo suficientemente grande para que su mano pueda entrar. El mono se acerca y, viendo la banana en la botella, introduce su mano para tomarla. Mientras el mono está aferrado a la banana, es incapaz de sacar su mano de la botella. Permanece allí luchando por liberarse pero sin soltar la banana, hasta que finalmente es capturado. Si tan solo soltara la banana, sería libre y estaría a salvo.

Lo mismo hacemos nosotros. No estamos dispuestos a soltar nuestros pecados y, como resultado, Dios no puede responder nuestras oraciones. Solo «la oración del justo puede mucho» (Sant. 5: 16). «El sacrificio que ofrecen los malvados es abominable para Jehová; la oración de los rectos es su gozo» (Prov. 15: 8).

Las oraciones sin fe. Según Hebreos 11: 6: «Sin fe es imposible agradar a Dios». Este mismo pasaje define la fe como «la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve» (vers. 1). Fe es dejar todo en manos de Dios, con la seguridad de que él sabe mejor lo que necesitamos y lo que debe hacerse en cada situación. La fe es como nuestra red de seguridad, una guía infalible. La Biblia dice que «por fe andamos, no por vista» (2 Cor. 5: 7).

La Palabra de Dios menciona a varios cristianos que fueron recompensados por su fe: Abraham, que estuvo dispuesto a ofrecer a su hijo; Noé, que confió en Dios y advirtió sobre la inminente inundación; los tres jóvenes hebreos, que estuvieron listos para entrar en el horno de fuego; Daniel, que fue arrojado al foso de los leones; el centurión, cuyo siervo fue sanado por su fe. La fe es necesaria para nuestra existencia misma, ya que «el justo por la fe vivirá» (Rom. 1: 17). Dios escucha la oración que viene acompañada de fe. La oración de fe vence a Satanás. «La oración de fe es la gran fortaleza del cristiano y ciertamente prevalecerá contra Satanás» (*Testimonios para la iglesia*, t. 1, p. 267).

Las oraciones de los autosuficientes y los orgullosos. Jesús contó una parábola sobre un fariseo y un publicano que fueron al templo a orar. El fariseo se jactó de un sinnúmero de virtudes, comparándose con el recaudador de impuestos, a quien consideraba inferior a él. La persona orgullosa se acerca a Dios basándose en sus propios méritos y su autosuficiencia. En contraste con el fariseo orgulloso, el recaudador de impuestos «no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: “Dios, sé propicio a mí, pecador”» (Luc. 18: 13). La oración del recaudador de impuestos fue aprobada por Jesús.

El orgullo y la autosuficiencia son ofensivos a Dios, y forman una barrera entre él y nosotros. «Porque Jehová es excelso, y atiende al humilde, pero al altivo mira de lejos» (Sal. 138: 6). Nosotros no tenemos mérito alguno para acercarnos a Dios. De hecho, solo podemos acercarnos a la Majestad del cielo a través de Jesús. Solo él puede abrir la puerta, hacia la presencia de Dios, para nosotros. Por eso dice: «Yo soy la puerta» (Juan 10: 9).

Aprender a orar con poder

Algunos cristianos devotos tienen una conexión muy estrecha y especial con Dios. Parecieran poseer un poder poco común como resultado de su línea directa con el cielo. Jacob tenía poder para luchar «con Dios y con los hombres» (Gén. 32: 28) y prevalecer. Moisés tenía comunicación directa y personal con Dios: «El Señor hablaba con Moisés cara a cara, como cuando alguien habla con un amigo» (Éxo. 33: 11, NTV). Cuando Elías oró durante el sacrificio de la tarde en el Monte Carmelo, Dios respondió con fuego (1 Rey. 18: 36-39). La iglesia del Nuevo Testamento oró mientras Pedro estaba en la cárcel, «y las cadenas se le cayeron de las manos» y fue rescatado por un ángel (Hech. 12: 7).

La oración de poder no es una predisposición con la que nacemos, es un hábito que adquirimos, se puede aprender. ¿Cómo podemos aprender? En primer lugar, debemos desear aprender. Los discípulos de Jesús tenían ese deseo. «Señor, enséñanos a orar» (Luc. 11: 1),

dijeron. Debemos entonces estar dispuestos a ser enseñados a orar por el Espíritu Santo. Los siguientes principios le ayudarán a aprender a orar con poder:

Estudie lo que la Palabra de Dios dice en cuanto a su necesidad o requerimiento específico. Tenemos la ventaja de contar con las Escrituras. En ellas Dios promete que todas nuestras necesidades serán abastecidas. «Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús» (Fil. 4: 19). Si usted necesita orientación, pídale en oración y Dios lo dirigirá de manera precisa. «Confía en Jehová con todo tu corazón y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos y él hará derechas tus veredas» (Prov. 3: 5-6). Dios siempre «nos guiará aun más allá de la muerte» (Sal. 48: 14). El estudio de la Palabra nos da sabiduría.

Timothy Keller hace una observación pertinente: «Sin sumergirnos en las palabras de Dios, nuestras oraciones no solo pueden resultar limitadas y superficiales, sino también desfasadas de la realidad. Podríamos no estar respondiendo al Dios verdadero, sino a lo que deseamos de Dios y de la vida. De hecho, si lo permitimos, nuestros corazones tenderán a crear un Dios que no existe».¹

Podemos confiar en la Biblia porque es la Palabra inspirada de Dios. Pablo le recordó a Timoteo, su hijo en la fe: «Desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia» (2 Tim. 3: 15, 16).

Sea lo más específico posible en sus peticiones. Fíjese en la actitud de Jesús frente al ciego en el camino a Jericó. «Cuando llegó, le preguntó, diciendo: “¿Qué quieres que te haga?”. Y él dijo: “Señor, que reciba la vista”» (Luc. 18: 41). Nehemías es otro ejemplo de alguien que hizo una petición específica: «Haz que el rey me reciba bien y que yo tenga éxito» (Neh. 1: 11, TLA). David oró: «Librame de homicidios» (Sal. 51: 14). Ana oró al Señor para que le quitase su esterilidad: «No te olvides de mí. Si me das un hijo, yo te lo entregaré» (1 Sam. 1: 11, TLA).

1. Timothy Keller, *Prayer: The Essential Guide* (Nueva York: Penguin, 2014), p. 62.

El motivo de ser específicos no es que Dios no sepa o entienda nuestras necesidades o deseos, sino que él quiere que declaremos exactamente lo que queremos. Él conoce nuestras peticiones antes de hacerlas. «Vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad antes que vosotros le pidáis» (Mat. 6: 8). Murray observa que muchas de nuestras oraciones son vagas y sin sentido porque no somos específicos en cuanto a nuestras solicitudes.² Debemos ser específicos.

Acérquese a Dios con un corazón limpio. «¿Quién subirá al monte de Jehová? ¿Y quién estará en su lugar santo? El limpio de manos y puro de corazón» (Sal. 24: 3, 4). Dios está dispuesto a aceptarnos como somos. Aun así, cuando nos damos cuenta de la inmundicia de nuestro corazón, debemos arrepentirnos y pedir perdón, y entonces él nos limpiará. Seguidamente, iremos al Padre con un corazón limpio a presentar nuestras peticiones. Jesús dijo en varias ocasiones «Vete; desde ahora no peques más» (Juan 8: 11, BA). Esto demuestra la importancia que tiene para él que tengamos las manos y los corazones limpios. «Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros. Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones» (Sant. 4: 8).

Reclame promesas específicas de Dios. Nuestro Dios cumple sus promesas. Él «guarda el pacto y la misericordia para con aquellos que le aman y guardan sus mandamientos» (Neh. 1: 5, BA). Es realmente bueno servir a un Dios que es fiel y digno de confianza. Dios nunca nos ha fallado y tampoco nos fallará en el futuro. «Pues todas las promesas de Dios se cumplieron en Cristo con un resonante “¡sí!”» (2 Cor. 1: 20, NTV). ¡Qué consuelo para nosotros! Tenemos un Padre que mantiene y cumple sus promesas, un Dios de «preciosas y grandísimas promesas» (2 Ped. 1: 4).

Visualice la presencia de Dios al orar. La oración es una conversación con un Dios real y personal. Hable con él como lo haría con un amigo. Dios no está lejos. En los últimos años, la tecnología de las comunicaciones ha dado grandes avances para reducir la brecha de la

2. Andrew Murray, *Andrew Murray on Prayer* (Nuevo Kensington, Pensilvania: Whitaker House, 1998), p. 357.

distancia. La gente puede ver las imágenes de sus amigos y familiares a través de servicios como Skype y FaceTime. Las conversaciones ya no se limitan a llamadas telefónicas. Dios, sin embargo, no necesita ayuda de la tecnología. Él siempre ha estado presente con su pueblo. Estuvo cerca de Moisés en la zarza ardiente (Éxo. 3: 1-5). Estuvo en el fuego con los tres jóvenes hebreos (Dan. 3: 23-25). Estuvo con los discípulos en la tormenta (Mat. 8: 23-27). Jacob, en la soledad de Betel, pudo decir: «Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía» (Gén. 28: 16). Por esto, recordemos que Dios está con nosotros en cualquier lugar y en todas partes. Él, «ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros» (Hech. 17: 27).

Manténgase concentrado. Debemos tomar el control de nuestros pensamientos errantes. Cuando sea posible, establezca un entorno propicio para la oración. Habrá momentos en los que usted se encontrará conduciendo, o en medio de una multitud, o en situaciones en las que no podrá seguir el consejo de: «Entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre» (Mat. 6: 6). Aun así podemos orar a Dios. Sin embargo, en lo posible debemos emplear métodos para mantener una conversación mental con él, encontrando un ambiente tranquilo. La naturaleza es excelente para esto. Una música suave es también muy útil. Por encima de todo, la sinceridad y el fervor son importantes: «La oración eficaz del justo puede mucho» (Sant. 5: 16).

Para obtener resultados de nuestras oraciones, debemos presentar nuestras solicitudes con vehemencia. Mantener nuestras mentes siempre pensando en Dios (Isa. 26: 3) nos ayuda a permanecer enfocados. «Estad quietos y conoced que yo soy Dios» (Sal. 46: 10). En ocasiones nuestro hablar incesante ahoga la voz de Dios. Es mejor dedicar tiempo a escuchar lo que Dios tiene para decirnos, que decirle lo que queremos que haga por nosotros. Cuando el apóstol Pablo tuvo su encuentro con Jesús en el camino a Damasco, humildemente le preguntó: «Señor, ¿qué quieres que yo haga?» (Hech. 9: 6).

El ayuno muchas veces nos puede ayudar a mantener la concentración durante los períodos de oración. Cuando los discípulos de Jesús no pudieron expulsar el demonio de un muchacho enfermo, él

les dijo: «Este género con nada puede salir, sino con oración y ayuno» (Mar. 9: 29). Hay diferentes maneras de ayunar, absteniéndose tanto parcial como completamente de los alimentos.

Persevere en la oración. En la Biblia encontramos varios ejemplos de personas que tuvieron éxito en la oración por su perseverancia. Se nos insta: «Orad sin cesar» (1 Tes. 5: 17). En otras palabras, la oración debe ser un estilo de vida. Debemos orar varias veces al día, incluso al hacer las tareas cotidianas. Siempre hay lugar para una oración y esto facilita nuestra perseverancia en ella. Cuando Jacob luchó con Dios, insistió: «No te dejaré, si no me bendices» (Gén. 32: 26). Jesús contó la historia de un juez injusto a quien una viuda solicitó ayuda, y que debido a su persistencia fue escuchada por el juez (Luc. 18: 1-8).

La perseverancia nos ayuda a desarrollar la paciencia. Y la paciencia es una virtud esencial. «Mas los que esperan en Jehová tendrán nuevas fuerzas, levantarán alas como las águilas, correrán y no se cansarán, caminarán y no se fatigarán» (Isa. 40: 31). El salmista nos aconseja: «¡Espera en Jehová! ¡Esfuérzate y alíentese tu corazón! ¡Sí, espera en Jehová!» (Sal. 27: 14). El pueblo de Dios que ejercite la paciencia, será recompensado en la Segunda Venida de Cristo.

Muchos pierden las bendiciones que Dios desea darles porque se dan por vencidos demasiado pronto. ¿Qué habría pasado si Naamán el leproso, a quien le ordenaron sumergirse en el río Jordán siete veces, se hubiese detenido en la sexta zambullida? (2 Rey. 5: 1-14). Dios nos dé las fuerzas para perseverar.

Ore con la fe sencilla de un niño. El evangelio de Marcos nos cuenta la historia de Jairo, un líder de la sinagoga cuya hija yacía moribunda. Jairo se acercó a Jesús y le pidió que colocara sus manos sobre ella para que sanase y viviera. Pero mientras el líder de la sinagoga estaba hablando con Jesús, un mensajero de su casa llegó anunciando que su hija había muerto, por lo que ya no había necesidad de molestar al Maestro. Cuando Jesús escuchó el mensaje, se volvió a Jairo y le dijo: «No tengas miedo. Solo ten fe» (Mar. 5: 36, NTV). Jesús, acompañado de Pedro, Santiago y Juan, fue a su casa, donde se encontraron con una escena de gran duelo. Jesús les dijo: «¿Por qué tanto alboroto y llanto? La niña no está muerta; solo duerme» (vers. 39, NTV).

La gente se rió de él. Jesús sacó a toda la gente de la sala, excepto los padres de la niña, y sus discípulos; entonces, se acercó a la cama de la niña y le dijo: «¡Niña, levántate!» (vers. 41, NTV). Inmediatamente, la niña se levantó y caminó. La fe de Jairo fue recompensada.

Como Eliseo estaba constantemente revelando los secretos del ejército sirio al rey de Israel, el rey de Siria envió un ejército para capturarlo. Cuando el siervo de Eliseo vio que la pequeña ciudad donde se alojaban estaba rodeada por el ejército sirio, temió por su seguridad y dijo a Eliseo: «¡Ah, señor mío! ¿Qué haremos?» (2 Rey. 6: 15).

Eliseo le respondió: «No tengas miedo, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos» (vers. 16). Entonces Eliseo oró para que Dios abriera los ojos de su siervo y así pudiera ver la protección que Dios había provisto. «Jehová abrió entonces los ojos del criado, y este vio que el monte estaba lleno de gente de a caballo y de carros de fuego alrededor de Eliseo» (vers. 17).

Fe es ver su petición en oración como una acción que Dios ya ha completado. Es saber que la respuesta está en camino. «La oración de fe nunca se pierde» (*Testimonios para la Iglesia*, t. 1, p. 211).

Sométase a la voluntad de Dios. «Esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye» (1 Juan 5: 14). Esto a veces resulta difícil porque la voluntad humana y la voluntad de Dios muchas veces se contradicen (Gál. 5: 17). En ocasiones, los caminos de Dios no son nuestros caminos (Isa. 55: 8).

Pedro, Santiago y Juan eran pescadores experimentados. Ellos habían estado pescando toda la noche y no habían conseguido nada. Entonces Jesús ordenó: «Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar» (Luc. 5: 4). Pedro se mostró reacio, ya que habían tratado de pescar toda la noche sin éxito. Pero su respuesta de sumisión a Jesús es digna de admirar: «En tu palabra echaré la red» (vers. 5). En otras palabras, a pesar de que no parecía lógico, Pedro estaba diciendo: «Si das la orden, estoy dispuesto a obedecer». El resultado fue que capturaron peces como nunca antes lo habían hecho. Sus redes se rompían y los barcos comenzaban a hundirse por el peso de la pesca.

Jesús dijo: «Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queráis y os será hecho» (Juan 15: 7). El apóstol Juan asegura lo siguiente: «Cualquier cosa que pidamos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos las cosas que son agradables delante de él» (1 Juan 3: 22). «Nuestras oraciones deben pedirle a Dios que nos ayude a hacer lo que él bendice, y no que bendiga lo que nosotros hacemos. Dios no está interesado en nuestras circunstancias, sino en nuestra actitud. Cuando nuestra actitud es la correcta, nuestras oraciones se ajustan a su voluntad y nos benefician, a veces en formas mucho mayores de lo que podríamos haber previsto o imaginado».³

Debemos someternos a la voluntad de Dios, aun cuando no nos guste el consejo que recibimos. El rey Acab sufrió las terribles consecuencias de rechazar el consejo de Micaías, el profeta de Dios, lo que resultó no solo en la pérdida de la batalla, sino también de su vida (1 Rey. 22: 1-37).

Ore en el nombre de Jesús. «Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pedís en mi nombre, yo lo haré» (Juan 14: 13, 14). «En aquel día no me preguntaréis nada. De cierto, de cierto os digo que todo cuanto pidáis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo» (Juan 16: 23, 24).

¿Alguna vez ha experimentado el poder del nombre de algún amigo? Hace muchos años, nuestra hija menor tuvo que viajar a la universidad sola porque yo no pude acompañarla en ese momento. El plan era que nos reuniríamos dos días después y pasaría una semana con ella ayudándola a instalarse. Aun así, mi corazón de padre no estaba en paz con el acuerdo. Pensaba: «Si supiera de alguien que pudiera encontrarse con nuestra hija y ayudarla hasta que yo pudiera llegar». Entonces, susurré: «Señor, es nuestra bebé, por favor ayuda a que todo le salga bien».

3. John C. Maxwell, *Partners in Prayer* (Nashville, Tennessee: Thomas Nelson: 1996), p. 43.

Poco antes del viaje, me encontré con alguien que conocía a un pastor que vivía cerca de la universidad. Esta persona me dio la información de contacto del pastor y con confianza me aseguró: «Solo debes llamar de parte mía y decirle que yo te di su información de contacto. Todo va a estar bien». Mis temores se disiparon. El contacto se hizo, y el plan funcionó a la perfección y con éxito. Hice la petición en nombre de mi amigo. La autenticidad de su nombre me abrió las puertas.

Orar en el nombre de Jesús es más que añadir la frase «en el nombre de Jesús» al final de cada oración. Es acercarse al trono de Dios en el espíritu de Cristo. Es tener la mente de Cristo. «Porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre» (Efe. 2: 18). Es reconocer que Jesús es el camino, y «que nadie viene al Padre sino por [él]» (Juan 14: 6). Es decidir seguir los pasos de Jesús y aceptar su voluntad. Hay poder en el nombre de Jesús. «Presentad, pues, vuestra petición ante el Padre en el nombre de Jesús. Dios honrará tal nombre» (*Palabras de vida del gran Maestro*, cap. 12, p. 114).

«Por eso Dios también lo exaltó sobre todas las cosas y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre» (Fil. 2: 9-11).

Alabe y dé gracias a Dios de antemano por responder. ¿Alguna ha sentido que algo que desea ya es suyo? ¿Alguna vez ha celebrado una victoria, un cumpleaños o un aniversario por adelantado? En esos momentos, el éxito y el logro son muy reales para usted, y no hay dudas en su corazón. El salmista nos anima a tener un corazón agradecido. «Entrad por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con alabanza. ¡Alabadlo, bendecid su nombre!» (Sal. 100: 4).

El profeta Isaías declara: «Sin embargo, Jehová esperará para tener piedad de vosotros. A pesar de todo, será exaltado y tendrá de vosotros misericordia, porque Jehová es Dios justo. ¡Bienaventurados todos los que confían en él!» (Isa. 30: 18). Andrew Murray dilucida este texto al decir: «No solo debemos pensar en lo que esperamos de Dios, sino también en algo aun más maravilloso: en lo que Dios espera de

nosotros. La imagen de Dios esperando por nosotros, dará un nuevo impulso e inspiración a nuestra espera en él. Producirá una indecible confianza de que nuestra espera no será en vano».⁴

En la Biblia encontramos ejemplos de oración y agradecimiento. Pablo y Silas entonaban himnos a Dios mientras estaban inmovilizados en el cepo en la prisión. «Pero a medianoche, orando Pablo y Silas, cantaban himnos a Dios» (Hech. 16: 25). En la tumba de Lázaro, Jesús oró y dio gracias: «Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: “Padre, gracias te doy por haberme oído”» (Juan 11: 41). ¡¿Qué mejor ejemplo que el de Jesús, que mostró un espíritu de agradecimiento?! «Por nada estéis angustiados, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias» (Fil. 4: 6).

Entienda que nuestro Padre celestial es demasiado amoroso y sabio para darnos siempre lo que pedimos. A veces los niños piden regalos que no son buenos para ellos, que son peligrosos o demasiado difíciles de manejar. La mayoría de los padres son cuidadosos al seleccionar los juguetes o regalos que dan a sus hijos. Por eso, cada año, justo antes de Navidad, varias organizaciones publican una lista de juguetes que no son recomendables para los niños. Por ejemplo, en noviembre de 2014, la organización *World Against Toys Causing Harm* [Organización mundial contra los juguetes dañinos] publicó su lista anual de los «diez peores juguetes». La lista incluía juguetes como un martillo de batalla para niños de tres años, armas de fuego, fuegos artificiales para niños pequeños, y un arco que dispara flechas de juguete a más de cuarenta metros de distancia.⁵

Dios sabe cuáles «juguetes» son adecuados para nosotros y cuales no en un momento dado. Podemos estar seguros de que si él se absente de darnos algo de lo que le pedimos, es por nuestro bien. Cuando Pablo pidió que le fuera quitada la «espina en la carne» (2 Cor. 12: 7, BA), Dios no accedió a su solicitud. En lugar de ello, le dijo al apóstol:

4. *Andrew Murray on Prayer* (New Kensington, Pensilvania: Whitaker House, 1998), p. 281.

5. «The 10 “Worst” Toys To Buy This Holiday Season» Megan Willett, *Business Insider*, 19 de noviembre de 2014, <http://www.businessinsider.com/10-worst-toys-2014-from-watch-2014-11>.

«Bástate mi gracia» (2 Cor. 12: 9). Pablo aceptó la decisión de Dios y se mantuvo firme en la fe, a pesar del hecho de no ser sanado. Debemos confiar en Dios, que en su sabiduría conoce el fin desde el principio pues es «sabio y poderoso» (Dan. 2: 20, TLA). Así como los padres terrenales son cuidadosos con los regalos que dan a sus hijos, nuestro Padre celestial nos da lo que sabe que es mejor para nosotros. «Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?» (Mat. 7: 11).

Dios no siempre contesta nuestras oraciones de la manera que esperamos

«La oración no baja a Dios hasta nosotros, sino que nos eleva hacia él» (*El camino a Cristo*, cap. 11, p. 138). La oración no tiene la función de generar un cambio en Dios, sino un cambio en nosotros. No tiene la función de informar a Dios sobre algo que él no sabe, sino la de ayudarnos a entender cuál es su voluntad. Dios tiene diferentes maneras de enviar sus respuestas a nuestras oraciones. Estas son:

- Estampando la respuesta en nuestra mente a través del Espíritu Santo (Isa. 30: 21; Juan 16: 13)
- A través de su Palabra (Sal. 119: 105; 2 Tim. 3: 16).
- A través de sus siervos inspirados (Amós 3: 7; Dan. 9: 6, 10; Heb. 1: 1; Jer. 29: 19).
- A través de la iglesia (Mat. 18: 17; Hech. 6: 1-7; 13: 1-3; 15: 22-29).
- A través de ángeles (Luc. 24: 4-7; Hech. 1: 10, 11; 8: 26; 27: 20-24).
- Directamente (Saulo en el camino a Damasco, Hech. 9: 3-6; Moisés en el Monte Sinaí, Éxo. 19: 19; Josué después de la muerte de Moisés, Jos. 1: 1-9; Samuel en el tabernáculo, 1 Sam. 3: 3-14).
- A través de visiones y sueños (Hech. 2: 17; 9: 10-12; 10: 1-20).
- A través de provisiones milagrosas (mostrándole a Agar el pozo, Gén. 21: 19).

Dios quiere responder nuestras oraciones

La cruz es la prueba absoluta de que Dios quiere concedernos nuestras peticiones. «El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?» (Rom. 8: 32).

Era el día de reposo. Los fariseos acababan de acusar a Jesús y a sus discípulos de quebrantar el sábado porque habían arrancado espigas para comer. Jesús terminó su conversación con palabras de autoridad: «Porque el Hijo del hombre es Señor del sábado» (Mat. 12: 8). Entonces la escena cambia. Jesús entra en la sinagoga y encuentra a un hombre con una mano seca. Los judíos no dejarían perder otra oportunidad para acusarle. Exigen que les diga si es lícito sanar en el día de reposo. La inesperada respuesta de Jesús es: «Es lícito hacer bien en el día de reposo» (vers. 12, BA). Entonces, obedeciendo el mandato de Jesús, el hombre extiende su mano seca y esta es sanada (vers. 13). Dios está ansioso por concedernos una variedad de peticiones, incluidas solicitudes de sanidad, éxito económico, progreso académico, mejoramiento espiritual y felicidad en nuestras relaciones. Lo único que debemos hacer es estirar la mano para recibir sus bendiciones.

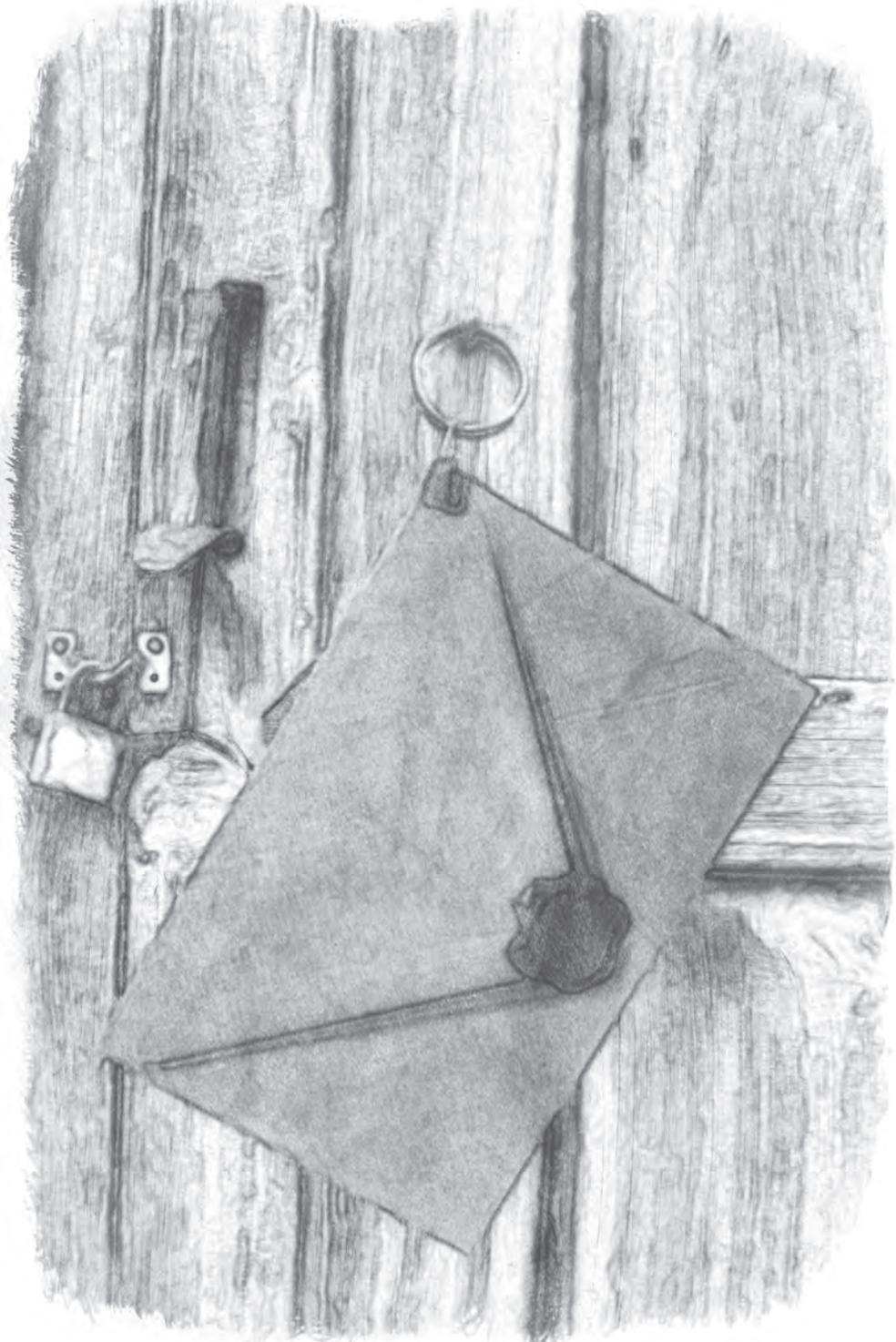
Los pasillos del área pediátrica del hospital estaban hermosamente decorados. Había flores frescas y globos. Al final del pasillo había un enorme cartel que decía: «¡Bienvenido, señor Presidente!». El presidente de la nación y su séquito visitarían habitación por habitación, dando regalos de Navidad a los niños y niñas enfermas. Se sentía la emoción en aquella planta. ¡Este sería un día inolvidable! Cada pequeño paciente recibiría un presente y un apretón de manos del presidente.

Finalmente, el presidente y sus acompañantes llegaron a la habitación 201. En la cama yacía el pálido Tomasito, con vendas en la cabeza. El presidente colocó el regalo en la cama de Tomasito y le tendió la mano para saludarlo. El niño no estrechó la mano del presidente. Después de persuadirlo, Tomasito extendió su puño cerrado para que el Presidente lo estrechara.

Cuando la importante visita se fue, una enfermera curiosa abrió la mano del niño para saber por qué la había mantenido cerrada. En su mano había una canica de vidrio. Era como si Tomasito hubiera valorado más su pequeña canica que un apretón de manos del hombre más importante de la nación.

Muy a menudo nos aferramos a nuestros propios pensamientos e ideas como un niño que se aferra a una baratija. Nos olvidamos de que

tenemos un Dios grande y poderoso que gobierna el universo. Incluso pasamos por alto que él es sabio, capaz y amoroso. Él nos quiere ayudar y tiene la respuesta a nuestros problemas. ¿Por qué no nos aferramos más bien a Dios?





El privilegio de la oración

«**A**cerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro» (Heb. 4: 16).

Un antiguo rey decidió hacer un viaje a un lugar distante de su reino. Lamentablemente, hubo una fuerte tormenta de nieve, el rey quedó atrapado en ella y no pudo regresar a casa. Deambuló un poco y, por suerte, vio una pequeña casa en una granja. Cuando llegó a la casa, descubrió que un pobre granjero y su esposa vivían allí. Ellos fueron muy amables con el rey y cuidaron de él durante la noche en su humilde hogar. Al día siguiente, el tiempo mejoró, y el rey volvió a su palacio.

Unos meses después, el rey organizó una gran fiesta en su palacio y recordó la bondad del pobre granjero y su esposa, así que les envió una invitación. El granjero y su esposa estaban tan emocionados por haber recibido una invitación real que la enmarcaron y la

colgaron donde todo el mundo pudiera verla. Sin embargo, estaban tan ocupados cuidando de su granja que no pudieron asistir a la fiesta en el palacio.

En la Biblia hay una historia que Jesús contó sobre un hombre que hizo una gran cena y convidó a muchos. Cuando la cena estaba preparada, el hombre envió a su siervo a decirles a los invitados que todo estaba listo. Los invitados «a una comenzaron a excusarse» (Luc. 14: 18). Entonces, el anfitrión se enojó y ordenó a su siervo que saliera a la calle e invitara a tantas personas como pudiera encontrar.

Jesús nos invita a reunirnos con él en la casa de su Padre. Es un honor para nosotros recibir una invitación del Rey de reyes. Jesús nos invita a ir delante de su trono a orarle. Lo único lo que debemos hacer es aceptar la invitación. Sin duda, este es un gran privilegio.

¿Por qué orar es un privilegio?

Debido a la grandeza de Dios. Nuestro Dios es grande y poderoso. «Tuya es, Jehová, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo, Jehová, es el reino, y tú eres excelso sobre todos» (1 Crón. 29: 11).

«Grande es Jehová y digno de suprema alabanza; su grandeza es insondable» (Sal. 145: 3). «Jehová, ¿qué es el hombre para que en él pienses, o el hijo de hombre para que lo estimes?» (Sal. 144: 3).

Es nuestra gran necesidad. La necesidad extrema es una preocupación mundial. En las principales ciudades del mundo, millones de niños de la calle no solo sufren hambre y privaciones, sino que se convierten en objetos de delincuencia y brutalidad. Casi la mitad de la población mundial vive en la extrema pobreza. Más de ochocientos millones de personas en todo el mundo no tienen suficiente alimento para comer. Más de setecientos millones de personas no tienen acceso a agua potable.

Vivimos en un mundo con grandes necesidades. Los organismos de asistencia social fracasan en sus intentos de hacer frente a todas las necesidades globales. Sin embargo, incluso mayor que la necesidad física en el mundo es la necesidad espiritual. Nuestro mundo necesita

de Jesús. Debemos orar por el estado físico y espiritual del mundo. La buena noticia es que nuestro Padre celestial puede suplir todas esas necesidades.

Es un don gratuito de Dios. Algunas cosas son gratuitas, pero de poco valor. La gente no suele valorar lo que es gratuito. En contraste con esto, la oración es gratis, pero muy valiosa.

Para lidiar con el alto costo de los bienes y servicios, tratamos de arrojarnos hasta donde nos llegue la cobija. Alguien dijo una vez que es imposible tratar de arrojarse de esa manera, pues siempre una mano invisible estará halándonos la cobija. Recuerdo cuando vivíamos en un país donde el simple hecho de comprar alimentos era todo un desafío. Para estirar los fondos, debíamos comprar en diferentes tiendas los diferentes artículos. Esto se debía a que había una disparidad alarmante en los precios. Recorríamos la ciudad buscando ofertas. Comprábamos en una tienda los productos lácteos, en otra las verduras, y en otra tienda los artículos de aseo. Nos hicimos expertos en saber cuáles tiendas tenían los mejores precios para cada artículo.

Nosotros no necesitamos ir de una tienda a otra para obtener respuesta a nuestras oraciones. ¡Alabado sea Dios por ello! Solo debemos ir a Dios en oración con todas nuestras necesidades y desde su almacén de riquezas, él las suplirá todas. En Salmos 34: 6 encontramos un gran consuelo: «Este pobre clamó, y lo oyó Jehová y lo libró de todas sus angustias».

Nuestra debilidad es la fortaleza de Dios. ¿Alguna vez intentó abrir un frasco con tapa hermética y por más que trató no tuvo la suficiente fuerza para abrirlo? Tuvo que solicitar la ayuda de alguien que era más fuerte que usted, ¿no es así? Una vez vi a un niño intentar abrirle una puerta muy grande y pesada a su madre, quien iba con una cantidad considerable de paquetes en sus brazos. La puerta era demasiado pesada para su escasa fuerza. Al ver su penosa situación, me apresuré a ayudarlo. Al principio se mostró un poco reacio a aceptar mi ayuda, ya que quería ser él quien ayudara a su mamá. A veces pensamos que somos capaces de encargarnos de nuestras necesidades. Creemos que tenemos todo bajo control, y que sobrellevamos nuestras

cargas, sin saber que lo único que tenemos que hacer es colocar esas cargas en los poderosos brazos del Dios que dijo: «Bástate mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad» (2 Cor. 12: 9).

Nuestro enemigo Satanás nos presenta pruebas y tentaciones. No somos rivales para él, pero la oración nos puede dar la victoria. Por medio de ella Dios nos librará de sus ataques, porque él es nuestro amparo y fortaleza (Sal. 91: 3, 4; 46: 1, 11).

Marcos, de apenas tres años, estaba siendo perseguido por dos perros furiosos en un parque. El pequeño trató de correr tan rápido como sus piernecitas se lo permitían. Pero los perros estaban a punto de alcanzarlo y Marcos gritaba de terror. Cuando su padre, que estaba cerca, vio la situación en la que se encontraba su hijo, corrió hacia él para rescatarlo. El papá alcanzó a Marcos y lo tomó en sus brazos. Ahora estaba a salvo.

Nuestro Padre celestial nos libra del peligro. Él nos levanta y nos lleva a puerto seguro. «Mas tú, Jehová, eres escudo alrededor de mí» (Sal. 3: 3) «me exaltas sobre los que se levantan contra mí» (Sal. 18: 48, BA).

Como indicó elocuentemente Germaine Copeland: «La armadura de la oración es para todo creyente, cada miembro del cuerpo de Cristo ha de colocársela y llevarla puesta, porque las armas de esta guerra *no son carnales*, sino poderosas en Dios».¹

Nuestra pobreza en contraste con las riquezas ilimitadas de Dios.
El hijo de una viuda pobre estaba muy enfermo y tuvo que ser hospitalizado. Un famoso cirujano llevó a cabo la cirugía del muchacho con éxito. Cuando el niño fue dado de alta del hospital, su madre recibió la factura, por una cantidad enorme. ¿Podría esta pobre madre conseguir dinero para pagarla? En la parte inferior de la página había una nota que decía: «Esta factura debe ser pagada en su totalidad en los próximos treinta días». ¡No podía conseguir esa cantidad de dinero en treinta días! ¡Ni siquiera en toda su vida podría conseguirla! Después de muchas noches sin dormir, la mujer decidió visitar al

1. Germaine Copeland, *Prayers That Avail Much* (Tulsa, Oklahoma: Harrison House, 1997), xvii.

médico y explicarle su situación. El médico la escuchó en silencio y la mujer se fue luego de exponer su caso. Cuando los treinta días finalizaron, recibió otra factura. Nerviosa, la leyó. El total era la misma suma enorme de dinero. Nada parecía haber cambiado, y las lágrimas brotaron de sus ojos. Entonces se dio cuenta de una nota escrita a mano en la parte inferior de la página que decía: «Perdonada. Muy pobres para pagar». La nota estaba firmada por el cirujano.

Nosotros somos muy pobres, pero Dios tiene recursos ilimitados. Nuestro Padre es rico y dueño de todo. «Mía es la plata y mío es el oro, dice Jehová de los ejércitos» (Hag. 2: 8). «Porque mía es toda bestia del bosque y los millares de animales en los collados. Conozco todas las aves de los montes, y todo lo que se mueve en los campos me pertenece. Si yo tuviera hambre, no te lo diría a ti, porque mío es el mundo y su plenitud» (Sal. 50: 10-12). Esto es algo de lo cual vale la pena jactarse. Tenemos un Padre rico que es dueño de todo el mundo y todo lo que contiene. ¿Por qué no le entregamos nuestras necesidades en oración? Él puede cuidar de nosotros. «Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús» (Fil. 4: 19). ¡Creamos en esto!

Nuestra impotencia en contraste con la omnipotencia de Dios.

Un paralítico yacía en el estanque de Betesda esperando y deseando ser sanado. Este hombre había estado enfermo durante treinta y ocho años sin conseguir hacer nada para mejorar. Jesús le dijo: «Levántate, toma tu camilla y anda» (Juan 5: 8), y el hombre inmediatamente fue restaurado. Un hombre desamparado se encontró con un Dios omnipotente.

Jesús y sus discípulos estaban en una barca cuando se levantó una tormenta feroz. «Y las olas se lanzaban sobre la barca de tal manera que ya se anegaba» (Mar. 4: 37, BA). Jesús dormía tranquilamente en la barca y los aterrorizados marineros, sus discípulos, lo sacudieron hasta despertarlo. «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?» (vers. 38, BA). Cuando Jesús despertó, le ordenó a la tormenta: «¡Calla, enmudece!» (vers. 39). Cuando los marineros indefensos se unieron al omnipotente Hijo de Dios, las olas se calmaron y la tormenta cesó.

Nuestra impotencia se desvanece en la presencia del Dios omnipotente. No debemos desmayar ni tener miedo, servimos a un Dios que es todopoderoso. «Él da esfuerzo al cansado y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas» (Isa. 40: 29). «El eterno Dios es tu refugio y sus brazos eternos son tu apoyo» (Deut. 33: 27). Coloque su debilidad e incapacidad en la capacidad del Señor omnipotente.

Nuestro pecado en contraste con la gracia abundante de Dios.
«Pero él da mayor gracia» (Sant. 4: 6). «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios» (Efe. 2: 8). ¿Qué es esto llamado gracia? La gracia es una virtud divina. Es su don inexplicable para los seres humanos envuelto en la encarnación del Hijo, y lo recibimos en cantidades abundantes. ¡Cuánto más grandes son nuestros pecados, más copioso es el don de la gracia de Dios!

Lo que sea que hayas hecho, dondequiera que hayas estado,
La gracia de Dios siempre será mayor que el pecado.

Piense un momento en las peores cosas que ha hecho desde sus primeros años de consciencia hasta ahora. ¿Cómo se siente al recordarlo? Piense ahora en lo limpio que la preciosa sangre de Jesús lo hace sentir. Ese es el resultado del don de la gracia.

Piense ahora en la cantidad de veces que nos hemos ensuciado y nos hemos vuelto un «trapo de inmundicia» (Isa. 64: 6). «¡Oh, no! ¡Otra vez no!», clamamos en frenética desesperación. Pero espere. ¡No se rinda! Jesús no nos rechaza cuando pecamos. Él se entristece, pero todavía hay esperanza para nosotros. «Porque la paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rom. 6: 23). ¡He aquí nuevamente, su don! Jesús derrama barriles de gracia sobre nosotros. Él no nos abandona.

Es importante que recordemos que nosotros mismos no podemos salvarnos. Pedro, uno de los discípulos, vio a Jesús caminando sobre el agua. Luego, a través del poder de Jesús, también comenzó a caminar hacia él sobre el agua. «Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo y comenzó a hundirse. Entonces gritó: “¡Señor, sálvame!”» (Mat. 14: 30). Inmediatamente, Jesús extendió su brazo poderoso y lo salvó.

Cuando el ladrón en la cruz estaba al borde de la muerte en su pecado, necesitaba un Salvador. Encontró su esperanza en Cristo y clamó a él para que lo salvase. Jesús le respondió inmediatamente y le dio la seguridad de la salvación (Luc. 23: 42, 43).

Sea usted un discípulo o un ladrón, Jesús está dispuesto a salvarle. Sea usted rebelde o dócil, existe una amplia oferta de gracia para usted. Sea rico o pobre, esclavo o libre, la abundante gracia de Dios es para usted. Es un regalo. Acéptelo.

Nuestra indignidad en contraste con el amor incondicional de Dios. En una visita nocturna, Nicodemo, un líder religioso judío, demostró su preocupación por su salvación. Jesús le aseguró: «De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Juan 3: 16).

El amor de Dios es tan amplio que nos asombra. «A duras penas habrá alguien que muera por un justo, aunque tal vez alguno se atreva a morir por el bueno. Pero Dios demuestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Rom. 5: 7, 8, BA). Los seres humanos rara vez dan su vida por los demás. ¡Pero nuestro Dios se entregó a sí mismo por los seres humanos! ¡Esto es increíble! A lo largo de la historia se han ofrecido muchos sacrificios humanos a dioses paganos. Pero el Dios del universo ofreció a su Hijo como sacrificio por nuestro mundo. ¡Qué incomparable amor!

En la novela *Historia de dos ciudades*, un relato ambientado en la época de la Revolución Francesa, Charles Dickens cuenta la historia de Sydney Carton, un joven que amaba tanto a una chica llamada Lucy, que dio su vida por la felicidad de ella. El elemento inusual en la historia es que la chica no estaba enamorada de Carton. Por el contrario, ella se casa con Charles Darnay, un noble que más tarde es condenado a morir en la guillotina. El héroe de la historia, Carton, idea un plan: se disfraza y toma el lugar de Darnay en la guillotina. Muere en su lugar para que Lucy y su marido puedan vivir juntos su felicidad.

Jesús tomó la forma de un ser humano para morir por nosotros, y murió en la cruz en nuestro lugar para que pudiéramos disfrutar de

vida eterna y felicidad. Nosotros no podríamos haber comprado su amor. Jesús lo dio gratuitamente. Su amor es incondicional. De eso es que se trata la cruz.

Nuestra desolación en contraste con la plenitud de Dios. Hay ciertas circunstancias que nos pueden reducir a la desolación, como un incendio, un tornado, una inundación, un terremoto o un huracán. La vida es incierta. Un día podemos estar cómodos y felices y al siguiente día sin hogar, sin trabajo, y en la miseria.

Dios vio nuestra desolación y nos otorgó sus riquezas. La cruz nos concedió valor porque allí la inestimable sangre de Jesús se derramó por nosotros, y esa sangre nos transforma de indigentes a hijos e hijas de Dios.

Nada llevo en mis manos,
Solo a tu cruz me aferro.

La cruz nos hace partícipes de la plenitud de Dios. «De su plenitud recibimos todos, y gracia sobre gracia» (Juan 1: 16). Otra versión lo expresa así: «Gracias a lo que el Hijo de Dios es, hemos recibido muchas bendiciones» (Juan 1: 16, TLA).

Cuando andamos perdidos y sin rumbo, la cruz nos señala nuestro hogar eterno. Una niña se perdió en las calles de Londres. Todas las calles le parecían iguales. Ella sabía que su casa no estaba muy lejos de donde se encontraba, pero aun así no podía encontrar el camino de regreso. Un policía intentó ayudarla señalándole varios puntos de referencia, pero a cada uno negaba con la cabeza. No reconocía nada. Por último, el policía señaló una iglesia en la distancia. En el techo había un alto campanario con una cruz en la parte superior. La niña comenzó a saltar de emoción. «¡Sí! —gritó con regocijo—. Lléveme a la cruz. Puedo encontrar el camino a casa desde allí».

Tracemos nuestro camino a la cruz. La cruz transforma nuestra desolación en plenitud en Cristo Jesús. «En él tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia» (Efe. 1: 7).

La oración es un privilegio que sobrepasa toda comparación

No hay nada semejante a la oración. Es un extraño privilegio. Daniel prefería morir a dejar de orar (Dan. 6). Adoniram Judson, Hudson

Taylor, George Müller, William Tyndale, y muchos otros que hicieron grandes avances para el reino de Dios, eran personas que pasaban mucho tiempo con el Señor en oración. Para ellos no era un sacrificio pasar todo ese tiempo en la presencia de Dios, sino un honor y un privilegio. Algunos de ellos se sentían defraudados si no podían pasar por lo menos cinco u ocho horas al día en oración.

Dios está esperando para disfrutar de nuestra compañía. ¿Por qué lo hacemos esperar? A menudo creemos que estamos demasiado ocupados para orar. Posponemos las oraciones o acortamos nuestras sesiones, mantenemos a Dios en espera, no nos concentramos en nuestra conversación con él y no nos detenemos a escuchar lo que él quiere decirnos. Todos estos son obstáculos para entablar una relación sólida con Dios.

Aun así nuestro Padre celestial, el Rey del universo, es paciente con nosotros y siempre está dispuesto a recibirnos. El protocolo es simple. La palabra favorita de Dios es *ven, ven* tal y como estás; *ven* con confianza y sin miedo. «*Venid* a mí todos los que estáis trabajados y cargados» (Mat. 11: 28). «*Venid* luego, dice Jehová, y estemos a cuenta» (Isa. 1: 18). Así que «cuando tengamos alguna necesidad... [*vayamos*]... con confianza al trono de Dios. Él nos ayudará, porque es bueno y nos ama» (Heb. 4: 16, TLA).

Amigo, ¿qué está esperando? Dios le dice: «Ven». Luego de descubrir el valor, el poder, la trascendencia y el privilegio que conlleva orar el Cielo le dice: «Ven». ¿Cómo responderá?

Apéndice A

Invitaciones a la oración

Parafrasee y personalice los siguientes versículos de la Biblia:

Hebreos 4: 16

Salmo 46: 1

Salmo 84: 11

Salmo 102: 17

Isaías 65: 24

2 Crónicas 7: 14

Salmo 34: 17

Jeremías 29: 12, 13

Mateo 21: 22

1 Juan 5: 14, 15

Apéndice B

Bendiciones por las cuales orar

«Todo lo que pidáis en oración, creyendo, lo recibiréis» (Mat. 21: 22).

1. Por un corazón puro.
2. Por la victoria sobre el pecado y la tentación.
3. Por fortaleza para enfrentar las batallas y las luchas personales.
4. Salud y sanidad.
5. Por la experiencia de la conversión genuina, tanto a nivel personal como colectivo.
6. Por la unidad entre los miembros de la iglesia de Dios.
7. Por la preparación para la Segunda Venida de Jesús.
8. Por la preparación para el tiempo de angustia que se avecina.
9. Por nuestros niños y jóvenes, para que sean buenos representantes de Cristo.
10. Por el éxito académico de nuestros estudiantes.
11. Por la educación cristiana, para que sea eficaz.
12. Para que nuestras familias disfruten de paz, armonía y éxito.
13. Para que se repita la experiencia del Pentecostés.
14. Por el derramamiento del Espíritu de Dios sobre toda la iglesia.
15. Para que Dios rompa las ataduras que impiden que el evangelio avance con poder.
16. Por la fidelidad de todos los miembros de la iglesia.
17. Por un mayor fervor entre nosotros para la difusión del evangelio.
18. Para que los líderes y dirigentes sean un buen ejemplo de conducta cristiana.
19. Para que el programa de construcción de la iglesia tenga éxito.

20. Por las necesidades financieras de los miembros de la congregación.
21. Por el éxito de los programas de evangelización.
22. Por el regreso de los que se han apartado de la iglesia.
23. Por los padres, para que reciban sabiduría de Dios para enfrentar el reto de la formación de los niños en estos tiempos.
24. Por seguridad y paz para las familias de los militares.
25. Pidiendo sabiduría y comprensión de parte de los líderes de la nación y el estado.
26. Por la comunidad que nos rodea, así como el estado y la nación, para que tengan un despertar religioso poderoso y acepten la verdad de Dios para estos últimos días.
27. Para derribar las barreras y las fortalezas de Satanás en nuestros hogares, en la iglesia y en la comunidad.
28. Para que un mayor amor sature nuestras vidas como individuos y como iglesia.
29. Por el pronto retorno de Cristo.
30. _____
31. _____
32. _____
33. _____
34. _____
35. _____

Apéndice C

Una oración colectiva

Jansen Trotman

Líder: Querido Señor y Maestro, entramos en tu presencia con alegría, sabiendo que tú eres un Dios de amor, abundante en misericordia y lleno de gracia. Tú eres un Dios dispuesto a perdonar.

Congregación: Perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Líder: No siempre estamos dispuestos a entrar en tu presencia, a pesar de que en ella hay plenitud de gozo, y a tu diestra hay deleites eternos.

Congregación: Perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Líder: Tú eres digno de ser alabado, pues tu gloria llena el cielo y la tierra, pero con frecuencia buscamos nuestra propia alabanza e intentamos robarte la gloria.

Congregación: Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Líder: Hemos pecado contra ti, aun cuando no lo queremos. Numerosas veces hemos clamado a ti. Incontables veces te hemos hecho daño. En muchas ocasiones te hemos representado mal.

Congregación: Perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Líder: Te hemos herido más de lo que nosotros hemos sido heridos. Por nuestros actos pecaminosos te hemos crucificado de nuevo y te hemos expuesto a la vergüenza pública.

Pueblo: Perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Líder: Señor, nos duele el corazón por la carga del pecado contra nosotros, pero el Calvario nos recuerda que cualquier agravio puede ser perdonado si realmente queremos perdonar.

Congregación: Perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Líder: Conscientes de que nuestro perdón hacia los demás es lo que permite tu perdón hacia nosotros, te pedimos que nuestro corazón sea cada día más parecido al tuyo.

Congregación: Perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Líder: Queremos parecernos a ti cada día más para que nosotros semejantes puedan ver tu reflejo en nuestro rostro y demostrar con nuestras acciones que tú vives a través de nosotros.

Congregación: Perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Líder: Ayúdanos a no meditar en las cosas desagradables, dolorosas, e injustas que otros nos han hecho, sino más bien a contar las muchas bendiciones que tú nos has dado, a pesar de ser indignos.

Congregación: Perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Líder: A veces los que nos han hecho daño se muestran insensibles a nuestro dolor, ciegos a nuestro sufrimiento, y ajenos a nuestro pesar. Nos recuerdan a aquellos que estaban alrededor de la cruz en el Calvario como espectadores ajenos a lo que ocurría. Aun así, tú les extendiste el perdón al decir: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Luc. 23: 34).

Congregación: Perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Todos: Perdónanos Señor, te damos gracias por la seguridad del perdón de nuestros pecados mediante la sangre de Jesucristo. Te damos gracias por tu promesa de que si confesamos nuestros pecados tú nos perdonas y nos limpias de toda maldad.

Ahora que hemos probado de la copa de tu perdón y que estamos dispuestos a crecer a tu semejanza, perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, y séllanos para tu reino. Amén.

* Citas bíblicas: Neh. 9: 17; Mat. 6: 12; Sal. 16: 11; 18: 3; Isa. 6: 3; Sal. 8: 1; Heb. 6: 6; Mat. 6: 14, 15; Gál. 2: 20; Luc. 23: 34; 1 Juan 1: 9.

Apéndice D

Ejemplo de un programa de oración

Reunión de oración

Fecha:

De 9:00 p. m. a 10: 00 a. m.

P. M.

Primera sección

9: 00 - 9: 15	Servicio de canto
9: 15 - 9: 30	Himno inicial, oración y lectura bíblica
9: 30 - 10: 00	Devocional
10: 00 - 10: 30	Momento infantil
10: 30 - 11: 00	Presentación especial

Segunda sección

11: 00 - 11: 15	Oración en grupos
11: 15 - 11: 30	Lectura antifonal ¹
11: 30 - 11: 40	Meditación privada
11: 40 - 12: 00	Estudio de la Biblia

A. M.

Tercera sección

12: 00 - 12: 20	Lectura especial (<i>Testimonios para la iglesia</i> , t. 9, pp. 17-22)
-----------------	--

1. Para llevar a cabo esta sección puede usar las lecturas antifonales provistas en el Hymnario adventista. También sugerimos usar la que está disponible en el Apéndice C de este libro.

12: 20 - 12: 30	Discusión en grupos
12: 30 - 12: 45	Oración en grupos
12: 45 - 1: 00	Testimonios
Cuarta sección	
1: 00 - 1: 15	Momento de alabanza
1: 15 - 1: 45	Preguntas sobre la Biblia
1: 45 - 2: 00	Oración en grupos
2: 00 - 2: 15	Descanso y refrigerio
2: 15 - 2: 30	Meditación individual
2: 30 - 2: 45	Juego bíblico
Quinta sección	
2: 45 - 3: 00	Lectura especial (<i>El evangelismo</i> , cap. 5, pp, 85-89)
3: 00 - 3: 15	Discusión en grupo
3: 15 - 3: 30	Oración en grupos
3: 30 - 3: 45	Meditación individual
Sexta sección	
3: 45 - 4: 00	Lectura especial (<i>Testimonios para la iglesia</i> , t. 8, p. 26-30)
4: 00 - 4: 15	Discusión general
4: 15 - 4: 30	Oración en grupos
Séptima sección	
4: 30 - 4: 45	Lectura especial (<i>Testimonios para la iglesia</i> , t. 6, p. 308-314)
4: 50 - 5: 00	Oración en grupos
5: 00 - 5: 45	Devocional y voto
5: 45 - 6: 00	Alabanza matutina
6: 00 - 7: 30	Desayuno de oración
Octava sección	
8: 00 - 9: 00	Escuela Sabática
9: 00 - 10: 00	Festival de alabanza

Notas:

1. La selección de las lecturas son solo sugerencias.
2. Los viernes en la noche son excelentes para las vigiliias de oración. El ambiente del sábado es favorable para estas reuniones.

Apéndice E

Cómo orar con poder

Jansen Trotman

La mayoría de los cristianos sabemos que debemos orar, pero muchos no saben que existen principios definidos que debemos seguir para que nuestras oraciones sean más eficaces. Incluso los discípulos de Jesús se dieron cuenta de que había algo que faltaba en sus oraciones, así que le pidieron a Jesús que les enseñara a orar. «Aconteció que estaba Jesús orando en un lugar y, cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: “Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos”» (Luc. 11: 1).

¿Cuáles son los principios básicos para hacer que nuestras oraciones sean más aceptables a Dios y por lo tanto más poderosas?

1. Pídale al Espíritu Santo que le ayude a orar correctamente. «De igual manera, el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad, pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles» (Rom. 8: 26).
2. Estudie lo que la Palabra de Dios dice en cuanto a sus necesidades o deseos específicos, y actúe en consecuencia (ejemplo: Fil. 4: 19; Deut. 33: 13; Prov. 3: 5, 6).
3. Sea lo más específico posible (Neh. 1: 11; Luc. 18: 41; Sal. 51: 14).
4. Reclame las promesas de Dios (1 Rey. 8: 56; 2 Cor. 1: 20; 2 Ped. 1: 4).
5. Visualice la presencia de Dios. Él es un ser verdadero y personal (Hech. 17: 27, 28; Éxo. 3: 1-5; Gén. 28: 16, 17).
6. Mantenga la concentración y controle los pensamientos que puedan distraerlo (Sant. 1: 6-8; 5: 16; Isa. 26: 3, 4).

7. Persevere en la oración. No se dé por vencido demasiado pronto (Luc. 18: 1-8; Gén. 32: 26).
8. Ore con fe, creyendo que Dios cumplirá sus promesas (Mar. 5: 35, 36; 9: 23, 24; Heb. 4: 16; 11: 6).
9. Ríndase a la voluntad de Dios. Él es demasiado sabio y cariñoso para darnos siempre lo que queremos (Dan. 2: 20; 2 Cor. 12: 7-10; Rom. 11: 33; 1 Juan 5: 14).
10. Acérquese a Dios en humildad (Luc. 18: 9-14; Sal. 34: 18; 51: 16, 17; 138: 6).
11. Ore en el nombre de Jesús, en el espíritu de Jesús, y con la mente de Jesús (Juan 14: 13, 14; 16: 23, 24; Juan 20: 31; Prov. 18: 10).
12. Acérquese a Dios con manos limpias y un corazón puro (Sal. 24: 3, 4; 66: 18; Isa. 59: 1, 2; 1: 15; Sant. 4: 8).
13. Perdone a todo el que le haya herido o molestado de alguna manera (Mat. 6: 12, 14, 15; Efe. 4: 31, 32).
14. Procure el apoyo de otros en oración (Sant. 5: 13-16; Mat. 18: 20).
15. A veces algún asunto será de tanta importancia que necesitará ayuno además de la oración (Mar. 9: 29; Neh. 9: 1; Est. 4: 15, 16; Dan. 9: 3).

Una cosa es cierta: a Dios le encanta escuchar y responder las oraciones de sus hijos. Si nos tomamos el tiempo y encontramos las palabras adecuadas para orar, nuestro Padre celestial contestará. «El Señor está cerca de todos los que le invocan, de todos los que le invocan en verdad» (Sal. 145: 18, BA).

Apéndice F

Mi carta de amor a Jesús

Utilizando la fórmula CASA, explicada a continuación, tome unos minutos para escribir una carta de amor a Jesús:

C—Confesión: Cuénteles las cosas que usted ha hecho que pueden haberlo decepcionado y las cosas que aún no ha hecho y que debió haber hecho.

A—Adoración: Exprésele sus motivos de admiración hacia él. Los Salmos podrían ayudarle.

S—Súplica: En esta parte colocará las peticiones que le gustaría que él le concediera a usted, a su familia, y/o a sus amigos.

A—Agradecimiento: Piense en las muchas bendiciones que él le ha dado.

Querido Jesús,
Tú hijo que te ama,



Bibliografía

Bounds, Edward M. *The Complete Works of E. M. Bounds on Prayer*. Grand Rapids, Michigan: Baker, 1990.

Bunday, Paul. *He's Listening, So Talk to Him: A Practical Guide to Prayer*. Grantham, Inglaterra: Autumn House, 2002.

Copeland, Germaine. *Prayers that Avail Much*. Tulsa, Oklahoma: Harrison House, 1997.

Eastman, Dick. *Dick Eastman on Prayer*. Grand Rapids, Michigan: Global Christian, 1999.

Gansberg, Martin. "Thirty-Eight Who Saw Murder and Didn't Call the Police", *The New York Times*, 27 de marzo de 1964.

Keller, Timothy. *Prayer: The Essential Guide*. Nueva York: Penguin, 2014.

Lucado, Max. *Before Amen*. Nashville: Thomas Nelson, 2014. Existe una versión en español titulada *Antes del amén*.

Maxwell, John C. *Partners in Prayer*. Nashville: Thomas Nelson, 1996. Existe una versión en español titulada *Compañeros de oración*.

Murray, Andrew. *Andrew Murray on Prayer*. New Kensington, Pensilvania: Whitaker House, 1998.

Omartian, Stormie. *The Prayer that Changes Everything*. Eugene, Oregon: Harvest House, 2014.

Tada, Joni Eareckson. *Heaven: Your Real Home*. Grand Rapids, Michigan: Zondervan, 1996.

—. *Suffering: Making Sense of Suffering*. Torrance, California: Rose, 2008.

Unknown Christian [Albert Ernest Richardson]. *The Kneeling Christian*. Grand Rapids, Michigan: Zondervan, 1986.

White, Elena. G. de *Los hechos de los apóstoles*. Doral, Florida: IADPA, 2009.

—. “Aggressive Work to Be Done”, *The Review and Herald*. 2 de agosto de 1906.

—. *Palabras de vida del gran Maestro*. Miami, Florida: IADPA, 1991.

—. *El Deseado de todas las gentes*. Doral, Florida: IADPA, 2009.

—. *La educación*. Doral, Florida: IADPA, 2013.

—. *El evangelismo*. Miami, Florida: IADPA, 1994.

—. *El conflicto de los siglos*. Doral, Florida: IADPA, 2009.

—. *Obreros evangélicos*. Miami, Florida: IADPA, 1980.

—. *Dios nos cuida*. Miami, Florida: IADPA, 1991.

—. *Mensajes selectos*, t. 1. Miami, Florida: IADPA, sf.

—. *Hijos e hijas de Dios*. Miami, Florida: IADPA, 1982.

—. *El camino a Cristo*. Doral, Florida: IADPA, 2005.

—. *Testimonios para la iglesia*, t. 1. Doral, Florida: IADPA, 2008.

—. *Testimonios para la iglesia*, t. 6. Doral, Florida: IADPA, 2008.

—. *Testimonios para la iglesia*, t. 8. Doral, Florida: IADPA, 2008.

—. *Testimonios para los ministros*. Miami, Florida: IADPA, 1980.